



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LA NOCHE ES JOVEN TODAVÍA

PRIMERA EDICIÓN

1989

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

INDICE

[La Visita.](#)
[Una Vez Solamente](#)
[Un Aire Indio.](#)
[Dictador](#)
[Nicolasio](#)
[Eso Es Imposible](#)
[La Batalla](#)
[Aquella Música](#)
[La Noche es Joven Todavía](#)
[El Prisionero](#)
[Oscuridad](#)
[Fantasmas](#)
[La Pelea](#)
[Justicia Alada](#)
[El Fabuloso Castillo](#)
[La Conversión de Simón Lestard](#)
[La Venganza](#)
[Descanso](#)
[El Tesoro](#)
[El Espejo](#)
[El Beso](#)
[El Valeroso Señor Waldemiro](#)
[Las Tres Marías](#)
[Obras Publicadas por el Autor](#)
[Obras Inéditas del Autor](#)

“El Bien y el Mal corren paralelos. Nadie sabe cuándo actúa El y cuando el OTRO. Porque está escrito: vida dichosa y atormentado acaecer se tocan. Escucha sus llamadas, son necesarias. El mensaje apocalíptico viene de afuera pero transcurre adentro. Abismo y estrella fulguran igual”

El Monje Azul en el Libro del Sueño.

Ni los vinos ácidos de Joyce, Kafka, Beckett, Ionesco, ni la viscosa mantequilla de Robbins, Puzo, Wallace, Moravia. Zumos pérfidos, nocivos alimentos, que gustan al paladar moderno. ¿Enriquecerse con la literatura, llegar al "best-seller", a la consagración del cine? Ideales baratos. La receta es siempre; practicar las técnicas de la negación: hablar de la anti-lógica, del anti-héroe, de la anti-novela, de lo anti-bello. Conducir al lector por los laberintos y las aberraciones del sexo, de la violencia, de la traición, del escándalo, hacer vertir sangre, mucha mucha sangre, rayar en lo cruel y en lo sádico, acudir al pesimismo, a la negra desesperación, al exasperado meditar, que las descripciones sean horribles y las palabras sucias. Acíbares, acíbares... Mezclar estos ingredientes con algo de impavidez y mucho de cinismo. Es el manjar actual: nada hay como ese mixto de audacia, masoquismo, tendencia a lo feo y lo grotesco, y el todo del relato rompiendo las estructuras lógicas del lenguaje, descoyuntando la trama, confundiendo al lector con acrobacias y acertijos verbales. El anti-escritor es un invento del siglo XX.

Mentes artificialmente torturadas para lectores ingenuamente desconcertados.

Se dirá que la crisis de la literatura es sólo el reflejo de la crisis de la humanidad; los pobres autores tienen que describir la desagradable realidad que los circunda: ¡pero cuántos de esos pobres se hicieron ricos explotando la amargura de sus crédulos lectores!

No faltan talento inventivo ni destreza narrativa a los agoreros. Impelidos por una crítica falsa y tortuosa que a su vez se apoya en el enigma de una escritura semi-críptica, noveladores y cuentistas se envuelven en oscuridad y en mal gusto: son la norma de la época. Si el mundo se está derrumbando ¿cómo podría salvarse la literatura?

Abolidas las bellas letras sólo quedan en pie los escuálidos, descarnados armazones de la a-literatura contemporánea.

¿Cómo se añora el arte narrativo de Oscar Wilde, de Joseph Conrad, de Hermann Hesse, de Nikos Kazantzaki, de Guy de Maupassant, de Dino Buzzati! ¿Quién podría componer, hoy, un relato similar al maravilloso "Bartleby" de Hermann Melville?

El maestro interior que guiaba a los antiguos narradores, ha sido sustituido por el trasgo travieso de la exterior mundanidad. Asustar, divertir, horrorizar es la consigna.

La marcha desenfrenada a la vulgaridad no se ha generalizado: todavía quedan muchos buenos y finos escritores. Saber buscarlos. El torrente de los libros publicados aumenta sin cesar. Es preciso defenderse, aprender a elegir obras y autores.

Si puedes hacer vibrar las cuerdas del corazón sin atormentar a tus lectores ¡bendita sea tu tarea de narrador!

No importan el éxito de librería ni la crítica falaz. Transmitir ideas, contar historias es don de las musas. Serás digno de ellas si te libras de modas y consignas.

Apolo fue el símbolo de la mentalidad clásica: sentido de proporción, claridad, belleza. Hypnos parece ser la clave del hombre de hoy: oscuridad, nocturnidad, confusión. Vivimos como a través de sueños, perplejos, irritados.

No importa: la noche es joven todavía. Aun podemos extraer de sus sombras destellos de luz que den nuevo sentido al dolorido pensar y al jubiloso sentir.

LA VISITA

Sucedió después de uno de los períodos de la Edad Oscura cuando las gentes —los abuelos— aun se estremecían recordando los intensos fríos, las pavorosas sombras, la lobreguez del cielo que angustiaba los ánimos.

Faltaban milenios para el advenimiento de reyes y emperadores. Por ese tiempo sólo mandaba el Jefe de Hombres, el más fuerte, el más ágil, el más osado, pero también el más inteligente para captar el sentir de los demás y enderezar las cosas. Porque cosas torcidas — hoy los llamamos problemas — hubo siempre, nacieron con el hombre, lo acompañan en cortejo interminable desde la cuna hasta el sepulcro.

Kenata, el guardia nocturno, hacía su recorrido habitual, innecesario en cierto modo porque nadie se atrevía, fuera de los guardias, a caminar entre las sombras. Algunas antorchas alumbraban la casa del Jefe de Hombres. Los doce guardias debían vigilar sus extensos jardines a la luz de sus antorchas, así como los templos de la Luna, del Viento y del Fuego. Sólo se detenían en los límites de la zona prohibida donde moraban los tres Tiamusi magos-sacerdotes de los Poderes Ocultos.

Llegado al sector que le fuera asignado, Kenata apagó su antorcha y se hundió en las sombras. Era nictálope, podía ver con luna o sin luna debido — le tenía dicho su madre — a que recién nacido un colibrí, ave sagrada, le dió ligeros toques en el arco superciliar. Le placía alejarse de sus compañeros y vagar libremente aproximándose a la zona prohibida que había franqueado más de una vez sin que nada adverso le sucediera.

Curioso por naturaleza, ávido de saber cosas nuevas, el guardia caminó un largo trecho antes de acercarse a la gran fogata en torno a la cual, sentados en sendos asientos de granito se hallaban los tres Tiamusi. Graves, erguidos, al fulgor de las llamas sus rostros parecían tallados en basalto. Escondido detrás de un arbusto Kenata recogió sus voces sorprendido al comprobar que no eran ancianos como suponía, sino hombres iniciando la madurez. Veíaseles pensativos, fruncido el ceño. Hablaban calmosamente. Y manejaban extrañas varillas metálicas con las cuales trazaban signos misteriosos en el aire. Kenata se había expuesto a terribles castigos si era descubierto pero la oscuridad se impuso sobre el miedo y recogió claramente la conversación de los magos.

—Los signos son claros —dijo uno de ellos— se acerca otra época funesta. Volverán el fuego y los hielos.

El segundo sacerdote corroboró apesadumbrado:

—Nada podemos hacer. Está inscrito en las rocas y confirmado por el vuelo de las aves.

—Habrá que prevenir al Jefe de Hombres —añadió el tercero —para que tome las medidas de previsión y alerte al pueblo.

Callaron como vueltos hacia sí mismos. Luego el coloquio se reanudó.

—Los Poderes Ocultos avisan mas no precisan cuándo ni cómo se iniciará la catástrofe. No es extraño para nosotros, sabemos que pasó muchas veces y que sucederá muchas más. Pero las gentes enloquecerán de terror: el mismo Jefe de Hombres y sus mandones no sabrán cómo reaccionar frente al peligro.

—Ellos sacudirán la tierra...

—El Gran Dios Quemante brotará de las cimas de las montañas...

—Después Kjuno, el Destructor bajará de los nevados y empastará los suelos.

El que parecía de mayor rango sentenció:

—Esta vez no valdrán conjuros ni ceremonias apaciguadoras. Lo que debe suceder será. Los dioses obedecen el mandato de Pacha, el que está arriba, el que está abajo, el Señor del Mundo y de los Cielos, la Fuerza Suprema que desata los Poderes Ocultos, Pacha, el Implacable, que construye, destruye, y vuelve a rehacer nuestras moradas. En verdad: la Deidad Desconocida, aunque nosotros lo denominamos el Dios Telúrico del Ande.

—Mi varilla se quebró cuando quise indagar por el camino que conduce a Pacha.

—La mía torció mi mano y apuntó al templo del Dios del viento.

—También yo sentí que no debía dirigirme al Dios Desconocido.

El más joven de los magos preguntó incisivo:

—¿No será que los Poderes Ocultos andan descontentos del Jefe de Hombres y pretenden cambiarlo?

—No nos compete influir para el cambio del que manda. El se impuso por si mismo y sólo podrá reemplazarlo otro que lo supere en destreza y poderío.

Dirigiéndose al que por su majestad y la riqueza de sus vestiduras parecía el superior, un mago interrogó:

—Alguna vez dijisteis que la visita del Gran Pájaro podría cambiar el destino del mundo.

—Es verdad —repuso el Sumo Sacerdote — pero eso ocurre tan distanciadamente que dudo pueda producirse en este trance. Uno de mis remotos antepasados lo vió; ha transcurrido tantísimo tiempo que nadie puede evocar su figura.

El tercer mago, ansioso, agregaba:

—¿El afortunado que lo viera podría salvar a la tierra y al pueblo?

—Sin duda ¿pero donde está ese afortunado?

Los tres magos se miraron con tristeza.

Luego resonó la voz grave del más calificado:

—Hay tantas cosas que ignoramos, tantas que no podemos resolver.

Kenata escuchaba, despavorido. Cuántos dioses, poderes y designios incomprensibles. ¿Por qué se habría aproximado a los Tiamusi? Ahora su espíritu estaría cargado de temores. Se disponía a retirarse pero aun pudo recoger las últimas frases de los Sacerdotes.

—¿También nosotros seremos destruídos? — indagó con ligero temblor en la voz el más joven de los magos. El Sacerdote Mayor lo contempló con pena:

—No asimilaste bien la iniciación. ¿Por qué temer? Un cóndor, un puma, y un llamo blanco recogerán a los maestros interiores que habitan estos tres cuerpos de magos. Después de muchas lunas renaceremos en otras formas vivas hasta que la Gran Decisión nos convierta en duros minerales vencedores del tiempo.

El tercer mago añadió:

—Conozco y acepto pasar a la encarnación del llamo blanco, pero es tan bella esta vida de sacerdotes de los Poderes Ocultos que nos concede tantas recompensas...

—¡Callad ya! —mandó con gesto duro el Sumo Sacerdote—. Nadie puede cambiar el rumbo de los astros ni la ruta transformante de los hombres. Aceptemos varonilmente lo que vendrá. Y no temáis: aun faltan varias lunas para el gran sacudón llameante que ha de cambiarlo todo.

Se apagó el fuego, los magos se alejaron a sus viviendas. Asustado, Kenata no se atrevía a moverse. Ignoraba que un maestro interior lo habitaba; ¿y si después de muerto se convirtiera en un ágil guanaco? Tendría que transcurrir saltando de peña en peña, huyendo siempre de los cazadores... Y esa catástrofe anunciada por los magos ¿cómo sería? El fuego, los hielos... ¿Pero acaso la tierra firme, acogedora, podía ser trastornada? Seguramente los sacerdotes soñaban, divagaban, imaginaban cosas que no pueden suceder. Pisó el suelo firme con fuerza y se regocijó al sentir que nada se había alterado. ¡Bah! escuchó mal, fue un sueño, o el castigo por haber invadido la zona prohibida consistía en que su mente había sido confundida. Se prometió jamás volver a invadir el recinto de los Tiamusi.

¿Era un futuro gran guerrero o sólo un pobre guardia del Jefe de Hombres? Un escalofrío le recorrió el cuerpo: ya estaba fantaseando como los tres magos. ¿Por qué se aproximaría a ellos?

Se dirigió a otro paraje donde el valle se abría anchamente. Sus compañeros ya estarían concentrándose en el punto de partida; sabían que él siempre llegaba retrasado y aun tenía tiempo para descansar y meditar en el extraño encuentro con los Tiamusi.

La luna surgió grande y redonda detrás del perfil del monte secular. ¡Oué alegría! Su luz misteriosa esparcía confianza y bienestar. Sentóse a descansar en una gran piedra de superficie plana. "Venerarás a la piedra que fue hecha antes que el hombre —le tenía dicho el abuelo— y al acercarte o alejarte de ella le rendirás tributo de respeto". Kenata cumplió el rito de saludo y pasó varias veces afectuosamente por la superficie de la piedra. Luego tomó asiento para reposar. El paisaje lucía armonioso, tranquilizador. La piedra al principio fría tomó el calor de su cuerpo; ahora le transmitía sutiles vibraciones como queriendo hablar. ¿También ella habitaría un Dios desconocido? "Sí —había dicho el abuelo— todo guarda un ser escondido que podemos presentir si nos acercamos con fervor al enigma de su permanencia". El guardia alejó estos pensamientos inquietantes y se absorbió en la maravilla del paisaje. ¿Para qué ocuparse de cosas invisibles si tenía delante de los ojos tanta belleza y motivos incitantes?

Descansó un buen rato y cuando se disponía a regresar al paradero de los guardias, su oído finísimo recogió un rumor muy lejano, como si un suave viento estuviera levantándose en la sierra. Kenata aguzó el oído: el rumor acrecía poco a poco, transformándose en un fuerte viento que agitaba las altas copas de los álamos. Era una noche plácida, todo seguía inmóvil frente a él. El ruido provenía detrás de sus espaldas. Kenata volteó con rapidez y se quedó petrificado de espanto: un bulto gigantesco se aproximaba batiendo los aires. Parecía cubrir el cielo y la sombra que se proyectaba en la tierra era pavorosa. ¿Cómo podía existir un ave tan descomunal?

El inmenso pájaro se acercaba planeando en vuelo majestuoso con pasmosa lentitud de manera que podía seguirse claramente su conformación y hasta sus rasgos. Volaba muy bajo y antes de que lo sobrepasara el guardia pudo observar las alas enormes, poderosas que hacían

retroceder el aire con su embate formidable. En la tremenda cabeza sobresalían el pico desmesurado, dos grandes ojos que acechaban siniestros. Un tercer ojo encima de la frente miraba con bondad. La gola nivea que rodeaba el cuello fulgía como un anillo de plata bruñida. Las patas recogidas no permitían divisar la amenaza de sus garras. La masa animal era tan grande y aterradora que aunque volaba a varios metros de altura Kenata se agachó instintiva mente como si fuera a ser arrollado, Aun pudo percibir que del grueso plumaje posterior brotaban fosforescencias intermitentes. Era un ave tan grande, de poderío aniquilante que parecía llevarse la noche tras de sí.

Kenata, empavorecido, la vió convertirse casi en un punto en el horizonte. Luego el punto fue creciendo, creciendo... ¡Regresaba! Quiso correr a guarecerse en una gruta próxima pero el terror volvió a inmovilizarlo.

Conforme se aproximaba tuvo la sensación de que una terrible mole caería sobre el paraje y lo aplastaría también a él. El miedo lo tenía paralizado.

El ave colosal pasó otra vez sobre su cabeza encolerizando al aire. Las alas gigantescas semejabán un monte en movimiento. La maldad brillaba en los ojos siniestros y el otro, el tercero ya no despedía bondad sino fuerza vigorosa y exultante, Kenata se agazapó nuevamente pero aun pudo sentirse prisionero entre la dura tierra y el muro volador que parecía querer destruirlo. Cuando el pájaro desmesurado se hundió en el horizonte Kenata respiró aliviado: había pasado el peligro.

Ignorando las tradiciones esotéricas que sólo conocen los Tiamusi, nunca supo el guardia que lo había visitado el Señor de la Noche, el Mensajero de los Poderes Ocultos, el Más Grande de los Cóndores, el que detiene las catástrofes y encumbra a los hombres.

El que sólo se deja ver cada mil lunas y por únicamente un par de ojos.

No contendieron el Fuego con los Hielos. No se abrió la Tierra. Pasó la amenaza de catástrofe. Cuando el Jefe de Hombres murió, muchos años después, Kenata venció fácilmente a los aspirantes y tomó el mando que ejerció con firmeza y sabiduría por largo tiempo.

Dicen que en su sepelio, tras el prolongado mando en el País de Altura, un día de verano, cálido y apacible, de pronto un viento poderoso se levantó súbitamente como si unas alas formidables empujaran coléricas el aire.

UNA VEZ SOLAMENTE

Zirconio soltó la carcajada:

—¡Imagina qué estúpidos fueron nuestros antepasados! Pensaban que el año Mil desaparecería el mundo, y el Dos Mil se entregaron a las fantasías de un libro llamado El Apocalipsis creyéndose irremisiblemente perdidos. ¡Como si el mundo pudiera ser aniquilado!

Livona repuso sonriente:

—Estaban tan lejos del progreso actual; ¿cómo habrían podido comprender la ciencia del dominio de la naturaleza? Eran unos perfectos ignorantes.

El hombre se movía sin descanso de un tablero a otro, de artefacto a artefacto, apretaba cien botones distintos, luego anotaba cifras en un papel y reanudaba sus observaciones. Aparentaba ser una máquina de brazos innumerables pues sus movimientos abarcaban diversas esferas de acción, cada cual a más complicada y difícil. Pero su mente, vigorizada por las pastillas cronométricas trabajaba febrilmente: podía hacer, él solo, el trabajo de muchos. La mujer a su vez,

con pasmosa rapidez combinaba y desataba intrincados filamentos metálicos arrancados no de la tierra sino de los laboratorios. Luego pasaba a manejar unos telares enormes. Y también manipulaba tableros muy complicados. Pasaba de un compartimiento a otro, pulsando diversos timbres. Después trazaba largas columnas de números y combinaba las cifras mejor que una máquina. Cuerpo y mente, como ocurría en el hombre se movían sin descanso. Ambos trabajaban con perfecta regularidad sin denotar fatiga ni aburrimiento.

En la Era del Movimiento Acelerado, las gentes dormían sólo tres horas y nadie podía permanecer ocioso ni inactivo en las horas febriles" ¿Cansarse? Absurdo; para eso estaba el maravilloso H-5-Ox-Ferd descubierto hacía pocas décadas que restauraba energías y las mantenía en prodigiosa actividad.

Todo estaba coordinado en manera tan ingeniosa que nadie perturbaba el trabajo de nadie. Los viajes a los planetas se realizaban con matemática regularidad: el orden primaba en las personas y en los servicios públicos. Lo mismo las exploraciones submarinas, el desplazamiento a los satélites, o los vuelos de recreo a la estratosfera que hasta los niños podían efectuar solos. El funcionamiento de las grandes usinas de energía y los laboratorios ultraquímicos eran frecuentados por los niños desde los 6 años; así los técnicos, en forma práctica, aprendían mejor que en teoría los complicados conocimientos tecnológicos de la ciencia en boga.

¿Conocían la felicidad? Quien podría decirlo. Las gentes que se acercaban al Tercer Milenio vivían vertiginosamente; carecían de tiempo para pensar si existía o no existía la felicidad lo esencial era estar ocupados, ser útiles, poder asimilar y ejercer cada vez más actividades. Monstruos del movimiento, amos y esclavos a la vez.

Invencción tras invención, hallazgo sobre hallazgo, búsqueda sin fin, toda actividad desembocaba en nueva actividad. El ser humano era un tensor de fuerzas, una furiosa usina de energías. Se pensaba poco pero se hacía mucho.

La palabra "amor" como tantas otras había desaparecido del vocabulario en uso. Zirconio estaba acostumbrado a Livona, su compañera, le gustaba verla, comunicar con ella, compartir dudas y celebrar sus descubrimientos recíprocos. Tampoco existía el matrimonio. No tenían hijos porque pertenecían a la rama superior de los técnicos-avanzados que se debían a la Civilización del Movimiento y como sus mentalidades superiores no podían alternar con seres vulgares, esto los aproximaba más. El Gran Poder Energético les otorgaba muchas ventajas en relación a los técnicos comunes, pero también les exigía rendimiento sin descanso. Se había evaporado la palabra "vacaciones" y a fe que no las requerían. Como máquinas fieles estaban de acuerdo con sus tareas.

Cierta mañana, al abandonar el lecho, Livona hizo un falso movimiento y se dislocó el tobillo. Al querer ponerse en pie lanzó un grito de dolor. Tuvo que recostarse nuevamente.

—No te aflijas —le dijo el hombre. Sacaré del botiquín el Livonix y ya sabes que con sólo dos frotamientos no hay articulación, músculo ni nervio que no vuelvan a su lugar. Un minuto.

Livona ocultaba valerosamente el dolor. ¿Se habría quebrado un hueso? Por suerte el Livonix la aliviaría instantáneamente. Zirconio tardaba.

—¿Qué pasa? —gritó la mujer con dolorido acento.

—No sé —repuso de la otra estancia Zirconio —no encuentro el Livonix: alguien ha debido tomarlo. Salgo a buscarlo.

Livona hizo un gesto de resignación. El dolor era muy fuerte. Movi6 el pie instintivamente, se intensific6 el dolor, oy6 un crujido 6seo, la articulaci6n se restituy6 a su lugar y de pronto el dolor

amenguaba. La mujer respiró aliviada: había pasado el tormento. Pensó que sería mejor esperar unos minutos antes de intentar ponerse en pie.

Pasado el sueño de tres horas nadie podía permanecer en el lecho salvo los enfermos o impedidos. Pasados algunos minutos la mujer intentó levantarse; al asentar el pie en el suelo sintió dolor o sensación de dolor y se asustó: mejor esperar un poco más. Se recostó nuevamente para aguardar el regreso de Zirconio. Así sentada en el lecho, ya no sentía dolor en el pie. Irguió el cuerpo y se sentó en el lecho. Cruzó los brazos sobre el pecho. Una sensación extraña fue invadiendo su cuerpo: se sentía bien, como un tibio río de placidez surcara sus venas. Era bueno estar así, descansando simplemente. Su mente pugnaba por volver al trabajo febril: la aguardaban deberes y trabajos sin cuenta. Estaba prohibido entrar en reposo Pero ella estaba accidentada y tenía derecho a parar actividades hasta reponerse. Para esos casos estaba recomendado seguir moviendo el intelecto hacia objetivos tecnológicos: debía pensar solamente en sus ocupaciones habituales, en futuras investigaciones, en su ciencia severa e inexorable.

En esta ocasión la cosa no funcionaba. Luchó vanamente para olvidarse del cuerpo en reposo y reactivar su mente ultra-científica.

Un sopor desconocido la fue inundando, el cuerpo vencía a la mente. Se dejó arrastrar por esa cálida sensación de bienestar, algo que no conocía desde hacía muchos años. Apenas despertada debió saltar del lecho, rápida y activa; el tobillo dislocado le había tendido una trampa, pero la trampa resultaba dulce, acogedora: deberes y trabajos volaron de su mente. Se entregó temerosa primero, luego sorprendida por un extraño contentamiento, al suave estado de placidez que la invadía. ¿Cómo podía ser? La gran técnica-avanzaba inmovilizada en su lecho, sin hacer nada, sumiéndose en el reino prohibido del reposo. Ya llegaría Zirconio y entonces reanudarían sus actividades habituales. Entretanto podía mecerse en ese estado de quietud que incitaba a suspender los movimientos del cuerpo y los vértigos de la mente. ¡Nada, nada, no hacer nada, no pensar en nada concreto ni fijo, dejarse llevar por una corriente calma y sin fin... Livona ingresaba al territorio vedado del reposo y descubría que era no sólo placentero sino maravillosamente atractivo. Su naturaleza largamente reprimida se abandonaba al nuevo sentimiento. Fuesen impulsos atávicos o natural inclinación después del largo cautiverio, el cuerpo le exigía ansioso dejarse estar, dejarse estar...

Zirconio volvió jadeante. Tuve que ir a comprarlo — explicó— pues no lo tenían en el depósito.

Levantó la sábana y le aplicó el ungüento con delicadeza. Livona lo dejó hacer aunque ya no sentía dolor alguno. El efecto era instantáneo.

—Vamos, ya estás bien —dijo Zirconio —vete a vestir. Livona lo miró pesarosa y mintió:

—Es raro, el ungüento no me hizo efecto. ¿Cómo podría ponerme en pie si el dolor sigue y fuerte?

El hombre la miró asombrado.

—No puede ser —exclamó — el Livonix jamás falló...

"Debe ser algo más serio —pensó — tal vez una dolencia orgánica que ha hecho crisis con el accidente del tobillo. Habrá que cuidarla".

—Ven —dijo Livona —recuéstate un momento a mi lado y lo miró con expresión de tristeza.

Aunque sabía que infringía la ley porque a los enfermos se tenía dispuesto dejarlos librados al medicamento y a su propia voluntad de regeneración, Zirconio cedió al ruego de la

compañera. Se reclinó a su lado en el lecho. Ella le hablaba con voz suave y aire lánguido, lo que lo alarmó porque Livona, sana y fuerte hablaba y obraba siempre como una amazona. Livona le cogió la mano y comenzó a decir cosas extrañas, prohibidas palabras... "descansa, descansa... déjate estar no pienses en nada hay un reino que nos está vedado ¡pero es tan bello...! Descansa, descansa... déjate estar...".

Zirconio intentó resistir a la tentación femenina, pero la voz sonaba tan insinuante, la mano cálida de Livona lo oprimía con ternura olvidada, y sus ojos melancólicos lo contemplaban como pidiendo ayuda, que el hombre se abandonó a la seducción de su compañera. Repentinamente olvidó sus deberes de técnico-avanzado, borró de su mente ciencia e investigaciones, descubrimientos, dejándose invadir por ese estado de suspensión y placidez como si estuviera meciéndose en un columpio lentísimo, Una extraña dicha ¿pero qué era la dicha abolida en la Era del Movimiento? fue despertando sus almas cautivas de la actividad sin fin, Se miraron sorprendidos, temerosos, como aguardando recíprocos reproches que no se produjeron. No hacer nada, en nada pensar, no preocuparse del tiempo, ni de los otros, cerrar los ojos y dejar que fluya la corriente de la vida tranquila, suavemente, deliciosamente...

Un vigilante que pasó los vió desde la ventana y los denunció de inmediato: ¡estaban reposando en pleno día!

El tribunal los juzgó y los condenó inmediatamente, La pareja había confesado haber reencontrado la quietud y estar dispuestos a morir por ella. ¡Terrible delito que podía corromper a la sociedad y deshacer sus fundamentos viriles. A muerte.

Terminada la ejecución, una mujer preguntaba curiosa a su compañero:

—¿Qué es la quietud por qué murieron Zirconio y Livona?

—¡Calla. Loca! replicó el hombre —¿quieres que nos maten también a nosotros?

UN AIRE INDIO

El cholo Matías hervía de cólera: el golpe había fracasado. Por una delación, por una cobarde delación. Los compañeros eran, todos, decididos y leales por la causa. El jefe se expuso audazmente. Los planes se cumplieron con precisión. No faltaron armas ni vínculos sólidos con elementos del propio gobierno que se trataba de aniquilar. Todo planeado y ejecutado gradualmente, con grandes precauciones, de modo que la conspiración se fue afirmando. ¿Pero quien iba a pensar que el cantinero Rosales, amigo y confidente de los mineros, el que los servía tantos años, enriqueciéndose a costa de ellos los iba a traicionar delatando al jefe del regimiento la subversión? ¿Por plata, por miedo por vengarse del capataz, también conspirador que le arrebatara a la Rufina, la chola más hermosa de Catavi? Matías bramaba de rabia; los mataría a los dos: a Rosales por traidor, a la Rufina por casquivana que después de acostarse con uno sólo pensaba en conquistar al próximo.

Famoso agitador, varias veces apresado y golpeado en las cárceles, indomable en sus convicciones, nervio de la masa minera en cualquier disturbio sindical o de carácter subversivo el Matías, inquieto y pendenciero, sereno y duro en cambio para los trances decisivos, sabía perfectamente lo que le aguardaba: el jefe de policía lo tenía advertido:

—La próxima vez que te agarre complicado en revolución, te daremos veinte años de prisión.

Y bueno, si iban a ser veinte años que fuese por algo mayor: los mataría a los dos, al Rosales y a la Rufina. Había que sentar la mano a los traidores, porque ambos engañaban, infamaban a la clase obrera con su conducta y eran, además sumisos a la autoridad, carecían del

orgullo proletario que nos hace iguales a todos los hombres y a las mujeres todas. ¡Descastados! No sabían honrar su clase.

Mordiéndose los labios, blasfemando, dispersando maldiciones el cholo Matías avanzaba por el árido altiplano. Lo había recorrido tantas veces en autobús, en jeep, a mula y hasta en bicicleta. Ahora era distinto: lo devoraba a pie, sólo, sin alimentos, evitando a la gente. Ni los indios le infundían confianza también uno de ellos podría reconocerlo y delatarlo porque el cholo Matías (el pecho se hinchó con orgullo) era conocido en el trayecto de La Paz a Catavi, siempre emprendedor, organizador, llevando pequeñas partidas de víveres, de bebidas, de artículos para las pulperías, manejando severamente a los chóferes díscolos de los camiones. No, no era él quien devoraba al altiplano, era el altiplano que lo estaba devorando al cholo Matías. Caminaba ya seis horas, sin descanso, agobiado por el hambre y la sed. Todavía le faltaban muchos kilómetros para llegar a La Paz donde se escondería en la casa de su hermano Pablo el tímido y bueno Pablo que siempre lo protegía en sus descalabros sindicales. ¿Por qué Pablo, tan leal y generoso no los ayudaba a derribar al gobierno? ¡También con nueve hijos qué podía hacer el pobre! Y la Ramona, su mujer, tan hacendosa tan abnegada, pensando sólo en los suyos. Tenía suerte el Pablo: buena mujer y lindos chicos, casa tranquila y su herrería que le daba trabajo seguro, independiente. ¡Bah! No lo envidiaba el Matías: ¿para qué casa, mujer, hijos? El amaba su libertad, no depender de nadie, hacer lo que le viniera en gana, las hembras eran sólo hembras, los chicos sólo creaban problemas. Claro que ahora, perseguido, sin recursos, torturado por el hambre y la sed se inclinaba a cambiarse con Pablo... pero ya pasaría, vendrían días mejores y entonces el cholo Matías otra vez fuerte y arrogante, a la cabeza de las turbas las embrujaría con su oratoria sencilla, directa, que sabía despertar sus pasiones y satisfacer sus ambiciones aunque sólo fuese con la ilusión de las palabras.

Tendría ampollas al llegar a la ciudad; ampollas en los pies. Además la planta del pie izquierdo se resentía por la suela rota que pudo recubrir con un grueso cartón, y éste, debilitado por la extensa marcha, acusaba el impacto con las piedras. ¡Condenación! Todo era penoso, difícil para el prófugo. ¿Por qué no estaría en la cantina, entre tragos y amigos, contando sucesos reales e imaginarios con su fértil inventiva que los mineros aplaudían? O en brazos de una cholita querendona, pocas se le negaban porque el Matías, bien plantado y generoso, sabía cautivarlas con su labia y su apostura. O jugando al billar donde también actuaba de as. O desafiando al pulseo donde nadie lo ganaba. O devorando los picantes de la señora Matilde, que alternaban con riesgosas apuestas en los juegos del sapo y de taba. ¡Maldición! Si la vida era grata para el que sabe gozar sus frutos. ¿Por qué se metería en aventuras revolucionarias? Pero era lindo también saberse líder, obedecido por muchos, correr peligros y aventuras. Y estaba además, "la causa" eso que aprendiera del fallecido Maestro Fermín, el perforista fallecido: "Tienes que estar siempre al lado de los nuestros, los mineritos, tan olvidados y explotados. Ellos saben querer, son agradecidos, son leales. Si luchas por ellos, sabrán reconocerlo. Vivirás en sus corazones". Vera verdad: en muchos hogares mineros los muros lucían el retrato del Maestro Fermín y algunos hasta le encendían velas porque seguía protegiéndolos.

Lejos, muy lejos, divisó la silueta imponente del "Illimani" que se hundía ya en el crepúsculo. ¡Qué larga, qué hostil la distancia cuando se hace el camino a pie! Llegaría al anochecer a la ciudad: mejor, así no tendría que pasar por las comisarías ni los puestos de vigilancia. Se dejaría caer monte abajo, por un senderillo apenas transitado por indios y acémilas.

La luna redonda y áurea surgió detrás del filo de los montes. Avanzaría más rápido. El viento de la puna comenzó a silbar recio. Se cubría con un grueso poncho, llevaba bufanda para protegerse la garganta y guantes de lana en las manos, mas aun así el frío de la meseta lo acosaba sin cesar. ¡Maldita revolución, maldito gobierno, malditos traidores, perra suerte del cholo Matías! Todos en sus casas en sus farras, en su trabajo o en su descanso; sólo el líder de Catavi sólo y fugitivo. ¡Maldita sea! Pero el Matías Vivarino no pediría ayuda, jamás se rendiría. Era líder no por consignas políticas, sino por su guapeza. Alto, fornido, de recios puños y de intrépido corazón, ganó más peleas que pelos tenía en la cabeza, y si perdió alguna fue por mala suerte, por un resbalón, quien sabe... mas sin rendirse nunca, porque para eso es el hombre, para guapear

siempre, sin inclinarse jamás. Además había que endurecerse, como la montaña, no demostrar vacilación ni debilidad. Él quería a sus sobrinitos, a su hermano, no tragaba a la cuñada, a pocos, muy pocos, muy pocos amigos, pero no lo demostraba porque entonces abusaría de él. Mejor mostrarse duro y ceñudo con todos; así lo respetaban más. Y bueno: ahora estaba embromado y tendría que afrontar sólo su desdicha. Pero saldría adelante: el Matías Vivarino salía siempre adelante.

Adentro, muy adentro, el rencor y la venganza le roían el pecho. Que se esperen nomás: los haría papilla, no se limitaría a matarlos. Cuando estuvieran al alcance de sus manos los pegaría aumentando poco a poco la fuerza de sus golpes para ver los sufrir. Les desgarraría la piel. Los masacraría: esa era palabra. Los vería arrastrarse a sus pies y pedir perdón. Los culpables pagarían muy cara su traición: los haría papilla. "Lo haré talco". Y lentamente, para que sufran más. Patearía sus cadáveres y escupiría sobre ellos, para quien nunca más la flor de la traición florezca en Catavi.

Pensando en su terrible venganza avanzaba por el rudo altiplano cada vez más cansado, más rendido. Se mordió los labios con furia, apretó los puños y con supremo esfuerzo de voluntad venció el punto muerto de la fatiga. Debía proseguir.

De pronto divisó un bulto próximo. Se puso en guardia, dispuesto a pelear apesar de su agotamiento. Luego se tranquilizó: era sólo un indiecito, por su escasa estatura apenas tendría de doce a catorce años. Caminaba despacio, como gente que no tiene prisa, y cuando el Matías pasó a su lado no le hizo caso: siguió tocando su quena de la cual arrancaba una suave melodía. Tampoco el Vivarino dijo nada; avanzaba casi al nivel del muchachito, unas veces algo adelante, otras un tanto rezaga do. El hombrón callado tratando de ocultar su extrema debilidad. El indiecito indiferente como si sólo él y su quena rodaran por la meseta.

Al cholo Matías le gustaba la música, pero sólo la música alegre, las cuecas, los bailecitos, los huayños, esos sonos que invitan al baile, a los lindos recuerdos, los que encienden la farra y agitan el corazón. Música viril, enérgica, aunque se deslizen en ella toquecitos nostálgicos. Pero el muchachito soplaba en la quena una melodía extraña, jamás oída por el Vivarino, una música triste que rayaba en el lamento. ¡Condenación! Tenía que ser este intruso con su aire quejumbroso el que debía aumentar sus quebrantos. Quiso ordenarle que callara ¿pero tendría fuerzas para hacerse obedecer? Pensó retractarse, dejarlo ir, mas un hilo mágico lo impelía a seguir detrás del indiecito. Música tristonra, ¿para qué? Para hacer más grande su pena, mayor su impotencia. Siguieron avanzando casi lado a lado, el hombrón vacilante y el muchachito tocando impasible la quena.

¿Qué sabía el cholo Matías de música? Sólo conocía los bailes y los aires populares, casi siempre tonadas alegres. Y ésta que salía del instrumento del niño indio era tan sencilla, tan rara...

Un aire autóctono, brotado de las honduras del alma aimára, grave y apesadumbrado como el alma altiplánica. Tal algo monótono, pues repetía incansable dos motivos que se sucedían con dulce reiteración. Dos giros melódicos, simples, fáciles de retener, que en pocas notas sugerían tanto... Porque el Vivarino, escuchándolos bruscamente se sintió transportado a una infancia olvidada, vió a sus padres, sus hermanos, el jardín de la huerta de sus juegos infantiles, la casita de Achacachi, la primera pelea y el remordimiento subsiguiente, los amaneceres frente a la Cordillera que se teñía de colores, la Juliana que en cantó sus años mozos, sus trenzas negras y sus ojos de vicuña, como le gustaba ayudar a los otros, cuando aun era un niño tímido y bueno, tan distante del bravío peleador de Catavi. El aire indio proseguía sin cesar, sugiriendo imágenes, recuerdos, y el Matías retrocedía en el tiempo porque la música endiablada le sacaba cosas de muy adentro que creía enterradas para siempre. Enredado en sus recuerdos, se estremeció bruscamente. ¿Una música, una canción, o era un alma apasionada que echaba al viento sus lamentos? Sí, era eso, el niño indio con su simple melodía estaba contando la historia de alguien

que había vivido, amado y sufrido mucho. Su música parecía una confidencia, una advertencia, quien sabe, acaso el despertar de un mundo nuevo que removía las fibras del Matías Vivarino.

Un airecito tan sencillo, tan elemental que cualquiera podría haberlo compuesto, y sin embargo decía tanto, sus toques delicados y tiernos despertaban tantas cosas en el alma... ¡Bah! Era sólo una tonada vernácula que no lo doblegaría. El indio es triste, resignado, los cholos somos díscolos, levantiscos, no nos dejamos envolver por estas musiquitas sentimentales, para ablandar a los fuertes. Pero la musiquita sonaba tan suave, tan insinuante que arrastraba tras de sí la fiereza y desconfianza del cholo Matías. Sólo unas notas, un pequeño motivo eslabonado con otros que se repetían sin cansancio, como si un niño estuviera contando siempre la misma historia, historia llena de ternura y de melancolía, un suceso infortunado que sin embargo terminaba por despertar una leve alegría en el corazón. ¿Cómo podía ser? Medio triste, medio alegre a la vez. Y el Vivarino, olvidado de su quebranto físico, volvió a dejarse llevar por la música de la quena y a sumirse en los recuerdos fantasmales de su infancia que se abrían paso entre las brumas del tiempo. Sí: él había sido un buen chico, hasta que el cuartel y los amigos lo endurecieron. Soñaba despierto... Quería ser maestro y enseñar a muchos. Después vino lo del primo Gonzalo, el robo frustrado — más travesura que robo — y tuvo que refugiarse en los socavones. Desde entonces no creía sino en la Mamita de Copacabana y en el "Tío". Dios: ¿qué sería Dios? Y esa fama de gallo de pelea tan rudamente ganada, y esa traición del Rosales y la Rufina, porque estaba claro que ambos habían confabulado para venderlo, y ahora este castigo de la fuga y la persecución, porque se sabía, se sentía perseguido. ¿Qué sería? Y los sonos de la quena decían suavemente que nada valía la pena, ni gallardear, ni pelear, ni vengarse ni tratar de ser mejor que los demás. Y el indiecito caminaba impertérrito a su lado, como si el Matías no existiera. Y era como para pensarlo: ¿existía realmente el Matías, todo deshecho, derrengado, arrastrándose sin tener con quien hablar porque su orgullo le impedía dirigirse a su inopinado compañero de viaje? La música de la quena destilaba pena, una vaga esperanza, algo indefinible que no acertaba a precisar... ¿Qué sería? El Matías Vivarino dejándose llevar de esas casitas sentimentales que rechazaba su bravura ancestral. ¡Bah! Tonterías, ideas absurdas que la fatiga y el desamparo sembraban en su alma. Cogería piedras y a pedradas ahuyentaría al muchacho cuya música lo enervaba.

Lo pensaba pero no se atrevía o no tenía fuerzas para realizarlo. Y la quena proseguía imperturbable su queja honda y melodiosa que adormecía su furia y sus deseos de venganza. Después de todo ¿qué era el Rosales? Un traidorzuelo que cualquier día acabaría mal, y la Rufina una mala hembra indigna de un solo hombre. ¡Pobrecillos! En verdad eran más dignos de lástima. ¿Para qué castigarlos? Se despeñarían solos. Y la música de la quena cavaba hondo en su alma; decía: "no te aflijas, no desmayes, todo pasará, nada dura, se dará un vuelco la suerte... Y era como la queja dulce y lenta de un corazón afligido mas no vencido, y sus notas se desgranaban lentas, puras, cristalinas como agua de manantial y le iban ganando el ánimo que se suavizaba insensiblemente, como si despojado de su antigua fiereza comenzara a transformarse en algo semejante a la serenidad del indiecito y a la escondida dulcedumbre de la quena plañidera.

Por fin llegaron a la Ceja del Alto, donde no había vigilancia.

El muchacho dejó de tocar el instrumento. Hizo un ademán señalando el sendero por el cual le aconsejaba bajar y se perdió por el altiplano en dirección a Zongo, reanudando la música nostálgica que aun acariciaba los oídos del cholo Matías.

Una hora más tarde llegaba a la casa de su hermano Pablo quien lo acogió con gran afecto.

—¡Hermanito: ¿qué te ha pasado!

El Matías contó la odisea de la revolución descubierta, la huída y las penurias de su viaje a pie desde Catavi. Luego el extraño encuentro con el muchacho indio que no hablaba y tocaba un aire desconocido en su quena.

—Es raro —terminó — al principio ardía en deseos de vengarme del Rosales y de la Rufina. Ahora ya no. Esa música de la quena todavía me persigue, como si me dijera "olvídalos".

Pero el cholo Matías y su hermano Pablo, cholos de ley que no creían en las leyendas indígenas, jamás supieron que el fugitivo había recibido la visita y el mensaje de los "Achachilas", los viejísimos antepasados que a veces, en los grandes trances, suelen enviar a su mensajero, un muchacho silencioso que entona un aire indio de misteriosa procedencia capaz de cambiar al más rebelde en sosegado, y que al apaciguar las penas devuelven serena confianza al afligido.

DICTADOR

Su fórmula vital era simple: suave en la casa, duro, muy duro en la calle y en los negocios. Amado de los suyos, temido por los extraños. ¿Con los amigos? Un término medio, ni muy blando ni muy esquivo, lo justo para ganar afecto y respeto.

Había acumulado gran fortuna: tres fábricas, un diario y una radiodifusora le concedían posición excepcional en la ciudad. Derribó más de un gobernador si se cruzó en su camino. Más voluntarioso que malo, quien se adaptaba a sus rápidos cambios de carácter llegaba a captar su amistad. Hombre recto, servicial cuando se le antojaba, hosco otras veces, su buen fondo se veía turbado por rabietas explosivas que pasaban velozmente y de las cuales luego se arrepentía. "Fosforito" le llamó un enemigo que jamás fue perdonado. Duro, durísimo al negociar pelaba el centavo. Le placía exprimir al contrario, sacaba ventaja de su poderío financiero. Solía darse el caso de ver literalmente aplastado a su contendor y entonces, magnánimo, le cedía un diez por ciento de lo que ya le tenía ganado. Pero esto ocurría muy raras veces.

Alejado de política y de intrigas, gustaba el trato directo, sin tapujos. Odiaba el soborno. Trataba correctamente a los empleados y desafiaba a los poderosos, haciéndoles sentir que él era el más fuerte. Buen psicólogo sabía cómo manejar a los hombres. Ciudadano irreprochable, no resultaba fácil conservar su amistad. Poseía calidad humana y la ocultaba como si fuese un rasgo de debilidad demostrarla. Ocultaba sus caridades que no eran pocas, Prefería mantener el prestigio del capitán de empresas áspero, astuto y voraz.

Lo cierto es que la ciudad no podía pasarse sin la figura y la acción de Apolinar Silvanes, el triunfador.

Sonó el timbre. ¿Quién sería? El industrial, molesto rezongó: "¿Por qué tienen que fastidiar a la hora del almuerzo? ¡Digan que no estoy!". Pero la mujer volvió presurosa al comedor: "Es una comisión de notables que quiere verte".

Apolinar devoró su furia y componiendo el semblante salió a la sala para atender a los visitantes. Cinco señores, representando lo más conspicuo de la ciudad venían a ofrecerle la candidatura para Gobernador. La victoria asegurada porque ellos representaban votos e influencia sin oposición seria.

Cauteloso, firme como siempre, el prohombre agradeció cortésmente el ofrecimiento y su respuesta fue rotunda:

—Déjenme un par de días para reflexionar.

La conversación había durado veinte minutos. El almuerzo estaba frío. La señora de Apolinar conociendo las exigencias culinarias del marido se alejó corriendo:

—En diez minutos tendrás tu comida caliente.

Sorbiendo el jerez el prohombre pensaba. "Hay que pensar bien el asunto, sus ventajas y sus desventajas. ¿La gobernación, y para qué quiero yo la gobernación si soy el amo de la ciudad? Poder... tengo el que quiero y me sobra. Sólo acumularé cargas y responsabilidades. Atender diariamente a centenares de pedigüños, peleas, discusiones. Son más las molestias que los honores. El gobernador tiene que tomar en sus hombros los problemas de todos y encima los de la ciudad agobiada de necesidades y transformaciones... Pero también podría fastidiar a muchos, por ejemplo el guardián de la esquina que siempre me mira desdeñoso, desafiante: le torcería un dedo hasta romperle el hueso y vería qué cara pone. Y dos dedos también, y tres, porque es muy insolente. Todos, los cinco dedos hasta inutilizarle la mano izquierda. Y al curita ese que me insultó valido de su sotana, le haría dar quince azotes por atrevido. A las vendedoras del mercado las fumigaría diariamente con desinfectantes. Modificaría las rutas de tráfico porque no me gustan las actuales. Prohibiría las huelgas que sólo causan trastornos Impondría multas fuertes a los contraventores de la ley. Nada de protestas ni reclamos, la administración edilicia marchará eficiente y silenciosa como debe ser. El palo es mejor que la persuasión... Los antiguos fueron mejores políticos. ¿La prensa? ¡Bah! Tendría que andar derecho. Al director de "El Imparcial" que me tira sus pullas de vez en cuando le haría cortar una oreja. A los borrachitos los obligaría a recorrer la ciudad con pies desnudos hasta que sangren. Sangre, sí se necesita sangre para que los ciudadanos se vuelvan dóciles y dejen trabajar. Autorizar la palmeta en las escuelas y en las familias y un régimen cuartel era en las oficinas municipales. Firmeza, dureza, castigar a los bulliciosos. Y en las sesiones de la Gobernación que hablen todos pero sólo se haría lo que yo apruebe. ¿Libertad de comercio? Nada de ello, todo regulado y controlado a mi voluntad. Mi voluntad, ¡qué mejor ley, mi voluntad: la ciudad y sus gentes sometidas a mis deseos. El señor Gobernador sería como el César romano: omnipotente. Algunos protestarían por lo bajo (a quienes lo hicieran abiertamente los aplastaría como a chinches) contra mi dictadura. Dictadura, dictadura... ¿pero no se forma el odio contra el dictador y a la postre pagan él y su familia? Para ser como un monarca oriental en la urbe tendría que pagar un precio muy alto: podría hacer azotar a cualquiera, abolir leyes y ordenanzas, imponer lo que se me antoje, pero, pero... el dictador, odiado por todos finalmente caería cuando su régimen se corrompa y desgaste cansando a las gentes. La dictadura camina sobre el filo del abismo..."

Cuando la señora entró con la comida caliente dijo entusiasmada:

—Seré la Gobernadora y a nuestros pequeños todos los verán con admiración...

—¿Basta! —profirió el pronombre enojado. No seré dictador.

—¿Quién habla de dictador? Sólo te han ofrecido la gobernación.

Apolinar Silvanes almorzaba adusto. "Gobernador y acaudalado, es mucho riesgo. Mejor todo el poder sin la responsabilidad. Dictador, qué palabra peligrosa..."

NICOLASITO

Aun no tiene siete años pero ya es un hombrecito de impetuosa vitalidad y actitudes dominantes.

Aparece en las mañanas, muy temprano, en la casa del abuelo con su poncho multicolor, un gorrito de lana, y sus cabellos rubios ensortijados. Entra al baño: mientras el abuelo se afeita exige un cuento.

—Había una vez...truz.

—Abuelo no te burles. ¡Quiero un cuento!

—¿El del Pelusito o del general Matasiete?

—No: quiero que me cuentes de Batman y Robin.

Apuros del abuelo que no ha leído las últimas aventuras de Batman y Robin. Comienza a urdir hazañas de ambos personajes. De tanto en tanto el nieto lo interrumpe: "no tienen revolver, abuelo, tienen pistola de rayos ". (El niño mira al abuelo desdeñoso por su ignorancia). Más allá al oír que los compañeros derriban a veinte ladrones salta molesto: "no pueden vencer a tantos, sólo eran cinco". Protesta si Batman es vencido "él no pierde nunca"! Siguen cuento y discusiones: Nicolasito no tolera desviaciones de aquello que le sugirieron las figuras de las tiras animadas y de la televisión. Es difícil contar cuentos al niño-corrector que a cada instante enmienda la plana al abuelo.

Terminan cuento y afeitada. Ambos pasan al cuarto del sol a tomar el desayuno. Los diarios aguardan dobladitos que los desplieguen. Nicolasito los coge iracundo:

—¡Bota esa basura abuelo! He venido a que me cuentes cuentos; si lees me voy...

El tonito imperativo mueve a risa al abuelo. Le explica pacientemente:

—Nicolasito: leer periódicos es parte de mi trabajo, si no trabajo no gano plata y si no gano plata no podré comprarte revistas ni juguetes.

El niño lo mira dubitativo. Después muy serio concede:

—Después del desayuno puedes leer. Ahora otro cuento.

Moisés entra trayendo el desayuno. Prosiguen los relatos: el Ratón Pérez que se cayó a la olla, la Guerra de las Galaxias. Llevado de su fantasía el abuelo introduce unos caballos blancos en el relato.

El niño protesta:

En la guerra de las galaxias no hay caballos blancos...

El abuelo se encocora:

—Bueno, si tu sabes más que yo, cuenta tu.

Nicolasito adivina que lleva las de perder y refunfuñando concede:

—Bueno, que hayan caballos blancos.

Cada vez que le hurta el pan o le arrebatara la taza de café con leche, el niño mira maliciosamente al abuelo regocijándose de su picardía. Nicolasito ha tomado ya la leche en su casa pero le gusta más compartir la del abuelo y alternar su segundo desayuno con los relatos del abuelo.

Terminado el desayuno Nicolasito se levanta de la pierna izquierda del abuelo y toca el timbre. Aparece Moisés.

—Quiero papaya —ordena el niño.

Interviene el abuelo:

—¡Cómo! Mezclar papaya con leche...

Nicolasito lo mira desafiante:

—En esta casa mando yo. Trae mi papaya.

Tono y gesto fueron tan perentorios que el abuelo debe ceder algo mohíno.

Comprendiendo que acaso abusó de tu tolerancia, el niño acaricia la mejilla del abuelo:

—Abuelito querido, te quiero mucho.

Cinco minutos más tarde ya está otra vez belicoso: quiere ser llevado a la oficina.

Ahora no puedo —dice el abuelo —tengo que recibir a varias personas, hay mucho trabajo.

Nicolasito se indigna:

—No tienes que hablar con esas cabezas huecas. ¡Llévame!.

Es calmado con la promesa de que le traerán unos muñecos de Superman y del Hombre Araña que el niño, por una extraña transposición fonética llama el Hombre Araña.

Luego de una tarde pesada, fatigosa, el abuelo regresa a su casa para oír música: está cansado. Comienza a escuchar una fantasía de Mozart cuando escucha los pasitos precipitados y los gritos de Nicolasito que penetra al Estudio todo acalorado, abriendo la ofensiva de entrada:

—Abuelo, esta mañana no me llevaste a columpiar al parque, no hemos jugado pelota, ni has traído los muñecos. Ahora tienes que jugar conmigo. Quiero marchar.

Hay que colocar el disco de las bandas militares y con dos palos al hombro grande y pequeño desfilan por el cuarto. Luego el niño propone jugar a Batman y su enemigo Acertijo. Después de unas fintas el abuelo recibe un fuerte golpe en la oreja que le arranca un grito de dolor pues el contrincante es vigoroso.

—Disculpa abuelito. ¿Sabes? Mejor les ponemos unos trapos a los palos y así no te dolerá tanto.

El juego concluye por decisión mayor.

Nicolasito come en la casa del abuelo y cuando vienen a recogerlo porque es hora de dormir se resiste bravamente:

—¡Esta noche duermo aquí!

Se hace traer su colcha favorita, su burrito de lana y su ropa de dormir. Ve que el abuelo está leyendo en cama y él pide también revistas; no sabe leer pero se entretiene con las figuras. Al cabo de algunos minutos el niño exclama:

—Apaga la luz abuelo: quiero dormir.

Esta vez el abuelo se indigna, hay que poner límite a las exigencias infantiles. Con tono severo prorrumpe:

—Usted se calla y se duerme o lo mando a su casa.

Ante el tono energético del abuelo retirada. Y cariñoso responde:

—Hasta mañana abuelito.

Otro día la puerta del garage aparece salpicada con manchones de barro. El abuelo bufa.

—A ver, Moisés: ¿quien ha hecho esto?

—El niño Nicolás estaba jugando a la guerra con barro y decía que eran las bombas del Superman...

Se borran las bombas del Superman y se busca al culpable. Pero alguien ha soplado a éste que es buscado y desaparece prudentemente de la escena. A la mañana siguiente aparece muy pimpante:

—¿Abuelito como estás (El beso de rigor).

Al verlo tan hermoso y alegre se disipa la severidad del abuelo que debe cumplir penosamente su deber de sancionar al delincuente:

—A ver, jovencito: ¿me puede usted decir quien ha ensuciado las puertas blancas de mi garage?

Nicolasito, confuso, mira el suelo, piensa un poco y luego velozmente profiere:

—¡Ha sido el Ratón Pérez!

Sábado. Paseo matinal al jardín zoológico Nicolasito disfruta inmensamente viendo a los animales, sube a los juegos mecánicos, se desliza por el gran tobogán. Luego pide ser llevado al Prado. El abuelo tiembla: allí están las tiendas de juguetes.

—Tomaremos un taxi —propone — nos llevará directo a la casa.

Nicolasito mira desconfiado. Y dice:

— No abuelito, no estoy cansado. Vamos a pie. El abuelo se defiende y propone:

—Vamos a pie pero al pasar por el Prado nada de compras ¿eh? Gasté mucho ayer y no tengo dinero.

Caminan juntos, tomados de la mano. Dos, tres cuadras. El niño no abre la boca. De pronto irrumpe insinuante:

—Sabes abuelito, el Ricardo (su primo) tiene un abuelo que le compra muchos juguetes.

—Será porque tiene mucha plata, pero yo no la tengo. El niño mira adusto al hombre mayor.

—¿Y para qué trabajas tanto si no ganas plata?

—Sí, gano, pero la plata es para cosas importantes.

Nicolasito almuerza con el abuelo, habla de todo, ríe, momentáneamente actúa dócil. A la hora del postre dice con suavidad:

—Sabes abuelito, los juguetes también son importantes.

Otro día, a la hora del té, viene un clamoreo del jardín. Pasan dos sirvientes y Nicolasito corriendo como gamos. Salen los pobladores de la casa alarmados: una gran llamarada arde detrás de los pinos. Carreras, baldes, de agua, la manguera y el naciente incendio es apagado con celeridad. El susto ha conmovido a todos los moradores de la casa: si una de las sirvientas no hubiera pasado por el jardín el fuego habría cundido y los pinos dejado de existir. Averiguando el caso resultó que el niño con papeles y fósforos quiso ver "cómo es un incendio". No se propuso quemar los pinos pero se escondió detrás de ellos para que no lo viesen. Como era de esperar no pudo librarse de los azotes paternos.

El abuelo se aproximó al rincón donde el culpable cumplía su castigo... Lagrimeando, todavía con el corazoncito agitado, el niño explicaba:

—Sabes abuelito, he visto al diablo. (el diablo).

Una promesa de llevarlo al Prado calmó su angustia.

Nicolasito está pensativo. No quiere decir qué le sucede. Finalmente se confía al abuelo:

—Quiero crecer, quiero ser más alto.

—¿Y para qué?

—Es que es que... mi chica es más alta.

— ¿Tu chica? Eres muy niño para tener chica: ¿y por qué es más alta?

—Porque tiene ocho años, y yo no tengo ni siete.

—Pues déjala y te buscas otra más chica.

—Es que esta hace lo que yo le digo, las otras no me obedecen.

—No te aflijas —expuso el abuelo — yo te conseguiré otra chica, linda, que no sea más alta que tu, y que sea buenita.

Nicolasito previsor:

—Y que no viva muy lejos para que no me canse al ir a buscarla.

El niño es voluntarioso, de diez veces nueve tiene que salir con su gusto. A veces pide demasiado, el abuelo está de mal humor o muy ocupado y suele decir rotundamente que "no". Entonces Nicolasito se dirige a un rincón donde se autocastiga heroicamente, mirando a hurtadillas. Nadie le hace caso. Se cansa de estar abandonado y acude mimoso al hombre mayor:

—Abuelito, trabaja nomás. Yo jugaré solito.

—Es acometivo como un vikingo pero sabe hacer también de diplomático. Sabe que la furia no lo resuelve todo.

— Al salir de la Misa el abuelo y el nieto compran helados: éste uno de chocolate y aquel de canela.

Déjame probar el tuyo pide el niño. Parece que el sabor de la canela supera al otro pues propone cambiar de helados. "No —dice el abuelo — cada uno con el que se escogió".

Nicolasito reflexiona un poco, mira contristado al abuelo Ideo y luego profiere:

—Sabes abuelito, éste está delicioso.

El cambio de los helados se produce instantáneamente.

No faltan las peleas entre abuelo y nieto por causas grandes o pequeñas. Ambos son orgullosos y aunque el mayor cede en la mayoría de los casos, en algunos se mantiene firme y Nicolasito tiene que saborear los jugos ácidos de la derrota, El caso del caballito de bronce fue memorable. Era un hermoso objeto de arte, el sueño de Nicolasito. El abuelo le permitía verlo y hasta tocarlo a su vista, más no se lo entrega para que jugara con él por ser un recuerdo de su padre, una obra de arte muy delicada, algo frágil. Pero héte aquí que el abuelo tuvo que pasar a la otra biblioteca a buscar un libro y en el ínterin el niño cogió el caballito de bronce, lo hizo galopar golpeando sus delicadas patas contra el escritorio y ¡zás! el animalito perdió una de sus extremidades. Furia del abuelo, llanto de Nicolasito que es expulsado del Estudio.

Se pierde todo un día. El caballito de bronce ha sido restaurado. Cuando vuelve donde el abuelo Nicolasito a penas se atreve a mirarlo de lejos. Luego pregunta:

—Abuelito ¿puedo escribir en tu máquina. Esa no tiene patas.

La vitalidad, el movimiento incesante, las preguntas que se disparan como ametralladora suelen aturdir al abuelo. Cierta vez que el hombre mayor, cansado, ordena:

—Vete a jugar con tus hermanos. Déjame trabajar. (El tono es seco y perentorio) El niño se aleja vociferando:

¡En esta casa no se puede vivir! No hay derecho.

Otro día viene muy impresionado por una película en televisión en la cual un hombre se hundía en las arenas "moledizas".

—Se dice movedizas, no moledizas.

Pero Nicolasito es terco y refiere que la semana pasa fue a las lagunas del Achokalla con sus dos primos Ricardo Juan Carlos, los tres solos y que él se cayó a las arenas moledizas y que sus primos pedían ayuda para salvarlo...

El abuelo sabe que en Achokalla no hay arenas movedizas pero si lagunas. ¿Cómo era posible que se dejara apartarse lugar tan distante y solitario a tres criaturas?

—¿Y cómo te salvaste?

—Me agarré con fuerza de un palo que había cerca y como el hombre nuclear me salí de un salto.

—¡Qué barbaridad — dijo el hombre mayor — podía haberte ahogado. Ahora mismo hablaré con tu padre.

Y se dirigió presuroso al teléfono.

—Abuelo, abuelo — gritó el niño — no te asustes. Si era un sueño.

Nicolasito escapa a todo correr para evitar un coscorrón del abuelo burlado.

Podría llenarse un libro con las ocurrencias, travesuras y salidas" de Nicolasito. Es el real dictador en la casa, su mirada imperiosa y sus gestos enfáticos suelen convertirlo, a veces, en una

personita asombrosa que dialoga y contradice a los mayores como si fuera uno de ellos. El "torbellino" —piensa el abuelo cuando lo ve venir pero nada es más grato para él que recibir al torbellino en sus brazos y escuchar la vocecilla llena de ternura que pronto se tornará enérgica y vivaz.

Nicolasito es muy sabido; conoce todas las teclas para tocar el corazón del abuelo. Suele suceder que a veces, cuando lo encuentra muy concentrado en sí mismo, muy pensativo, el niño saluda y dice confidencial:

—Anoche me he soñado con la Mimita (la Mimita es la abuelita que el niño no conoció porque el Señor se la llevó al cielo antes que él viniera al mundo. El sabe que nombrarla ilumina la cara del abuelo y esto lo hace feliz).

Otra vez, henchido de sabiduría profiere:

—Cuando sea grande me casaré pero no tendré hijos porque fastidian mucho.

La más reciente pelea fue famosa. Cambiaron frasecillas desagradables y como lo viera empecinado (el abuelo también estaba irritado) el hombre mayor amenazó:

—Está bien: me voy a buscar otro nietecito.

Nicolasito muy digno devolvió el desafío:

Yo también me buscaré otro abuelito.

Un minuto después ambos se abrazaban con lágrimas en ojos.

Cada mañana, cuando siente los golpecitos insistentes en la puerta oye la voz amada y ve surgir al tempestuoso en su ponchito multicolor, el abuelo exulta de gozo, comienza a narrar cuentos y agradece al Señor por la compañía del pequeño serafín que a pesar de sus encantos y proezas provocaría la jubilación del mismísimo San Pedro en la entrada del cielo si lo dejaran mucho rato solo con el pequeño y gran Nicolasito.

ESO ES IMPOSIBLE

La señora Davidson era una mujer fascinadora. Viuda, joven, rica, sin hijos, muy hermosa, y distinguida. Irreprochable en su conducta, amada por sus amigas y respetada por los hombres, Algún atrevido murmuraba a sus espaldas: "una real hembra". La presa más codiciada para los presuntos matrimoniales.

Por ese tiempo llegó a La Paz Conrado Michelis, arquitecto, al cual se reconocía tantas virtudes en lo masculino como a la señora Davidson en lo femenino. Viudo también no permitía que se le considerase en tal estado. Tras cinco años de soledad mantenía tenazmente su convicción: "Estoy casado". Locura ligera, por lo demás, que sus amigos toleraban en homenaje a la simpatía del personaje.

El murmullo social corrió veloz y era lógico: la única que podía hacer olvidar su pena a Conrado Michelis era la señora Davidson. Las damas se esforzaron por facilitar el encuentro entre los dos astros de la sociedad. Pasaron varios meses sin que éste pudiera realizarse porque el arquitecto andaba muy ocupado en su profesión y asistía en raras ocasiones a fiestas.

Ambos eran orgullosos "muy pagados de sí mismo" — afirmaban las malas lenguas, No — sostenían otros juzgadores — es que saben lo que valen y no se dejan llevar con nadie. Lo cierto es que no fue fácil reunirlos. Por fin, cierta vez en casa de los Bousuño la señora Davidson y

Conrado Michelis debieron conocerse. Pero no fue así, porque la reunión, numerosa, se dispersaba en diversos grupos y no hubo ocasión de juntarlos. La señora Davidson rodeada siempre de admiradores, no reparó en el arquitecto que a su vez se pasó las horas discutiendo con dos colegas. Los concertadores de aproximación de soledades quedaron defraudados.

Con el tiempo más picó la curiosidad a la señora Davidson que a Conrado Michelis. El oía hablar de una mujer extraordinariamente bella y fina, cosa más o menos corriente, en tanto ella se enteraba del viudo inabordable que vivía concentrado en el recuerdo de su esposa desaparecida. ¿Que no le interesaba ninguna mujer? La señora Davidson, segura de su poder de fascinación, sonreía discretamente. Claro que a ella no le interesaban los arquitectos y menos uno sumergido en amores pretéritos. No comentó el caso. Nadie reparó en la chispa burlona sus ojos verdes al serle contado el caso.

Como todo tiene un desenlace, finalmente los solitarios se encontraron al salir de misa y fueron presentados por personas amigas. El encuentro inicial no pareció dejar huellas en ninguno de ambos. En encuentros sucesivos la amistad surgió espontánea: Conrado Michelis no la asediaba y tampoco la señora Davidson lo buscaba. Alternaban sin insistencia, sin desvíos. En un coloquio en el cual se discutía si existe o no el amor único, el arquitecto oyó a la señora Davidson:

—Yo creo que existe el amor fiel, y una sola vez.

Con rada Michelis, gratamente sorprendido la miró simpatía. Hubo quien comentó más tarde: ¡qué mujer inteligente! Le lanzó el anzuelo; ya está cogido.

Pasaron los días. Nadie podía asegurar que ella se interesará por él, porque los encuentros eran espaciados y casual. Además, la señora Davidson culta y refinada nunca dejaba traslucir qué hombre la atraía repartiendo sonrisas entre todo.

Tampoco Conrado Michelis dio señales de estar impresionado por la beldad. Siguió su vida normal y cuando se tocaba el tema mujeril callaba o hacía alguna alusión a la esposa perdida. "Son dos polos muy alejados —se decía— él vive consagrado a la memoria de María, su esposa; ella quiere tributarios de su belleza y su encanto, pero tributarios libres".

Cierta noche, en un descanso en el teatro, la señora Davidson deslizó inocentemente este juicio al arquitecto:

—Qué coincidencia que ambos estemos en la misma situación, solos. Claro que depende de nosotros mismos encauzar nueva vida. A mí me asedian los moscardones, pero también usted podría hallar otra compañera...

Conrado Michelis, que siempre la tratara ceremonioso, repuso:

—Señora Davidson: son casos distintos. Usted seguramente si, yo no porque estoy casado.

Ella lo miró sorprendida "Está loco está fingiendo — pensó — no se puede llevar tan lejos una obsesión ". Pero el arquitecto la mirada muy serio y luego cambió la conversación.

Levemente turbada la señora Davidson reflexionaba al acostarse. No era que Conrado Michelis la hubiese flechado; nada tenía de extraordinario para despertar amor, era uno más entre sus numerosos amigos. Mas su respuesta había sembrado la semilla de la vanidad herida. ¿Así que no podía admitir ni siquiera la posibilidad de que otra mujer sustituya a la fallecida? Absurdo: nadie puede en plena juventud renunciar a la vida compartida sólo por dedicarse a un fantasma, y fantasma invisible... No: el arquitecto no era una persona normal. Conquistar a varones atrayentes es un placer pero ganar el interés un abstraído es mucho mejor. No que la señora Davidson fuese

coqueta, más le agradaba estar segura del imperio de su hermosura sobre los hombres. Y se propuso rendir la fortaleza que se presentaba inexpugnable.

Comenzó el asedio en forma muy discreta, con esa sutileza que sólo desenvuelve una mujer intuitiva, sagáz. No se insinuaba, evitar contrariarlo, asentía a sus gustos y opiniones. Nada de miradas ansiosas ni sonrisas cautivadoras: eso era vulgar. Dejaba que todo fluyera naturalmente. Se recomendaban libros y discos compartiendo aficiones estéticas. Después de varias semanas de asedio cuidadosamente dosificado, la señora Davidson reparó en que el arquitecto disfrutaba con simpatía de su amistad; simpatía, nada más. Y esto hirió su orgullo. ¿Por qué nunca cruzaba por sus ojos el rayo de admiración y de fervor que despertaba en otros? Conrado Michelis la contemplaba con mirar desinteresado, en realidad frío, como una parte cualquiera del mundo visual.

Decidió, entonces, acudir al arma más poderosa del arsenal femenino: la atracción sexual. Discretamente, como si todo fuera casual, impensado, buscó contactos sutiles, roces imprevistos. Llevaba faldas abiertas al costado que permitían admirar las piernas soberbias, lucía el busto escultural, dejó que los hermosos brazos tropezaran con la mano del hombre. El arquitecto la retiraba enseguida pero ella advirtió, con alegría que no podía dejar de estremecerse al contacto físico. La hembra magnífica adquirió conciencia de que Conrado Michelis era un hombre, si perturbado en su mente y sus sentimientos su sensualidad continuaba intacta.

Algunas noches más de soliloquio convencieron a la señora Davidson que estaba locamente enamorada. ¿Cómo podía ser? Ella jamás abdicara de su personalidad magnética: atraer, atraer a todos sin jamás dejarse capturar por el hechizo masculino. Intentó reaccionar: se trataba sólo de satisfacer su orgullo de mujer, quería rendir al hombre para abandonarlo después. Pero pronto volvió a la realidad, verdaderamente amaba al arquitecto y quería ser amada por él. ¿Cómo se transforma la amistad en pasión? No lo sabía, ni lo había advertido... ¿No estaría siendo víctima de otra obsesión? Porque Conrado, Michelis no cambiaba en absoluto su proceder respetuoso, cordial. Su mirada limpia trasuntaba simpatía nada más. La señora Davidson sintió el ardiente deseo de ser amada por ese hombre de corazón dormido. Y se juró conseguirlo.

Conrado Michelis entendió el juego. Se apenó perder una amiga, porque disfrutaba con su compañía y su conversación, pero los roces furtivos, el mirar ansioso no dejaban lugar a dudas: ella buscaba algo más que la amistad. Procuró eludirla, dejó de asistir a reuniones para no encontrarla. Sus amigos no entendieron el juego sutil de aproximación y distanciamiento que se libraba entre ambos. Sucedió delicadamente, sin incurrir en torpezas, de modo que sólo los protagonistas se enteraban del silencioso duelo.

Después de una separación prolongada la casualidad los juntó. Al abandonar el baile la señora Davidson aproximando el magnífico cuerpo al arquitecto y acercando la cara casi hasta tocar la mejilla de Conrado Michelis dijo en voz baja estas palabras que prometían mucho de lo expresado:

—Acompáñeme a casa...

El arquitecto se inclinó cortésmente.

—Lo siento señora Davidson — dijo — eso es imposible. Mi señora me espera en casa.

La mujer se retiró escondiendo su derrota.

Conrado Michelis regresó a su hogar. Silbó desde la entrada como era su costumbre. Se dirigió con paso firme al dormitorio donde lo aguardaba María:

—Imagínate que la señora Davidson quería convertirme en su amante. No sabe que sólo te amo a ti.

—Te lo agradezco —dijo la presencia invisible— y un casto beso vibró en el aire sin que se oyera ni la mínima resonancia.

LA BATALLA

Tronaron los cañones de los barcos, los escuadrones aéreos dejaron caer las bombas con matemática precisión, los lanchones de desembarco transportaron miles de combatientes y apesar de las fuertes bajas la invasión se produjo como estaba planeada.

El Mando asaltante, instalado en el mayor acorazado dirigía con precisión las acciones. El Mando defensor, a su vez, desde una colina camuflada guiaba con igual eficacia a sus tropas. Pudo decirse, las primeras tres horas, que el combate se equilibraba se avanzaba en un sector para retroceder en otros. Si los invasores superaban en número, los defensores disponían de ingeniosos dispositivos bélicos —casamatas, túneles campos minados, cañones de largo y corto alcance, bazookas, ametralladoras de tiro rápido, bombas incendiarias —y tenían, también, muchos aviones, sobre todo cazas, que neutralizaban a los bombarderos del enemigo.

Cuando el Mando invasor ordenó que tres columnas avanzaran por sendas quebradas que se creía infranqueables por abundar lagunas, las tres columnas reptaron por el monte acompañadas por ingenieros que tenderían los pontones para cruzar las aguas, descendieron después por las quebradas sin ser descubiertas por el enemigo.

La región era abrupta, montañosa, con zonas acuáticas y abundantes quebradas. Bosques de árboles no muy altos ni muy tupidos pero si lo suficiente para esconder movimientos de masas, hacían difícil tener el dominio visual del escenario bélico. "Condenada región" —murmuraba el coronel Tamariz. Pero seguían avanzando porque ese era su deber.

Los mapas del servicio secreto del Mando invasor indicaban claramente el refugio del Mando defensor. Hacía él convergían las tres columnas de sacrificio, que probablemente serían descubiertas y diezmadas, pero los equipos especializados de Comandos harían su tarea y tomarían preso al Estado Mayor enemigo, entonces la batalla cesaría.

El jefe de las tres columnas dirigía el avance comunicándose por radio con oficiales y tropas: un joven general enérgico y veloz en sus decisiones, no quiso quedar atrás y avanzaba junto con sus columnas exponiéndose a todos los riesgos. Cierta vez que una granada cayó sin estallar, se aproximó, la cogió y la devolvió al adversario salvando la vida de su pelotón. Fue en otro episodio de la guerra y desde entonces lo llamaban el General-Granada. Sus hombres tenían plena confianza en él. ¿Qué le importaba la vida? Su mujer lo había traicionado con su mejor amigo, gravemente heridos por su mano yacían en hospitales pagando su traición. Pero el General-Granada sólo pensaba, ahora, en matar y aplastar al enemigo.

Ramírez, el general defensor se sentía seguro en su refugio perfectamente disimulado en la colina y además inexpugnable porque estaba fortificado y todos sus accesos cuidadosamente minados. Tenía agua y provisiones para resistir mucho tiempo. Además los arsenales de armamento y munición y los depósitos de alimentos de sus tropas estaban estratégicamente diseminados en lugares ocultos por toda la isla de manera que si caía una sección las restantes podrían seguir combatiendo. Valiente y buen estratega Ramírez impartía con precisión sus órdenes conforme le llegaban las partes de la batalla. No lo animaba el odio como a su rival, sino el amor. Quería como a sus hijos a sus hombres, lo sostenía el recuerdo de la buena esposa a la que amaba con locura. Sabía que la dicha lo esperaba al terminar la guerra. Buen profesional y patriota leal como batía con la misma decisión que sus adversarios.

El espía Olivares informó al General-Granada haber descubierto una senda olvidada que conducía al Estado Mayor de los defensores de la isla. A su vez el espía Menéndez comunicaba al

General Ramírez que las tres columnas cruzaban las lagunas y vencían las quebradas aproximándose a la colina de su Mando.

Descubiertos los invasores fueron hostigados por los defensores: abusos y aviones los acometían sin tregua. Ellos, bien equipados se defendieron con vigor.

El combate de las tres columnas con sus atacantes era sólo una parte del problema. La batalla se desarrollaba en diversos sectores. Más que los aviones que debido al bosque no podían localizar sus blancos, la artillería causaba estragos en ambas partes. Hubieron luchas a bayoneta calada, cuerpo a cuerpo. Se tomaron varias cotas, se perdieron, se retomaron. Los invasores conquistaron con sangrientas pérdidas la colina camuflada del Estado Mayor enemigo, ignorando que a cinco metros bajo tierra el General Ramírez seguía dirigiendo la defensa. A su vez sus tropas especializadas aislaban a destacamentos invasores. Abundaban prisioneros de ambas partes porque la isla era muy grande. Equilibradas las fuerzas de invasión y las de defensa, aproximadamente unos 60.000 hombres en conjunto, la batalla se prolongaba ya por catorce horas sin vislumbrarse al ganador. Los buques de guerra temerosos de matar a sus propias gentes porque las líneas de fuego se movían y cambiaban constantemente, habían enmudecido sus bocas de fuego.

Tan indecisa se presentaba la escena, que el teniente Hernández corría de su posición, cuando el fuego se suspendía para ir a acostarse con Matilde, la hermosa y rústica isleña. Luego volvía a la pelea. Y el comandante Fadriquez, de los invasores, en los breves momentos de tregua escribía cartas a su amante la bella esposa del Coronel Javericio que también las recibía de sus otros dos amantes.

El combate, feroz e implacable era a muerte. Poco a poco las fuerzas en lucha se fueron reduciendo en número y combatividad. Un destacamento íntegro pereció en las lagunas ahogado. Otro, de los defensores, pereció a bayonetazos de una fuerza enemiga superior. Los estados mayores fueron perdiendo sus medios de contacto; los bosques dispersaban y confundían a todos. Se levantó una niebla y fue más difícil distinguirse. Municiones y víveres se agotaban rápidamente. La sed atormentaba a oficiales y soldados.

Cayó una fuerte lluvia, silbaron los vientos, sucedieron cosas extrañas. Un rayó hizo volar un puesto de artillería desapareciendo el cañón y los soldados que lo manejaban. Otro afeitó barba y bigotes a un oficial que del pánico perdió el habla. Cada vez se oían menos disparos; los combatientes, agotados caían vencidos por el hambre, la sed, aniquiladas sus fuerzas físicas y las municiones. Al cuarto día de combate, sólo quedaban pequeños grupos hambrientos y desfallecientes. Los isleños salieron, todavía asustados, de sus cuevas contemplando asombrados a esas piltrafas humanas que ya nada podían hacerles: merecían más bien ayuda y cuidados.

Un pequeño volcán, al extremo sur de la isla, comenzó a arrojar lava. Cesó la lluvia. Surgió una luna de luz embrujadora. Dos aviones que volaban bajo se estrellaron en el aire incendiándose. Se despejó la niebla. Toda la isla era una inmensa ruina. Los pocos sobrevivientes del combate vagaban, unos, o descansaban, otros, desfallecientes y semienloquecidos. Ya no habían mandos, jerarquías ni nada por el estilo. La poderosa y admirable máquina bélica, en ambos lados, se había convertido en ruinas calcinadas y pequeños grupos de hombres en extremo grado de agotamiento. Nadie pensaba en combatir. Invasores y defensores se confundían en el desastre total.

De pronto se abrió el follaje del flanco izquierdo de la escena y detrás de unos matorrales del flanco derecho, casi simultáneamente surgieron dos hombres, todavía con los uniformes sucios pero intactos. Eran el General-Granada y el General Ramírez, invasor y defensor. Carecían de armas. Orgullo de sus ejércitos no podían rendirse aunque estaban tan agotados como sus tropas. Pelear a puños o puntapiés habría sido absurdo pues a los primeros golpes habrían caído exánimes. Pero el odio recíproco y el sentido del deber profesional se mantenía vivo en ambos.

Entonces como si lo hubiesen acordado, los dos jefes militares con paso vacilante se acercaron al acantilado y se arrojaron al mar que rugía doscientos metros más abajo.

Hemos hecho una gran película —dijo el director de cine. Voltará la taquilla de muchas salas filmicas y dará millones de dólares.

AQUELLA MUSICA

No era un melómano de esos que se pasan horas escuchando música, pero cuando sus ocupaciones lo permitían gustaba de asistir a conciertos sobre todo de música de cámara que a su juicio contenía lo más recóndito del arte sonoro, lo que más fácilmente asimilaban sus oídos de aficionado. Amaba a los clásicos, sobre todo Bach, Mozart, Beethoven; sólo por excepción algo de Dvorak o de Tschaikowsky. Detestaba — juicio muy personal — la a-musicalidad de los modernos: ese detestable Schönberg. Ignorando las técnicas de composición, su cultura en la materia era puramente auditiva y memoriosa; podía sumergirse libre y gozosamente en los mares misteriosos de la música, buscando únicamente el placer estético de una melodía o de un airoso conjunto instrumental. En sonatas, tríos, cuartetos, quintetos, suite: ahí estaba la esencia del mundo de los sonidos. La gran arquitectura barroca — sinfonías, corales óperas — lo dejaban frío; esos grandes conjuntos orquestales lo aturdían. En cambio en la música de cámara se podía seguir dócilmente el lenguaje expresivo de cada instrumento, cual una conversación de amigos donde todos pueden entenderse.

Tenía dos noches libres en Salzburgo, la encantadora ciudad austriaca tan alejada del vértigo moderno; ¿y cómo no habría de amar a Salzburgo un metropolitano londinense que transcurría su vida habitual acosado de multitudes, de ruidos, de vehículos, siempre oprimido entre apremios humanos y urbanos? Aquí, en cambio, todo fluía tranquilo, en "tempo lento", nadie lo empujaba a nadie, sobraba espacio.

El concierto se efectuaba en el palacio Linder-Resthoff que aun no conocía. Un edificio del rococó recargado de adornos y molduras por el exterior por dentro mantenía el exceso decorativo pero con innegable buen gusto, salas, paredes y techos armonizaban en el juego plástico. Su primera impresión fue de disgusto: la sala no era muy amplia ni parecía tener condiciones de acústica. En vez de las mullidas butacas con brazos y amplias de los teatros, sólo vio largas filas de sillas de estilo, colocadas muy próximas unas de otras, algo estrechas. "Si me tocan de compañeros una señora gorda y un corpulento teutón, no podré moverme" —pensó irritado. A él le placían las localidades anchas, confortables, que evitan los roces y contactos innecesarios. Se ubicó en una fila media. A poco una joven con trenzas de apariencia colegial, delgada, se sentó a su derecha. Primer respiro de satisfacción. "Ojalá la otra vecindad sea de tan sobria economía corporal" —se dijo.

Revisó el programa: las 4 Fantasías para piano de Mozart el 2° y 3° de los cuartetos Razumovsky de Beethoven, y un trío de Tschaikowsky: ¡qué fiesta para el oído y el sentimiento, la gracia alada del piano mozartiano y la patética hondura de las cuerdas beethovenianas! Al ruso, cuya composición desconocía, no le otorgó mayor importancia: sería un tributo para expiar el deliquio que producían los dos grandes germanos.

—Permiso.

Retiró las piernas y dió paso a una dama alta, esbelta, muy bella que pasó a sentarse a su izquierda. Newman estaba muy lejos de ser un buscador de aventuras con desconocidas. Era más bien recatado, algo tímido y jamás había importunado con frases ni actitudes inconvenientes a una mujer. Un perfume penetrante hirió su olfato. Las luces encendidas le impedían voltear la cabeza y mirar plenamente a la dama, pero de soslayo, casi hurtadillas pudo observarla. Una mujer magnífica probablemente una aristócrata vienesa a juzgar por su arrogancia y el frío desdén que parecía aislarla del resto del público. Los pocos minutos que faltaban para que se iniciara el

concierto, pudo advertir que ella mirando fijamente al horizonte daba la sensación de estar sumida en sus pensamientos sin que le importasen nada los demás. Cosa rara; carecía de la innata curiosidad femenina pues sus miradas no examinaban a personas ni detalles de la sala. "Una melómana", sólo por la música". Algo después comenzó a molestarlo la altivez de la mujer no se dignaba reparar en nadie. Newman era para ella algo tan abstracto y lejano como la butaca en la cual se hallaba sentado. Nadie, nada. Sintió un aletazo de indignación; ahora se explicaba por qué la mayoría de las gentes detestan a estas mujeres arrogantes, esquivas altaneras de la aristocracia que no hablan ni reparan en los seres comunes, esos productos refinados, artificiales, deliberadamente sofisticados que Proust ha descrito en El Mundo de Guermantes. "Por muy atractiva que sea esta dama, pertenece a una clase social que tiende a desaparecer. ¿Para qué sirven su insolencia y su desvío? Orgullosa, indiferente a todo no sea su propia persona debe ser egoísta, insensible, producto de una decadencia.

Al menos habría una ventaja en su favor: la dama era delgada, no habría roces ni contactos, podría escuchar en perfecta calma la música.

Cuando Edwin Fisher — en ese tiempo el mejor intérprete de Mozart — ingresó a la sala fue discretamente aplaudido. El público vienés deseaba escuchar antes de dar su veredicto. A las primeras notas Neumann se olvidó de la dama aristocrática. Fisher pulsaba el piano con maravillosa digitación, nítida, al modo clásico, sin exageraciones románticas ni alardes pedalísticos. Cerró su actuación con la admirable Fantasía K.396 que tocó con vigor, delicadeza, y sentimiento arrancando grandes aplausos al público. El programa se desenvolvía prometedor.

Luego el cuarteto Lener se aprestó a ejecutar lo Op. 59 N° 2 de Beethoven. Se encendieron las luces, hubo una pausa e descanso. Esta vez pudo observar mejor a la bella. Permanecía inmóvil, la vista fija al frente, ni siquiera vibraban las pestañas. ¿Era una estatua o una mujer? Si la música de Mozart y la versión de Fisher la habían conmovido, guardaba para sí su emoción; nada, al exterior, dejaba traslucir lo sentido. Era hermosa, distinguida y evasiva a la vez. Orgullosamente concentrada en sí misma no daba cauce a la comunicación. Newman sintió una doble sensación de atracción y repulsión hacia la desconocida: su belleza ofuscaba, su indiferencia irritaba. Ni la mínima señal de que hubiera advertido su presencia. ¿Acaso era él un leño? Claro que no buscaba la atención de las mujeres, pero una mirada de cortesía, un signo cualquier de que otro ser humano está a nuestro lado siempre se agradece. "Para esta maldita aristócrata sólo existe ella, los demás, basura".

En cambio con la colegiala del costado derecho hubo miradas de simpatía y hasta alguna sonrisa aunque evitando la conversación. Por lo menos había una persona a su lado y no otra estatua. La dama de la izquierda permanecía quieta.

Sonaron los primeros acordes del octavo cuarteto de Beethoven. Newman se olvidó de la dama y se sumergió en el encanto de la música. El cuarteto Lener, bien ajustado, lejos de las estridencias mecánicas y las exageraciones acústicas que sobrevendrían cuarenta años después interpretó la segunda composición de los Razsuhofsky con pasión y sentimiento a la vez. Esta obra, profunda y dolorida, sacudió a Newman como siempre que la escuchaba. Su mensaje nocturno lo hizo vibrar música, poesía, lenguaje metafísico a un tiempo. Digan los técnicos cuanto se les antoje, el cuarteto número ocho es un portento de sugerencias patéticas, una luz celestial que ilumina las penumbras melancólicas del ser. El adagio, finalmente interpretado arrancó muchas lágrimas. Transportado a un mundo mi belleza perfecta Newman estaba en la gloria, olvidado de todo lo que no fuera la estupenda versión del cuarteto Lener.

El cuarteto noveno fue transmitido con idéntica perfección. Especialmente el segundo andante mantuvo en suspenso al público. El viejo dolor beethoveniano que sólo él supo transmutar en gracia y alegría. Esa confesión apasionada que hiere las cuerdas más íntimas del espíritu. Ese lamento rebelde que supera el llanto y la desdicha porque parece brotar de la cólera y el penar de un dios. Bach es sublime, Mozart un canto armonioso, pero sólo Beethoven tiene el poder de sacudir hasta lo más recóndito el corazón humano.

También los Lener fueron larga y calurosamente aplaudidos. Si Fisher estuvo impecable, los Lener llegaron a una Cúspide de perfección.

En el nuevo entreacto, antes de ingresar a la tercera parte del concierto, Newman volvió a interesarse por la hermética desconocida. Era increíble: movió dos o tres veces la cabeza acaso porque la absoluta inmovilidad la incomodaba pero luego volvía a su posición primitiva: el busto erguido, la testa inmóvil, los ojos perdidos en una remota lejanía como desasidos de todo lo cercano. "Es una necia o está fingiendo. ¿Y si fuera una loca, una de esas locas tranquilas que a nadie hace daño? ¡Bah! Dejarla en paz. En nada me molesta ¿por qué habría yo de molestarla a ella? Que siga su juego de estatua. A lo mejor no es soberbia sino estupidez". Pensando así Newman se sintió desquitado de la indeferencia de la dama.

Reinicióse el concierto con una obra desconocida para Newman: el trío Op. 50 de Tschaikowsky.

Desde los primeros acordes Newman sintió que lo conmovía algo extraño como si un golpe eléctrico hubiese sacudido su cuerpo. ¿Qué sucedía? No captaba la triste armonía de los tres instrumentos, sino el diálogo del piano y del violín. Era un largo y estremecido lamento, un lamento apasionado, vibrante, viril. Se diría una inmensa pesadumbre que fluía no en son de queja sino más bien como una protesta vigorosa. La sorpresa lo transportaba a un territorio ignorado de pasiones salvajes y violentas. Este no era el violín afligido del que habló Baudelaire ni el piano romántico de Schumann. Era un coloquio delirante — ya empezaba a recoger también la voz del violoncello una honda y extensa confesión, acaso un amor perdido, un gran sueño frustrado, una pasión prohibida, la evocación de un suceso trágico, inolvidable, algo que regresaba al alma o la visitaba por primera vez con fuerza aterradora. La música de Tschaikowsky lo cautivaba con su belleza salvaje y exótica. De pronto una onda de aire finísima le trajo el perfume de su vecina. Instintivamente volteó la cabeza a la izquierda y vió que la desconocida se transformaba en otro ser perdiendo su rigidez estatuaria. El alto pecho se levantaba y descendía rítmicamente. Las aletas de la nariz se movían sutilmente. La mirada había adquirido un brillo sensual y animado. Daba la sensación de estar traspasada por la música. Newman reaccionó prestamente debía concentrarse en el trío y no dar importancia a la dama. Siguió escuchando la obra dedicada a la memoria de un gran artista — rezaba el programa. ¿Qué podía recordar a la orgullosa aristócrata, y qué suscitaba en su propio espíritu esta música que transcurría entre lamentosa y tempestuosa levantando sensaciones nuevas en su alma? Era una convergencia de la hondura germana con el patetismo eslavo, un dolor hondísimo que expresaba en expandida rebeldía. Una frase central iba y ven por toda la obra a través de diversas variaciones. Era una confesión elegíaca que a menudo se convertía en épico alegato. Algo sensacional novísimo, que *lo* conmovía hasta el fondo ser.

Newman seguía el trío del ruso que se le antojaba sensual, melancólico y colérico a la vez.

Sintió el roce de un brazo. Era en verano, las vestimentas livianas permitían mejor el contacto de los cuerpos. Una piel cálida filtraba la suave emanación de su presencia. Miró a la desconocida. Andarían ya por la mitad de la obra y la dama apenas podía contener su emoción. Estaba totalmente cambiada: ni rastro del orgullo y la impasibilidad anteriores. La sentía temblorosa, vacilante. Los ojos se le llenaban de lágrimas que contenía a duras penas. A poco la pierna fina y redondeada tocaba la suya. El hombre comprendió que no se trataba de un toque sensual ni de una incitación a la aventura; solamente que la mujer transformada por la magia musical había perdido conciencia de su cuerpo y estaba íntegramente sumergida en la confesión o en el recuerdo apasionado de algo que pasó por su vida. Un sentimiento de lástima aumentó su admiración por la dama: entonces no era una esfinge sino una mujer de verdad, llorosa, conmovida, apasionada tal vez, que se entregaba femenina y doloridamente a la sensualidad de los sonidos. El diálogo dramático del violín y del piano se acentuaba. Newman se dió cuenta que ya no podía absorberse solamente en ellos por que la revelación de la aristócrata impasible, trocada en mujer carnal y sensible, despertaba su interés varonil. La tremenda energía de la música se mezclaba con la cercanía incitante de hermosa desconocida cuya angustia parecía

aumentar con brillante ejecución de los tres instrumentistas. La mujer da la sensación de estar a punto de desmayarse. Ya no pudo contener su emoción, rodaron lágrimas por la cara afligida, la a se contraía en rictus de pesar y las manos fuertemente entrelazadas reprimían el desborde físico. Newman la compadeció: era víctima de una pasión, de un recuerdo, de una fuerza trastornante que podía destruirla — ¿no son las mujeres siempre algo histéricas, inclinadas a dejarse llevar por trances emotivos? — y estuvo a punto de decirle algo pero evocando su anterior altivez temió ser rechazado y calló.

La dama se inclinaba levemente, casi imperceptiblemente hacia él, pero Newman no se sentía halagado porque comprendía que ella replegada en su más profunda interioridad no reparaba en roces ni en actos físicos, ya que lo mismo habría podido hacerlo con el otro vecino. El, en cambio, podía absorber las reacciones de la desconocida que no eran ciertamente ostensibles si no más bien contenidas. Su respiración agitada, los estrechamientos de la piel que recogía a través del contacto del brazo y de la pierna, la tempestad interior habrían pasado desapercibidos porque la mujer aun mantenía el control de sus movimientos. Newman deploraba no poder esclarecer si se trataba de un delirio de la mente o de una pasión corporal. O tal vez prejuizgaba y la dama no evocaba al amante perdido, sino —como decía la dedicatoria del Trío — al padre, a un gran maestro que guió su vida, o simplemente a un espíritu amigo ya desvanecido. ¿Qué sería?

El gozaba, alterado, la doble fruición de la nueva música que entraba en su alma como un torrente impetuoso desbordante de energía arrolladora, y la proximidad física y anímica con la mujer desolada que al conjuro de la música se descubría tierna, apasionada, encantadoramente femenina ¿porque hay acaso algo más seductor que la pena de una mujer hermosa libremente expresada?

El Trío Op. 50 de Tschaikowsky se aproximaba a su fin. La música proseguía en larga escala de sufrimiento y rebeldía, poderosamente expresados en el lírico combate del piano y del violín. La dama continuaba reprimiendo su emoción sólo un observador penetrante y muy sensible como Newman podía absorber lo que pasaba en ella.

En otra mirada de soslayo captó que la mujer se mordía el labio inferior ¿acaso para evitar un grito? Era indudable que se hallaba hondamente trastornada pero aun mantenía la línea de una apariencia digna. Sólo él, debido al contacto efímero de los cuerpos y a su acentuado poder de observación día seguir el curso de este dolor concentrado, reprimido, que pugnaba por esconderse a los demás. Al llegar al final de obra, la dama pareció aquietarse. ¿Fue idea o realidad? Un débil quejido pareció escaparse de sus labios. Se encendieron las luces y una tempestad de aplausos y vítores premió a los Lener por su soberbia interpretación. Newman, entusiasmado, se sumó a los melómanos delirantes.

Transcurridos varios instantes, acaso muchos porque la ovación y los aplausos se prolongaban, volteó la cabeza para mirar a la desconocida; ésta había recompuesto porte y fisonomía. Otra vez la máscara de orgullo y de indiferencia cubría rostro afligido que viera momentos antes. Era, nuevamente, mujer altiva y desdeñosa que no quería comunicación con nadie. Seguía mirando a la lejanía, esperando que comenzara la procesión de la salida. Ni siquiera dirigió una mirada a Newman y cuando éste, con enojo, se preguntaba quien sería esa actriz (porque indudablemente sólo una actriz podía transformarse tan velozmente de estatua en mujer y a la inversa) oyó que señor decía a su acompañante:

—Es la condesa Erdödy,

LA NOCHE ES JOVEN TODAVÍA

El vigilante, receloso, se aproximó al hombre vestido de negro que cruzado de brazos miraba fijamente al gran monolito.

—¿Qué hace usted aquí?

— Miro.

—Ya lo veo. Tuvo todo el día para verlo. ¿Por qué a las once de la noche?

El hombre calló unos instantes. Luego repuso:

—Si se lo dijera no lo comprendería. Es algo especial. El guardia se amoscó:

—Me cree un tonto que no puedo entender lo que me dicen.

—No es eso. No pretendo ofenderlo. Pero es algo... algo que sin preparación adecuada no se puede comprender.

"Loco o se quiere hacer el misterioso — pensó el vigilante. Enseguida, imperioso, ordenó:

—¡Váyase!.

El hombre vestido de negro miró al guardia sin inmutarse.

—Usted se equivoca — dijo — no soy un malhechor ni pienso hacer daño a nadie.

—Dió varias vueltas a la plaza y al estadio; está cerca de una hora contemplando a la estatua. ¿Qué se propone, dañarla?

El hombre hizo un gesto de protesta:

—¡Cómo se le ocurre! Yo adoro al monolito como usted al Cristo en los templos. No tengo armas ni instrumento cortante alguno. Soy débil, tengo apenas la fuerza de un muchacho. Ayuné tres días. Usted podría deshacerme de un solo golpe.

El guardia examinó con atención al hombre y era efectivamente así. Lo registró: no llevaba arma alguna. Parecía un adolescente por el escaso desarrollo corporal aunque el rostro acusaba mayor edad. Lo miró dubitativo:

—Bueno: ¿qué se propone?

—Nada. Déjeme mirar a este dios antiguo. Nada más.

"Pero no ha comido tres días... Sin embargo viste bien. No puede ser ladrón ni mendigo".

—¿Por qué se priva de alimentarse?

—Cosas de la iniciación.

—¿Y qué es eso de la iniciación?

En ese instante llegó su reemplazo de guardia. Se alejó el primer vigilante y el nuevo, un hombre tosco y macizo sin hacer caso del extraño visitante comenzó su ronda. Después de la primera vuelta fumó tres cigarrillos. Realizó la segunda ronda. El hombre vestido de negro no se movía: erguido, cruzado de brazos miraba al monolito paralizado como una persona en estado hipnótico.

"Este se alzó una mona tan rara que en vez de caerse ha vuelto árbol" —pensó el segundo guardia riéndose de ocurrencia. No tenía costumbre de molestar a la gente a no ser que se tratara

de alguien peligroso o sospechoso, y el sujeto inmóvil no infundía desconfianza. Lo venció el sueño; sentado en un pedrón dormitó, despertando media hora después. El hombre vestido de negro seguía en la misma posición. "Es un lunático, se volverá piedra como la estatua que admira".

Fuese el guardia a realizar su tercera ronda que lo retuvo largamente en el estadio, donde escuchara ruidos sospechosos.

Cuando hombre y estatua estuvieron solos, aquel dijo al monolito:

—He cumplido todos los ritos y las reglas. Llévame contigo.

La estatua adquirió fosforescencias mágicas. Una figura tenue se desprendió de la dura andesita cogiendo de la mano al hombre vestido de negro se remontaron por el cielo lunado volando velozmente.

Llegaron a una extensa planicie al borde de un gran lago, cubierto de templos, palacios, campos de juegos, cuarteles, grandes recintos que semejaban escuelas o depósitos. Largas avenidas, amplias plazas. Era una urbe más que una ciudad. Más no había vehículos. A veces pasaban personajes extrañamente ataviados encima de altos asientos que llevaban jóvenes robustos sobre sus hombros. Y las gentes caminaban despacio, como si nadie tuviera prisa, avanzando con gracia y majestad, Solían detenerse, se hacían cortesés reverencias, y reanudaban su andar. Habían centinelas en las puertas de templos y palacios a los cuales la muchedumbre entraba y salía libremente. Era de noche y sin embargo una luz clarísima, como la luz del sol pero no hería la vista y que no se sabía de dónde brotaba iluminaba la escena. Todos parecían estar ocupados en tareas que sólo a cada cual concernían, y aunque calles y plazas se veían pobladas no se producían aglomeraciones de gentes. El hombre pidió a su conductor que lo hiciera bajar del pequeño montículo y que lo llevara al Templo de las Predicciones.

La Figura Tenue vaciló:

—Es muy fuerte el trance. ¿Estás debidamente preparados.

—Vencí 77 noches en vigilia con el Padre Petrificado.

—Está bien, te llevaré.

El forastero, impaciente, quería avanzar rápido pero fue contenido por su conductor. "Aquí todo transcurre en tiempo lento. Ten calma. Si te apresuras todo desaparecerá".

Descendieron por una rampa inclinada, pasaron junto a un recinto enjaulado del cual partían los rugidos de pumas y jaguares, y desembocaron en una vasta plaza. Al fondo, tremendo en sus dimensiones, se erguía el Templo de las Predicciones.

—Ya no puedo acompañarte — dijo la Figura Tenue — ahora tienes que avanzar sólo. Sé prudente en tus preguntas y no pierdas el control de tus actos: cualquier descuido te será adverso.

El hombre se plegó a la muchedumbre que avanzaba en dirección al templo. No estaban en filas, mas bien se agrupaban, todos, en masa, pero ordenadamente, sin atropellarse, con una extraña cortesía inusual en multitudes. Llegaron al pie de la gran escalinata que llevaba al terraplén del ingreso al edificio y se detuvieron respetuosos. Entonces se desprendieron tres personas de la multitud y el hombre sintió que debía adherirse a ellas. Las cuatro personas subieron la escalinata y ante de ingresar al templo fueron ungidas por un Sacerdote que les tocó las sienes. Luego cada cual entró al Templo por cada una de las cuatro grandes puertas de basalto.

Poblado de columnas más semejaba su interior al templo egipcio que a una catedral gótica. Inmenso, oscuro, el recinto nada tenía de acogedor. Pronto perdió de vista a sus tres compañeros

que se hundieron en la vastedad de las penumbras. El hombre siguió avanzando hasta dar con una escalera de cara que subía hacia lo alto. Era muy extensa, al extremo de darle mareos la sucesión de tantas vueltas. Tuvo que detenerse varias veces para descansar y recobrar el equilibrio. Por fin llegó a su terminación y se vió en un enorme ámbito circular con grandes ventanales abiertos al exterior. Se asomó a uno de ellos el vértigo lo sobrecogió: el abismo se abría desde la altura pavorosa. Dominando el pánico, miró otra vez y divisó al fondo una ciudad con torres muy altas, templos, anchas plazas. Jamás la conocería pues parecía imposible descender hasta ella. La voz resonó, suavemente a su lado:

—No debiste temblar ante el abismo. Ahora no puedes conocerla.

Un ser extrañamente ataviado lo contemplaba con severidad, como reprochándole el pasado miedo. Vestía una túnica blanca y negra, ceñida por un cinturón de fulgores verdes. Un plectro de oricalco le colgaba del cuello. Llevaba anillos salientes en los brazos. La testa cubierta por un gorro que elevaba como un embudo invertido. Y en la diestra lucía una vara con siete puntas que emitían signos incomprensibles.

—Ven —dijo el Sacerdote del Misterio y lo condujo a otro ventanal. El panorama era completamente distinto. Sólo la Noche infinita sin fondo, sin fin y sin principio. Dominando su asombro sintió que perdía su conciencia individual, entró al movimiento mágico de los astros que se movían sin moverse, en una pausada ondulación de ritmos sucesivos que daban y no daban la sensación de traslaciones en el espacio. El hombre de negro creyó que se convertía en uno más de esos globos siderales, que rodaban por el espacio estelar, lejanísimo cada cual de los demás y sin embargo próximos porque se proyectaban en dos dimensiones diferentes de cercanía y distancia. El era también un astro y por una enigmática razón comenzó a sentir que cada estrella tenía un alma, una inteligencia superior, que no se trataba de inmensos cuerpos muertos sino de mundos vivos en sí mismos, independientemente de si pudieran estar o no habitados.

Una misteriosa armonía lo vinculaba al enjambre de planetas y estrellas. Captó su ley interior, la geométrica disposición con que se ordenaban en el espacio, sintió la fuerza del poder oculto que animaba el universo estelar; desgarrado en infinitas partículas se supo hermano y confidente de los astros. Igual a ellos. Circulaba vertiginosamente en órbita abierta, sin peligro de chocar con otros astros porque cada cual se encontraba a inmensa distancia de los demás; pero al mismo tiempo por una extraña relación que no acertaba a explicarse, sentía que las infinitas unidades del enjambre estelar estaban como estrechamente juntas, se comunicaban en lengua enigmática que no alcanzaba a descifrar.

Se había incorporado en tal modo al movimiento sideral que estaba olvidado del motivo de su viaje, del Sacerdote y aun del mismo ventanal desde el cual se asomara al torbellino estrellado. Una risa loca lo acometió: ¿por qué preocuparse? Si no era un ser humano, un buscador de verdades ocultas... Era, simplemente, un punto de oro en la noche oscurísima. Una fuerza poderosa comprimida en sí misma, una esfera rodante que giraba a pasmosa velocidad sin jamás cansarse de su carrera. Era una estrella: no necesitaba pensar ni afanarse por nada. Un viento de alegría impulsaba al hombre-astro, libre, libre y sin embargo sometido a las desconocidas leyes de una portentosa geometría, porque el astro-hombre sabía que aun dentro de la hermosa libertad de su carrera se articulaba con el infinito mecanismo estelar. Si hiciera un movimiento para zafarse del gigantesco sistema podría precipitar un desequilibrio, tal vez un desastre...

—Torpe — resonó la voz del Sacerdote del Misterio a su lado —pretendes introducir la anarquía terrestre al enjambre estrellado.

Vióse nuevamente en el vasto recinto circular y se asomó al tercer ventanal.

Una muchedumbre de niños que no excederían de los cinco años jugaba, saltaba, gritaba, corría, en graciosas circunvalaciones. Al centro un hombre hermoso y grave, de imponente

presencia pero velada por fina melancolía la mirada contemplaba sus juegos y se dejaba acariciar por los niños. ¿Sería Jesús tal como lo vió el maestro Delhez en su maravilloso grabado?

Después del terror del abismo sideral el peregrino se vió inserto en un paisaje idílico en el cual suelo, hierba, árbol, flores, nubes, cielo conjugaban armoniosamente sirviendo de fondo protector al tumulto infantil. El visitante habría querido reducir su estatura, volver a ser niño, participar en el júbilo inocente de las tiernas criaturas. Comprendió la imposibilidad de su deseo y siguió mirando. Una pequeña niña, de faz morena y carita sonriente parecía guiar a la turbulencia infantil. Una corona centelleante orlaba sus sienes. Ella no gritaba: sólo con breves ademanes y sonrisa insinuante comandaba el tropel. Una reina no lo habría hecho mejor. Había tal dignidad en los ademanes de la pequeña y sus ojos oscuros delataban tal inteligencia, que el peregrino, alhelado, se preguntaba cómo un ser tierno podía guiar tan alborotada concurrencia. De pronto la pequeña miró fijamente al visitante y su mirar se encendió de alegría. El hombre se sintió herido por un rayo de ternura. ¡La Niña de la Estrella! —murmuró asombrado—. Es ella, mi Pequeña Beatriz, la que nos fue arrebatada prematuramente... Hizo un movimiento para tomarla en sus brazos, y la tierna criatura sonriendo dulcemente dijo "no" con la manecita alejándose en forma pausada.

"Estoy en el Paraíso" — pensó el hombre y sus ojos se empañaron de lágrimas ardientes. Los niños jugaban, jugaban.

Un viento fuerte lo empujó hacia otro ventanal. En torno a una extensa mesa de madera departían ancianos venerables, hombres maduros, otros jóvenes. Reconoció a personas que admiró, otros que le enseñaron mucho, amigos desaparecidos. Una extraña emoción lo dominó al ver reunidos a tantos seres queridos. No podía captar lo que hablaban. Quiso hacerse escuchar mas tampoco fue oído. ¿Eran ellos figuras fantasmales o era él el fantasma? No obstante los reconocía perfectamente en sus rasgos característicos: el del rostro sonriente y la mirada inteligente; el de la cabeza beethoveniana; aquel barbudo grave; éste impaciente bajo las gafas; ágil y esbelto el amigo que asombraba con sus proezas atléticas; tranquilo, suave, el dibujante con ojos de vicuña; el rubio que prometía folletines y jamás los traía; el alto y rudo director del diario en el cual se graduó periodista; el tío arqueólogo y el tío banquero: el "atman" que lo introdujo al ámbito orientalista; el gran narrador de historias inventadas; varios profesores predilectos; el cuñado político y fogoso; el gran viejo imponente y adusto; había oradores de mágico verbo admirados en la juventud: y Mandatarios mezclados con artistas y escritores. Y sobresaliendo por su audacia y su simpatía el general de la sonrisa cordial y el gesto amable. ¿Por qué una reunión tan heterogénea, como si no existieran las barreras de las generaciones? No podía entenderlo.

A lo largo de la mesa larguísima todos conversaban sin exaltarse. Algunos tamborileaban con los dedos, miraban al fondo —la mesa no terminaba nunca — como esperando algo que todos aguardaban sin mayor prisa.

De pronto se vio arrastrado al otro extremo de la mesa, allí donde el horizonte se alargaba, se alargaba... Y brotaron otras caras reconocidas pero no amadas: el crítico envidioso; los falsos amigos; el que solía calumniar por diversión; el enanito que se creía personaje; el historiador resentido; el mestizo encolerizado; el traidor arrepentido; el jefe malevolente; y tantos más, tantos más...

Qué asamblea tan rara" —pensó el visitante. Impulsado por una corriente aérea recorría los dos flancos extensísimos de la mesa y cada vez reconocía más caras y personas, muchas de las cuales dejaron huella en su memoria.

Hizo un nuevo esfuerzo para ser oído por las figuras sentadas sin éxito. Podía verlas, escuchaba sus voces, recogía sus ademanes, más no comprendía lo que hablaban ni podía incorporarse al coloquio. La angustia comenzó a levantarse en su pecho: ¿lo repudiaban, era indigno de juntarse a ellos? Excepción hecha de los pocos enemigos o envidiosos, él los había amado y admirado tanto... Ingratos: ¿por qué no lo admitían?

Sonó un silbato y las figuras comenzaron a distanciarse, pausadamente. El peregrino quiso retenerlas pero no podía: iban, se iban...

—Avanza — prefirió el Sacerdote del Misterio y lo empujó hacia el quinto ventanal.

Vió un paisaje devastador. En el confín un inmenso incendio de una urbe en ruinas que exhalaba altas humaredas y llamas culebreantes. Y por los caminos muchedumbres desaladas cargando en variados vehículos o en las propias espaldas ropas, cosas, enseres, mientras niños llorosos se apretaban a las madres espantadas. Pocos hombres, sólo ancianos o adolescentes. Y las multitudes se dividían en varias extensas columnas que partían hacia distintos puntos del horizonte, como desorientadas, empavorecidas.

No se oía trocar el cañón ni cruzaban el aire los aviones relampagueantes y mortíferos. ¿Era una escena bélica, o mas bien el trastorno concluída la batalla? Las gentes escapaban, escapaban de un peligro ya sucedido pero cuyas consecuencias aun eran amenaza. Angustiaba ver las caras aterrorizadas, las actitudes nerviosas, el espanto pintado en niños y adultos. ¿Qué pasa? —se preguntaba el visitante. ¿Cómo ayudar a tantos y en tal desdicha?

Allí, cerca, se abrió la tierra en brecha enorme que se engulló a muchos rompiendo la fila negra de los que huían. Más allá grandes bloques de hielo aprisionaban a la muchedumbre. Y lenguas de lava y piedra bajaban de dos volcanes próximos. "¡Es imposible! —pensó el hombre: fuego y hielo a un tiempo. Estoy soñando".

Pero no soñaba, porque la escena, en planos múltiples, se desenvolvía claramente, la urbe, a la distancia, mantenía el incendio. Y por todas partes se desparramaban las multitudes acosadas por la furia de las fuerzas naturales, empeñadas en sepultarlas.

Consternado, el peregrino gritó su protesta: la destrucción debía terminar, debía terminar! Nadie respondió. Y la escena proseguía en su pavorosa crueldad, cada vez más víctimas del furor natural que ya, antes, había sido antecedida por la destrucción humana. Pero a pesar de ser diezmadas las columnas de fugitivos aumentaban, aumentaban como brotando del seno de la tierra.

—¡Basta, basta! —gritó el peregrino. No puede haber tanta maldad...

Y unos rostros, ennegrecidos, daban miedo, y otros, quemados infundían pavor. Y el llanto de las criaturas desgarraba el corazón. Y una monstruosa marejada surgió del horizonte y se elevaba, se elevaba como queriendo devorarlo todo...

No fue el guía, no fue una voz audible, sino algo interior, brotado de su propia alma que susurraba: no ha sucedido todavía, pero puede suceder.

Aun no estaba recuperado del terrible suceso cuando se sintió impelido a otro ventanal. El cambio fue absoluto.

El hombre escribía en máquina, concentrado, apesar la música de Mozart que resonaba en el tocadiscos, de los juegos de dos niños en la alfombra, de la hermosa mujer que leí un libro de arte y de las voces de la calle que se filtraban por las ventanas. Una escena doméstica como hay tantas. Pero esta escena el visitante vislumbró a través de una increíble transparencia que la estancia estaba poblada de seres-ideas pequeñísimos, con alitas diminutas que revoloteaban por todo el Estudio y a veces desaparecían como dardos veloces en cabeza del hombre que escribía.

El peregrino se sobresaltó. ¿Qué era, qué podía ser? Conocía y no conocía la estancia. Los cuatro seres que la poblaban eran personas desconocidas y sin embargo tenían un aire familiar.

Un aura de dicha Indecible se desprendía de la escena tan honda que tocó las fibras más sensibles del hombre que observaba. Recordó la frase goethiana: "¡detente, oh bello instante!" Quiso que la visión no pasara nunca, quiso ser uno de cuatro seres ligados por la bienaventuranza familiar...

En ese momento el Sacerdote del Misterio le tocó el hombro: —Ven —dijo — te falta la última prueba. Y lo condujo séptimo ventanal que semejaba arder en un crepúsculo de azules y de púrpuras.

Dimidiado el paisaje ostentaba dos perspectivas opuestas: una de combates geológicos donde cordilleras, mares se encrespaban tratando de engullirse mutuamente; otra de una llanura armoniosa y placentera. Se concentró el visitante en contemplar la visión plácida. Del linde del bosque surgía una pareja cogida de las manos, avanzando lentamente, con pasos furtivos, como si sus pasos hollaran por primera vez el suelo. Sus cuerpos bien formados, arrogantes, la mirada limpia y algo temerosa, apenas cubiertos por pieles de animales. De pronto en su frente brilló una estrella verde, después otra roja y otra azul, y otra amarilla, y otra negra, y otra blanca. Finalmente una de plata y otra de oro.

—¿Qué significa ese desfile de estrellas en la pareja primitiva? —preguntó el peregrino.

Pero el guía ya no estaba a su lado.

Siguió mirando. Altísimos rascacielos, torres fabulosas surgían en algún lugar del horizonte lejos, lejísimo, sin perturbar la soledad de la pareja. ¿Quiénes eran? De otra lejanía brotaban montañas de libros, pinturas, esculturas, orquestas, fábricas, laboratorios, tremendos y complicados mecanismos que funcionaban vertiginosamente. Y también ese mundo de poder y de sapiencia estaba apartadísimo, no podía turbar la paz idílica de la pareja. Tal vez un millón de años distante en el tiempo.

El hombre y la mujer se detuvieron al pie de un fresco. Se sentaron apoyándose en el tronco del árbol. Sus manos seguían entrelazadas. Ignorando el beso se limitaban a frotarse la nariz pero había una ternura recóndita en sus ojos que excedía de todos los deliquios amorosos. Y no se sabía si era verdaderamente la Pareja Original u otra de las parejas que sobrevivían cada vez que el mundo era destruido y se volvía a reconstruir desde el núcleo inicial de dos que se funden en uno.

El visitante quedó absorto en la visión del sereno paisaje de la hermosa pareja, gozosa, reinaba en quietud y soledad. Eran tan bellos, exhalaban tal dignidad y pureza que despertaban envidia. Nada tenían y parecían poseerlo todo. Cuando cayó la noche seguían tranquilos, inmóviles, como desasidos de toda inquietud. La luna acarició sus rostros serenos: parecían no necesitar nada. Un gran cofre de ébano ornado de bronce brotó a sus pies con muchos cajoncillos que debían contener riquezas. Ellos no le prestaron atención y siguieron sumidos su serena espera. ¿Qué esperaban?

Estaban tan cerca y no obstante se los sabía tan distantes...

Súbitamente el Gran Nevado tricúspide se levantó del confín. Y troleos de cóndores cruzaban el espacio. El cielo rasgó en la remota lejanía descubriendo extraños paisajes. Y un descomunal arcoiris lo encerraba todo en su curva portentosa. Y todo se poblaba de rumores, mensajes, enseñanzas, velaciones capaces de hacer estallar la cabeza más fuerte.

El peregrino se asustó. No podía absorber tanto.

—¿No quieres seguir interrogando? —preguntó el Sacerdote del Misterio?

—¡No, no! Ya he visto mucho. Ahora comprendo que iniciación fue incipiente. Me faltan fuerzas. Además es tarde ya. Debemos descansar.

El guía sonrió desdeñoso.

—La Noche es joven todavía.

EL PRISIONERO

Sucedió en un espacio de tiempo que no se puede precisar: semanas, meses, tal vez años.

La ciudad sólo contaba con edificios de seis pisos y él tenía su oficina precisamente en un sexto piso desde el cual dominaba el hermoso y variado panorama. Ciudad quebrada la suya, de planos superpuestos, siempre móvil y atrayente para el ojo, en la cual suelo y vacío alternaban caprichosamente. De cualquier ángulo que fuese observada ofrecía una perspectiva diferente. Solía descansar del trabajo asomándose a la ventana y sumiéndose en la contemplación del paisaje. Cuán bello el cielo azul, y las nubes blancas, y las arboledas en lejanía, y el perfil aristado del monte disparado al horizonte. Y esas crispaciones de la tierra en arquitectura gótica. Sembríos que en los cerros esmaltaban de verde la dura tierra. Podía divisar plazas, parques, las calles asimétricas todo el conjunto urbano encuadrado dentro del ámbito natural porque el edificio estaba en un plano elevado. Cuando miraba la ciudad desde su alta atalaya sentía una viva emoción. Le pertenecía, nadie podía privarle del placer de admirarla y absorber todas sus líneas, sus formas contrastantes, sus volúmenes, su movimiento de casas, cosas, gentes y vehículos. Un dictador desde su palacio no sería más feliz que Segismundo, porque el dictador vive acosado de problemas, mientras él podía deleitarse en la visión de su amada ciudad y dominarla con la vista sin que lo turbara molestia alguna.

Era un hombre sencillo, limitado en su ambición, acaso de no mucha personalidad, pero sí con bastante energía para mantener su bufete de abogado, escoger sus clientes y mantener en una dorada medianía. ¿Para qué sobresalir? Soltero, con buenos amigos, poseía una sólida renta, gustaba de la música y los libros. Los sábados se iba al golf. Hacía cortos viajes al exterior. Las mujeres tocaban su cuerpo mas no entraban en su alma. Espectador desinteresado frecuentaba el teatro, el cine, los campos deportivos. Pero pocos lo habían sorprendido en extática adoración del paisaje: nunca se cansaba de mirar y admirar ciudad, prodigiosamente rica, diversa, estallante en contrastes, que siempre le ofrecía visualizaciones distintas. Podía ser buen profesional y nada más en la apreciación de los demás. Aquí en cambio, detrás de los cristales de la ventana, abarca el vasto panorama natural y urbanístico era un verdadero so soberano. Todo a su alcance. Un genio amable le había conseguido esa oficina en el sexto piso para brindarle, la soberanía del paisaje.

Segismundo era un hombre feliz.

Pasaron muchos años. Andaba ya por los 45 el día que el descubrimiento del petróleo sacudió al país. El dinero afluyó gobierno y como el gobierno residía en la ciudad de Segismundo ésta se vió acosada por la fiebre de construcciones, Primero un edificio de diez pisos se alzó en lejanía. Con soberbio desprecio Segismundo apenas le echó una mirada. El paisaje inmenso, la ciudad tendida se tragaban al intruso. Después vinieron el segundo, y el tercero, el cuarto. En pocos meses la gruesa de veinte altos edificios ocultaban ya parte del panorama Verdad que estaban lejos, allí, al fondo, en campo abierto distantes de la zona central donde él tenía su oficina. Aun avizorar el paisaje sin mayores tropiezos visuales. Pero los gantes se multiplicaban y como la ciudad tenía rara topografía y estaba como encajonada entre cerros aunque se abría en amplias perspectivas, pronto los gigantes comenzaron su avance hacia el centro más urbanizado.

Segismundo vio una mañana, con horror cómo derrumbaban la vieja casa frente a su oficina. En pocas semanas comenzó a levantarse un multifamiliar de quince pisos que le quitaría el sol y la luz. Se enfureció ¿pero qué podía hacer uno solo contra la ley del progreso y el centenar de

nuevos propietarios que impulsaban la construcción? Un año después varias altas torres merodeaban en torno al edificio de: seis pisos. Muchos sectores del paisaje quedaban ocultos a la vista por la irrupción de los gigantes; y lo peor su pequeña atalaya se iba oscureciendo y aminorando conforme los colosos de hierro y cemento subían hacia el cielo. Los horizontes desaparecían devorados por las altas torres implacables.

El hombre feliz recordó, con amargura, los dichosos tiempos en que, asomado a su ventana, dominaba toda la ciudad como soberano omnímodo con sólo echar la mirada móvil por cerros y casas. Ahora era poco lo que podían absorber sus ojos: sólo cubos, cubos, cubos verticales monótonos y grises en los cuales pululaban luces y gentes en aburridora sucesión. Horrible espectáculo, siempre igual a sí mismo, tan distinto de la perdida visión del paisaje natural, de la antigua ciudad que se desplegaba tranquila y armoniosa, abierta a los cielos y rica de horizontes.

Ya no le agradaba asomar a la ventana. Acechado por los gigantes, se veía cada vez más pequeño, más insignificante, como si hubiese menos aire para respirar, menos cielo en lo alto, menos perspectivas circundantes, menos atractivo para la mirada angustiosamente cercada de altos paredones monstruosos.

Lo mismo sucedía en la modesta casita heredada de sus padres en la que habitaba asistido por un fiel mozo. Ella también se vio cercada por los multifamiliares que lo privaron de sol, oscureciendo el jardín, y quitaron toda vista a su escritorio del segundo piso. En la casa o en la oficina, Segismundo, que vivía por los ojos, tropezaba con los gigantes, impasibles.

¿Cómo en pocos años la hermosa y risueña ciudad donde todos se conocían y nadie hacía sombra a nadie pudo transformarse en una urbe devoradora, llena de agitación y de multitudes, donde las gentes se incomodaban unas a otras, prefiriendo vivir en los aires lejos del contacto con la tierra?

Segismundo se sintió perturbado. Ellos, los colosos de cemento y vidrio eran los culpables. Fue acumulando un odio sordo contra ellos, los robadores de paz, de luz, de sol, de horizontes. Cuanto mayor era su impotencia con más fuerza crecía su rencor.

El era medio químico. Planeó minuciosamente su venganza y una mañana cuando ya todos habían abandonado las oficinas el David vengativo aniquiló al soberbio Goliath: debido a bomba potentísima la gran torre de 40 pisos se derrumbó sepultando entre sus escombros a Segismundo, que murió feliz haber podido aniquilar al rey de los gigantes.

OSCURIDAD

Alterada su mente por la lectura de libros de divulgación científica sobre los agujeros negros o abismos estelares, en los cuales las estrellas se devoran a sí mismas, absorbiendo en esa hondura profundísima toda materia que se les aproxima, incluso la luz, sin que nada pueda escapar a esa negrura aprisionante, un hombre sintió que se abría en su alma un agujero negro abismal que aniquilaba todo sentir, todo pensar.

Pasaron muchos años y de pronto de la oscuridad tenebrosa brotaron poemas y relatos maravillosos que hicieron sonreír al Buen Dios, pero que nadie conoció porque no fueron escritos. Pensados solamente.

¿Se trataba de un seguidor de Strindberg, de Hölderlin, de Nerval? Nadie lo sabe. También ellos imaginaron durante su residencia en lo oscuro cosas tan hermosas, tan asombrosas que suscitaron la ira del Ángel Caído y que serán ignoradas por los hombres porque lo absorbido por la negrura abismal jamás regresa: ni el mínimo rayo de luz ni el pensamiento más pequeño.

FANTASMAS

Cuando Noriseck, el sueco, volvió a su patria, Fermín sintió el dolor de su ausencia. Había sido, desde la escuela guía, protector, amigo, confidente. Después lo encarriló en los negocios. Nunca le hizo faltar ayuda material ni el consejo oportuno. Era, además, el compañero insustituible para escalar cerros, realizar excursiones, oír música clásica, o intercambiar buenas lecturas. Su genio rápido y vivaz contrastaba con la hurañía congénita de Fermín, le hacía ver y gustar el lado luminoso de la vida. Le infundía confianza y alegría. Cuando Noriseck se fue el otro quedó desolado.

Pero como la vida fluye inexorable poco tiempo después Fermín añoraba de cuando en cuando al amigo desaparecido. Recibió y contestó un par de cartas. Sobrevino la segunda guerra mundial y no volvió a saber de su amigo. ¿Moriría combatiendo o en un bombardeo aniquilador? Fermín hizo decir una misa a la memoria del compañero y prosiguió su vida solitaria sin otra compañía que sus libros y sus discos. Era ya un retraído solterón de treinta y siete años, con renta propia, que nada le pedía al destino.

Sólo dos acontecimientos turbaron su vida monótona: un noviazgo frustrado que le dejó acíbar en el alma y su participación en un conato revolucionario que le costó cuatro meses de cárcel. Luego de ambas aventuras. Fermín volvió a la regularidad de una existencia plácida.

Cierta noche recogiendo a su casa, al cerrar la puerta, tuvo la sensación de que alguien se había deslizado tras suyo. Volteó rápidamente la cabeza: no había nadie. Avanzó por el largo corredor que llevaba al dormitorio y la sensación de ser seguido por otro persistía. Hasta le pareció sentir el suave resuello de una respiración próxima. Volvió varias veces la cabeza: no había nadie. Pero cada vez que reanudaba la marcha sentía, nuevamente, una presencia invisible que no se dejaba ver pero que lo seguía fielmente. Estaba y no estaba a su lado, mejor dicho, detrás suyo. Sin ruido, sin roce físico, sin materializarse en el espacio Fermín comprendía que no estaba solo en su casa. Un misterioso compañero —presencia sin presencia diría, el poeta— estaba ahí, cerca muy cerca mas no revelado a sus ojos.

“Qué absurdo —pensó— la cena con un trastorno. Ya pasará”.

Tomó un laxante que solía desvanecer el malestar. Respiró con fuerza: ya estaba, no más alucinaciones.

Pero al desvestirse volvió a percatarse que no estaba solo: ahí, detrás suyo, a veces en un flanco esquivo al mirar frontal, seguía la figura sin figura, un ser etéreo que se negaba individualizarse.

Una risa nerviosa lo acometió: el ser sin cuerpo, lógicamente no hablaba, no podía hablar, no metía bulla, ni el más mínimo sonido acusaba su presencia. ¿Pero si no estaba ahí, no era capturable por el ojo? Y sin embargo Fermín sabía, sentía que el desconocido lo atisbaba misteriosamente. Un presentimiento, una voz interior —¿sería la lengua muda del recién llegado? —parecía decirle: —“acuéstate tranquilo, velaré tu sueño”. Confortado por esa voz secreta Fermín apagó la luz y buscó el refugio del sueño. Sabía o presentía que ahí cerca, cerquísimo, estaba el otro amistoso, silencioso. Era una compañía benévola que no infundía temor sino confianza. Y se durmió tranquilo.

Al despertar no había rastro del extraño visitante... ¡Bah! la mala digestión —se dijo— o el hábito de vivir solo. Tendré que ir al psiquiatra”.

El examen del médico no puso nada en claro.

—Es usted un hombre perfectamente normal —dijo el psiquiatra después de tres sesiones —frecuente sus amistades, haga más vida de relación, no cavile mucho, ni beba muchas copas por la noche. Hay que acostarse con la cabeza fresca".

Los consejos fueron innecesarios porque durante dos, tres, cuatro meses Fermín no volvió a sentirse acompañado por el invisible compañero.

Hasta el día aquel de su paseo en el bosque, al atardecer cuando se vió asaltado por dos hombres. Los asaltantes, vigorosos, en contraste con su débil físico, lo cogieron de los brazos y comenzaban a despojarlo de su ropa. De pronto uno de ellos dando un grito de dolor soltó a Fermín. "Es una bestia — dijo a su compañero me ha roto la espinilla de una patada. Mávalo". Fermín aterrado oyó la absurda acusación: él no se había movido. El asaltante se arrojó al suelo aullando de dolor. Su compañero, enfurecido, le desgarró el saco al quitárselo con violencia y el momento en que se aprestaba a despojarlo de los pantalones se llevó las manos al cuello como si se estuviera asfixiando: no podía respirar. Dejó a su víctima, retrocedió unos pasos y como el otro asaltante cayó al suelo.

Al ver a los dos bandidos impotentes Fermín tardó en reaccionar. Luego al comprobar que gimiendo todavía nada podían hacerle, recogió sus prendas de vestir y se apresuró a retirarse del bosque. Se sintió, como la vez anterior, acompañado por alguien que avanzaba a su lado y le pareció escuchar la voz interior que murmuraba: "no hay que andar solitario por estos parajes abandonados.

Esa noche, reme morando lo acontecido, Fermín no atinaba a explicarse la aventura. Inerme, nada valiente, él no había opuesto la menor resistencia a sus asaltantes. Una fuerza desconocida había intervenido para protegerlo. ¿Por qué y quien?

Pasó un largo tiempo antes de que reapareciera el misterioso visitante.

Fermín solía invocar su compañía mas nunca tuvo respuesta favorable. Venía cuando él quería, no al ser llamado. Comprendió que carecía de poder sobre el compañero invisible.

En otra ocasión, escribiendo un cuento lúgubre, sintió súbitamente que alguien lo contemplaba fijamente como queriendo impedirle seguir. Miró a su diestra: no había nadie, pero EL, ese etéreo visitante estaba allí, a dos pasos de distancia, envolviéndolo en su aura de reproche. Fermín se pasó la mano por la frente: era estúpido pensar así, estaba desvariando. Estaba solo, completamente solo, nada ni nadie podría impedirle terminar su lúgubre relato. Decidió prescindir de la inusitada llegada — en verdad no había nadie sino él — y se propuso reanudar su trabajo. Pero por más empeño que puso no pudo hacerla. La presencia sin forma estaba ahí, próxima y vigilante. Emanaba un poder enigmático que se manifestaba en ondas sutiles, no percibibles por los sentidos. Esta vez no surgió la voz interior pero comprendió que el visitante no quería que acabara su relato.

"Me desprenderé de su compañía —se propuso — y regresaré al escritorio".

Bajó al cuarto de dormir, se desvistió, se puso el pijama y una gruesa bata, las pantuflas y con una bufanda al cuello regresó al escritorio para proseguir su trabajo. Al bajar al dormitorio no sintió a la extraña visita; tampoco mientras subía las gradas. Respiró aliviado: el otro se había retirado. Mas cuando intentó retomar el hilo de su historia se sintió turbado: la presencia invisible estaba nuevamente ahí, lo miraba severamente como reprochándole el engaño e irradiaba una corriente magnética que paralizaba sus dedos; no pudo volver a escribir.

Fermín descontento y asustado se indignó: "vete —dijo en voz alta — no te necesito. No vuelvas a molestarme". Fue escuchado, porque en los próximos cinco años no volvió a recibir la visita desconocida.

Al trasmontar la curva del medio siglo, Fermín fue invadido por el hastío: ¿que sentido tenía su vida? Sin familia, cada vez con menos amigos, sin haber realizado nada notable, sin esperanza de mejorar, de algo que diera sentido o interés a sus días, con la salud resentida por achaques de la edad y su sedentarismo inveterado, poco a poco fue transformando su melancolía en desazón profunda, ni la lectura ni la música le interesaban como antes. Una ola de pesimismo y de tristeza fue ganando su espíritu: estaba demás en el mundo, debía desaparecer.

Hizo su testamento dejando sus bienes y su renta a un sobrino que vivía en Australia con el cual no se escribía desde varios lustros atrás. Arregló sus cosas poniendo todo en orden. Escribió una carta al juez de turno explicando que no se culpaba a nadie por su extrema decisión que la atribuía a cansancio e inutilidad de su vida.

Cobarde por temperamento rehusó recurrir a la muerte por bala, pues tenía horror a la sangre y al padecer físico. Resolvió eliminarse ingiriendo veinticinco pastillas de Vallium-10. Escuchó por última vez el concierto en sol mayor de Vivaldi, se despidió de Shakespeare releiendo por décima vez los Trabajos de Amor Perdidos y se dispuso a tomar las veinticinco asesinas que acabarían con su vida estéril y monótona.

Cogió con la mano izquierda el vaso de agua y se disponía a tomar con la otra el frasquito de Vallium, pero el frasquito se retiró como alejado por una mano misteriosa. "Estoy ofuscado —pensó Fermín— me ha parecido que el frasquito se movía". Hizo un segundo movimiento para cogerlo y esta vez el somnífero se apartó de la mesa de noche quedando suspendido en el aire. Asombrado, Fermín avanzó para tomarlo mas conforme avanzaba en su dirección el frasquito se apartaba. Lo siguió en su increíble avance por el aire. El frasquito cruzó el umbral del dormitorio, pasó al cuarto de baño seguido por el presunto suicida y de pronto ante los ojos estupefactos de Fermín vació su contenido en la taza higiénica. Luego reanudó su marcha aérea, retornó al dormitorio y se estrelló dentro del canasto de basura.

Fermín volvió a escuchar la voz interior que advertía severa:

—No te acobardes. Hay que seguir viviendo.

Recién entonces comprendió Fermín que Noriseck, el sueco, jamás lo había abandonado.

LA PELEA

El conde Sancho tenía al infante Sigifredo molido a golpes, exhausto, en el suelo. Subióse a horcajadas sobre su enemigo y pasándole el cuchillo por la cara decíale:

—Torturasteis a mi hermano y después de largo Cautiverio le quitasteis vida. Ahora pagareis.

El infante apenas pudo balbucir:

—Matadme de una vez.

Mofóse el conde:

—Rápida muerte es poca muerte para vos. Primero sufriréis.

Y el cuchillo alevoso le daba punzantes toques en cara y cuello, leves incisiones, superficiales casi que hacían brotar la sangre en el cuerpo inerme.

Haciendo acopio de fuerzas Sigifredo escupió al conde:

—Sois bajo y cobarde. Abusáis de vuestra fuerza.

—Y vos ¿no abusasteis de la vuestra con mi pobre hermano?

El cuchillo seguía su tarea penetrante, no en profundidad porque las grandes heridas matan, sino con sutiles contactos suficientes para producir dolor sin destruir.

—Vuestro hermano violó a mi hermana sin ser su marido dijo el infante.

—Antes vuestro padre hirió a mi abuelo Matías.

—¿Y el antepasado vuestro que despojó de su hacienda a mi antecesor?

El conde reaccionó violento:

—Olvidáis que un Castrojeriz mató por traición al tercer conde de mi estirpe.

—Eso fue hace dos siglos...

—La infamia persiste: no la olvidamos...

—Tampoco fue leal la toma del castillo de los míos por el tercero de vuestro apellido.

—¿Y la celada con ayuda del rey moro para quitarnos las dehesas del Molino Grande?

—¿Y el bárbaro que cortó la mano de mi bisabuelo?

El conde pareció vacilar, luego con furia redoblada:

—Si se hiciera un balance de los males que se causaron en tres siglos Castrojeriz y García Véliz, seguramente los vuestros nos aventajan en maldad, traición, crueldad, envidia.

—¡Matadme de una vez —desafió el infante — y terminemos!

—Sufriréis como mi hermano vejámenes, heridas prisión larga y extenuante. Luego os cortaré la cabeza...

El infante no podía moverse, agotado por la pelea y excedido en corpulencia por el conde.

—Tenemos que ajustar cuentas — exclamó éste — y como ambos somos los últimos de nuestras estirpes vos pereceréis a mis manos para que mis antecesores se regocijen en tumbas.

Súbitamente el conde sintió que robustos brazos lo desmontaban del infante, lo echaban al suelo sujetándolo cuatro guerreros por las extremidades y colocando a su señor encima del conde pusieron el cuchillo en sus manos.

La situación se repitió a la inversa.

Enorme el conde el infante se gozaba en el desquite:

—¿Qué decís ahora señor bravucón? —y le cortaba el rostro con la misma refinada crueldad, rozando apenas la piel de su adversario.

El conde callaba mirando con desprecio al infante.

—¡Hablad, hablad! —decía éste — regocijaos de vuestra victoria, haced recuento de las hazañas de los vuestros que al agredir y ofender primero Convirtieron a los míos en vengadores.

—¡Mentís! — bramó el conde — el primer ofensor fue un Castrojeriz. La tradición lo dice.

—La tradición faccionada por vuestra familia. La nuestra señala que fue un García Vélez el primer ofensor con el rapto doña Monna Livia.

—Vuestro escudo se mancha con la sumisión al rey moro...

—Y el vuestro con la fuga abandonando al rey Alfonso.

El cuchillo del infante seguía dibujando surcos de escarlata en la cara del conde. Y los insultos proseguían.

—Ahora seréis vos el primero en irse al infierno. Yo sobreviviré para contar a la posteridad mi venganza.

—Sois tan despreciable como el rosario de vuestros antepasados. ¡Maldito seáis! —y escupió al infante.

¿Qué sucedía en el castillo de Piedra vieja? La lucha era intensa, desordenada, dramática que torres, terrazas, patios, estancias cambiaban de dueño incesantemente. Tan pronto los de García Vélez dominaban ciertos reductos como los de Castrojeriz pasaban a ganarlos con los suyos. Y cada vez que las gentes de uno dominaban a las del otro — o a la inversa — libraban a su señor y lo colocaban debajo del enemigo.

Setenta y siete veces se repitió el cambio de posiciones; el conde y el infante alternaban en su mudable situación de vencedor y vencido.

Esto es imposible: no pudo haber sucedido —dijo el estudiante Ferrante a su preceptor Vermudo Gustos. Tantos cambios sucesivos, tantas tomas y pérdidas del lugar. Tantos tajos, las caras ya estarían destrozadas. Y esos diálogos interminables de injurias, querellas y venganzas... No: es humanamente imposible que en una guerra de linajes opuestos y ambiciosos, se cambie setenta y siete veces la suerte. Este relato abusa de la credulidad del lector. No es historia, ni leyenda siquiera, es un cuadro absurdo ideado por una mente morbosa. No es verdad. El preceptor sonrió irónico: ¿No lo habéis como prendido? —profirió — No son ellos los que combaten: son sus almas y la pelea de las almas no tiene fin.

Entraron entonces los de García Vélez y poniendo a su señor sobre el infante, éste volvió a sentir los agravios y los tajos finísimos del conde. Y así sucesivamente, un Castrojeriz vencedor, un García Vélez vencido, un Castrojeriz vencido, un García Vélez vencedor. Porque así como el rodar de los astros parece sin fin y sin principio también los odios de las almas perduran más allá del aniquilamiento de los cuerpos.

JUSTICIA ALADA

La Tomasa Poma, india garrida, de lindas facciones, joven y despierta, laboriosa en el campo y en la casa, codiciada por pertenecía sólo a su marido el Felipe Quispe, callaguaya — curandero —que por su profesión se ausentaba con frecuencia del lugar. Pero nadie podía murmurar porque la Tomas Poma le guardaba fielmente ausencias, No permitía que varón alguno la visitara y sólo se relacionaba con gentes de su familia o de aquella del ausente.

Más de una vez ávidos mozallones urdieron trampas para caer en adulterio. La muchacha no era tonta, y supo eludir trampas, llevaba, además, una piedra afilada en la pollera ceñida y más de un atrevido se vió sangrar rechazado en sus intentos.

Pasó el tiempo, la mujer rayaba por los treinta. Tenía tres niños y seguía siendo la moza más linda en la monarca. Pero si su atractivo intacto, su fama irreprochable. Ella pertenecía al Felipe Quispe y ya nadie se atrevía a ofenderla ni a presumir que fuese capaz de faltar a sus deberes maritales.

Como ninguna felicidad es duradera, al caer la noche alguien vió salir de la puerta de la mujer una silueta. Sin esforzarse en distinguir si se trataba de hombre o mujer, ni quien pudiese ser, el mirón — uno de los antiguos desdeñados — se confabuló con otros despreciados y todos juntos juraron que no era la primera vez: habían visto, varias veces, salir un hombre de la casa de la Tomasa Poma. Ella tenía un amante y debía ser juzgada por el Consejo de los Ancianos.

Formulada la acusación, se reunió el Consejo de los Ancianos, los venerables Amautas o guías del pueblo que decidían todo el acontecer social, porque esa apartada comunidad nativa no llegaban autoridades, leyes, ni representantes del gobierno.

La presunta adúltera se defendió con vigor, arrebatada en justa indignación.

—¡Mentira, mentira! Han visto a mi padre que trabaja todo el día y me visita, a veces al atardecer.

Podía ser verdad pero el padre de la mujer, también callahuaya, había partido en gira ignorándose cuándo retornaría. Nadie pudo dar testimonio en favor de la acusada, y como contaba con muchos despechados por el rechazo y muchas envidiosas en la comunidad fue creciendo la ola reprobatoria: sí, la Tomasa Poma tenía un amante, engañaba a su marido. Debía ser castigada conforme manda la ley de la comunidad.

Los trescientos pobladores, en amplio semicírculo, rodeaban al Consejo de los Amautas. Estos deliberaron largo rato entre sí. Luego tomó la palabra el más venerable y con voz solemne anunciaba:

—Que la Tomasa Poma sea atada al árbol de la justicia. La entregaremos al juicio de los cóndores.

Siempre había cóndores merodeando por la región a busca de un corderillo u otra presa. No descendían fácilmente pero cuando se les ponía carne de cebo, olfateando su alimento solían hacerlo. Y el juicio consistía en que, si amarrada la acusada —o el acusado— durante seis horas al árbol de la justicia se presentaban los cóndores y bajaban a la colina del pueblo, ella era culpable y debía expiar su delito siendo arrojada al abismo. Si los cóndores no se presentaban entonces era inocente y sus acusadores recibirían la condigna pena.

La asamblea se conmovió. Algunos lloraron —siempre es duro ver la caída de un ser humano— pero la mayoría se regocijó: la Tomasa Poma era orgullosa, se sabía mejor, resaltaba como la flor de la khantuta en los campos y debía pagar su altivez.

La pena se cumpliría al día siguiente. La víctima pasaría e en el Recinto de los Amautas, bien custodiada para pudiera escapar.

La infeliz que como la mayoría de los nativos participaba creencias católicas sin abandonar las viejas tradiciones, pasó la noche en vela. ¿Por qué le había caído tan terrible desgracia? El Padre Sol -Willka el Padre Sol -y Nina Kollo— el Cerro de Fuego— genios comarcanos sabían de su pureza y su fidelidad. No la abandonarían. Y luego estaban El Señor Dios y la Virgen, la Mamita que todo lo ve y defiende Inocentes. Ellos la protegerían. Pero sus esperanzas flaqueaba al recordar las caras malignas, las miradas de odio de los concurrentes al juicio. ¿Y si ponían cebos de carne a las aves? ¿Quien podría ahuyentarlas si ella estaría atada y además dos observadores vigilarían atentamente todo lo que sucedería durante seis horas en torno a ella? El abismo, una

hendidura hondísima en la tierra a la que no se veía fondo guardaba ya los restos de varios condenados, la mayoría mujeres — por qué serán siempre los hombres tan abusivos? — y ella podía correr la misma muerte. Se estremeció pensando no tanto en la muerte próxima como en el instante fatal de ser empujada hacia el abismo. Caer, caer... ¿cuánto duraría el suplicio? ¿Quién velaría por sus tiernas criaturas? ¿No volvería a ver al querido Felipe Quispe? Si todo parecía un sueño... Por qué, por qué? No atinaba a explicarse su desgracia. Alternando entre el miedo y la esperanza la Tomasa Poma transcurrió noche llorando suavemente porque seguía siendo orgullosa y no quería que sus vigilantes la oyeran sufrir.

A las cinco y media de la madrugada la llevaron a lo alto de la colina. Le permitieron ponerse su mejor pollera. Se lavó, se peinó y pasó altiva, soberbia entre la multitud que se agolpaba para verla en respetuoso silencio porque la comunidad respetaba el infortunio ajeno. El Consejo de los Amautas alineado detrás de una mesa presidía el acto.

Sonaron golpes broncos del tambor. Dos hombres la cogieron de los brazos y la amarraron al Árbol de la Justicia. La mujer sabía que era inútil resistir: todo el pueblo esperaba que sea consumado el veredicto alado.

Seis horas, seis largas horas deberían pasar antes de comprobarse si la muchacha era inocente o culpable. Pero el indio es paciente ya no le importa esperar. Había tiempo sobra. Además era día de descanso y bien podía pasarse la mañana conversando, comiendo, bebiendo sin hacer ruido porque el dolor ajeno debe ser respetado.

Los Amautas, muy graves, departían en voz baja. Y todo el pueblo aguardaba. Aguardaba...

Cerca de las diez, uno de los observadores gritó:

—¡Un punto en el horizonte. Es el cóndor!

La muchedumbre vibró de emoción. La Tomasa Poma sintióse sacudida de pánico. ¡Dios Mío! Por qué si no he pecado, por qué? Padre Willka. Padre Nina Kollo no me abandonéis.

A poco el cóndor se cernía sobre el paraje. El Amauta Mayor hizo un gesto y la multitud se retiró una buena distancia para permitir el descanso de las grandes aves totémicas.

Un indio dijo a otro en voz sorda: "la carne está cerca verás que ellos nos han de vengar de la Tomasa Poma".

El cóndor trazó varios círculos en el aire y luego perdiéndose en lejanía.

—¡Es inocente, es inocente! —se alzaron varias voces. Los seres con alas no quieren juzgarla.

El Amauta Mayor, con grande experiencia en juicios anteriores hizo un signo con la diestra:

—Esperemos —dijo — todavía falta mucho tiempo. Pueden pasar muchas cosas. Esperemos.

Confirmando sus palabras, pocos minutos después el otro observador gritaba:

—Los grandes pájaros vienen, los grandes pájaros vienen.

Era fácil deducirlo: el primer cóndor, vigía, regresaba trayendo tras de sí a su tropa. Volaban en fila, en rigurosa ordenación jerárquica como una flotilla de aviones. Descendieron lugar próximo al Árbol de la Justicia y comenzaron a devorar las carnes colocadas maliciosamente por

los rechazados la Tomasa Poma. Se divisaban claramente las alas poderosas, plegadas, sin moverse, bamboleantes las gotas blancas resaltando sobre el negro plumaje, los picos agresivos, los ojos circundados por una carnadura roja. Daban la sensación de una familia bien organizada.

Se elevó el clamoreo de la multitud:

—Es culpable, es culpable! Hay que arrojarla al hueco grande!

Los Amautas se miraron con tristeza: no cabía otro fallo. Por acción de los cóndores, la acusada se convertía en culpable, y su crimen tenía que ser castigado. Disponíase el Amauta Mayor a proclamar la sentencia cuando se produjo un hecho insólito.

El más grande de los cóndores, que parecía ser el jefe del tropel alado por su mayor envergadura y la majestad de su porte, se aproximó a la víctima. Todos creyeron que iba a destrozarla, pero el ave inmensa le lamió los pies desnudos, luego colocándose de espaldas a la Tomasa Poma desplegó sus alas gigantescas como queriendo protegerla. Y la blanca fimbria de las alas resaltaba sobre el fondo negro del plumaje.

La muchedumbre callaba ante el espectáculo jamás visto.

A poco el cóndor volvió a su manada y se les vió correr por una explanada alzando vuelo hasta perderse en el horizonte. Las gentes seguían inmóviles sin saber qué pensar.

Entonces el Amauta Mayor tomó la palabra y con voz fuerte dijo:

"Mallku-Kaphaj", el Cóndor poderoso ha limpiado de culpa a la acusada. Es inocente. Nadie la tocará ni volverá a dudar de su virtud. Los tres acusadores irán al abismo.

Y así fue cómo la Tomasa Poma pudo abrazar una vez más al Felipe Quispe cuando regresó de su largo viaje y en la comunidad quedó memoria del cóndor que hizo justicia a la inocente.

—No era un cóndor —solía decir el indio más anciano era un Amauta encarnado en el ave.

EL FABULOSO CASTILLO

Habían castillos dispersos en toda la región. Casi todos en ruinas, Sólo el de Patmoreland, reconstruído, con su estructura gótica, sus torres erguidas, su foso y sus muros almenados se conservaba intacto. Pero destinado a hospedar turistas, lo museo, medio alojamiento a Gaspar le producía una doble sensación de simpatía y repulsión. De lejos, avizorado como surgiendo delante del monte de un Coro de arboledas, su silueta fantástica llamaba, atraía; en cambio al recorrerlo, siempre lleno de gentes, perdía todo su encanto. No había manera evocar hadas, princesas, reyes ni guerreros. El guía parloteando sin cesar, el gentío desperdigado en grupos, las voces y las pintorescas indumentarias quitaban todo misterio al imponente edificio. El castillo legendario del siglo XV se Convertía en un enorme hostel de fastuosa apariencia visto de lejos, cuyas dependencias acomodadas al gusto moderno lo despojaban de todo atractivo.

Gaspar se deleitaba contemplándolo a la distancia. Lo visitó solo dos o tres veces saliendo desencantado de la profanación turística. ¿Acaso los castillos no son como las catedrales recintos misteriosos a los que se debe acudir en recogimiento y asombro, para no perturbar su vida interior?

Era buen caminante. Le gustaba salir temprano de casa, echarse a vagar por la comarca, no muy habitada, a la busca de paisajes o de aventuras. Y regresaba cansado del largo peregrinar, siempre contento porque había recorrido un paraje nuevo y sus pupilas retenían bellas visiones de paisajes, ruinas, o cosas extrañas que su imaginación aumentaba en poética intuición.

¿La sabiduría en los libros? ¡Bah! Lo sabio es conocer el país en que se vive, frecuentarlo en toda su extensión, hundirse en sus paisajes, acercarse a sus gentes, aprender de sus costumbres, tomar el pulso de la vida en la vida misma, es decir en todo lo que se presenta y se anima ante los ojos.

El habría querido visitar Patmoreland cuando estuviera vacío, para soñar libre y tranquilamente en sus espaciosas estancias. Mas el hermoso castillo siempre estaba lleno de huéspedes y de turistas y el gentío le crispaba los nervios. Esos gritos, esa bulla constante, esa procesión de caras y vestidos... Si era para abominar de la visita al castillo interior.

Llegó, poco a poco, a una triste convicción: Patmoreland debía ser admirado de la distancia, evitando la decepcionante compañía de sus moradores y visitantes. Comprendiendo que el viejo castillo nunca estaría vacío para que pudiera recorrerlo en sagrada soledad, Gaspar resolvió darse a la búsqueda de otros castillos. Recorría la región en largas excursiones que se le antojaban atrevidas porque nunca se sabía lo que podía suceder. Hasta entonces nada excepcional había sucedido pero él se daba cuenta que el peligro lo rondaba. Cada salida constituía una aventura de imprevisto desenlace.

Pasaron varias meses. Las salidas de Gaspar no le producían la dicha de los primeros encuentros. Había castillos, pero castillos ruinosos que apenas dejaban entrever su pasada grandeza. Luego cada vez se tornaban más lejanas y difícil sus excursiones. Y por supuesto no hallaba ni remotamente da parecido a Patmoreland, la única construcción digna de admirada.

El buscador de castillos padecía decepción tras decepción. ¿Es que Patmoreland era único? ¿Y por qué no se reconstituían otras ruinas que renovadas podrían ser tan bellas y majestuosas? Comenzó a desesperar: la región sólo había dado esa rosa arquitectónica. Las demás ruinas —cada vez conocía más— no daban paso a reconstrucciones ideales: eran simples muros derruidos, piedras en el suelo, alguna que otra torre, nada digno de asombro.

Una tarde, a la caída del crepúsculo, cuando el color ciclamén y el color rosa disputaban primacía, de pronto Gaspar sintió que el corazón le palpitaba furiosamente: allí, en lejanía, muy alto, como empinado en una colina prodigiosa surgía un castillo fabuloso como jamás se viera. Tenía varios cuerpos que se entrelazaban por aéreos puentes tendidos sobre el vacío. Sus torres altísimas, soberbias, coronaban ventanas y pisos de gótica apariencia. La prodigiosa construcción no se parecía a nada conocido. Excedía todo lo visto e imaginado. Más parecía una ciudad que un castillo por su monumentalidad. Pero no: era sólo un tremendo castillo cuya forma exterior dominaba el paisaje con grandioso y solemne ritmo. Un castillo catedralicio por su imponencia, como siempre lo había soñado. Tan bello, tan espectacular, tan prodigioso que no nos cansaríamos nunca de verlo y admirarlo.

Gaspar miraba su hallazgo y no podía dar crédito a sus ojos. Ahí estaba, próximo y distante a la vez el fantástico edificio inmenso, lleno de majestad y poderío, desplegando la magnificencia de cúpulas, torres, explanadas, muros almenados pináculos aéreos, y una serie de corredores suspendidos, de recintos apiñados en sucesión multiplana. Gráciles arcos y columnas abrían perspectivas increíbles al mirar. ¿Era un castillo era un mundo arquitectónico, una ciudad de maravilla? Gaspar miraba y no podía creer. Pero el castillo largamente soñador — mejor dicho superior a todo lo soñado — estaba ahí, soberbio, imponente, deslumbrante irradiando fuerza y belleza.

Lo contemplaba en suspenso, temiendo que fuese a desaparecer porque visiones de tan suprema perfección no pueden reales —pensaba. Y sin embargo sucedía..." La tarde tan evidente como su propia existencia, el castillo tan real a pesar de su lejanía. Miraba, miraba con reconcentrada atención descubriendo a cada instante nuevas emociones visuales, nuevas sugerencias que brotaban de la estupenda construcción. Súbitamente Gaspar se estremeció: ¡no podía ser, no podía ser! El castillo se movía, transformaba sus accidentes, desplegaba sus

perspectivas lineales y las refundía en nuevas visiones móviles. Un secreto y lento dinamismo trocaba sus volúmenes en cambiante plasticidad, como si se estuviera construyendo recién, o transformándose en constante mudanza. Y seguía siendo bello y poderoso, tal vez más hermoso aun, más incitante, ahora que sus líneas y sus rasgos mudaban de aspecto sin perder el encanto de sus formas cambiantes y fascinadoras.

Gaspar miraba absorto. ¿Cómo podía existir esa cosa tremenda, abrumadora y sin embargo tan bella y perfecta que cortaba la respiración? Y no era sueño, porque estaba ahí, próxima y distante a la vez, alta y remota pero evidente, evidentísima como la tarde que caía, como él mismo atemorizado y gozoso a un tiempo por el extraordinario descubrimiento.

El castillo se fue agrandando, agrandando. Luego el rosa y el ciclamén fueron sustituidos primero por un sepia, luego por un gris monótono. Las líneas de la magnífica construcción se borraban, se disolvían en un derrumbamiento colosal. Gaspar comprendió que el castillo se iba, se iba, acaso se despedía para siempre. Quiso gritar, quiso hacer algo y se sintió impotente. Una tristeza profunda, rayana en la desesperación lo invadió.

Y cuando el fabuloso castillo de nubes desapareció Gaspar comprendió que sólo una vez le es dado al soñador asomarse a la irrealidad del sueño que se convierte en realidad.

LA CONVERSIÓN DE SIMÓN LESTARD

Llegó al ateísmo por dos circunstancias: por la muerte de su primo Antonio, al cual adoraba, sin que Dios escuchara sus ruegos para conservarle la vida. Tenía a la sazón quince años. Más tarde, ya en la Universidad, porque su espíritu razonador y escéptico lo convirtió en científico. Para Simón Lestard sólo existía la energía, esa fuerza desconocida que mueve átomos y estrellas. Pero su ateísmo no era soberbio ni agresivo. Respetaba las creencias ajenas y no hacía ostentación de su irreligiosidad: simplemente carecía de fe en Dios y en poderes espirituales, porque para su arraigada convicción el espíritu es sólo una secreción de la materia. Parece el cuerpo y con él se disuelve el espíritu. La energía universal subsiste siempre, sólo se transforma. La energía humana. Corta y efímera, dura apenas en la fugacidad de la persona. No hay Dios: hay solamente el infinito universo y la indestructible energía.

Cuando se casó Simón Lestard tuvo que pasar por el matrimonio religioso y el primer tiempo asistía a misa por dar gusto a la esposa. No creía en nada del rito religioso y pasaba la ceremonia con la mente ocupada en otras Cosas. Cuando estuvo seguro del amor de Lucinda buscó pretextos de trabajo para o asistir a la misa.

—¿Por qué trabajas tanto? El domingo es día de reposo.

Es necesario, tengo que reunirme con los colegas del centro científico.

Pero en las tardes la llevaba al cine o paseaban contentos porque en realidad se amaban y comprendían mutuamente.

Con intuición femenina ella adivinó que había casado con un ateo. No quiso violentar la situación y rogaba ardientemente al Señor que convirtiera al marido. Pero la conversión no llegaba.

Tuvieron tres hijos. Lestard bordeaba los cuarenta, era ya un científico admirado dentro y fuera del país. Le había tocado una buena esposa, abnegada y sutil que lo entendía a maravilla. El, a su vez, se empeñaba en complacerla, en todo, menos en el plano de la religión. A veces, si en las películas o leyendo juntos un libro brotaba un pasaje que aludía a cosas divinas. Lucinda le apretaba suavemente la mano: era su modo de expresarle cómo sentía su falta de fe. Simón correspondía la presión de la mano de su esposa y sonreía con bondad. Pero la fe no llegaba porque la coraza de su ciencia lucía invulnerable.

Si alguien hubiese pensado que el científico era de un temperamento frío, insensible al sentimiento se habría equivocado. Aun a pesar de la apariencia esquiva Simón Lestard era capaz de emoción y de idealismo. Fue así cómo no obstante su posición holgada se dejó arrastrar por amigos a la política. El gobierno despótico y dinámico como todos los gobiernos tiránicos, tenía aterrizados muchos hogares. Todo el que no comulgaba con el régimen era sañudamente perseguido. Un día se atentó contra la libertad de cátedra en la Universidad y esto colmó la medida para el espíritu recto y viril del científico: se incorporó a uno de los grupos subversivos para derribar el régimen tiránico.

Al principio el asunto se perfilaba noble, atrayente. Reunirse de noche y ocultamente daba un toque de aventura a la conspiración. Cuando se distribuyeron armas y se dió a cada cual misión de peligro y sacrificio, Simón Lestard juzgó leal confiar lo que hacía a Lucinda:

—No pude evitarlo — confesó. Me asediaron los amigos y no podía aparecer como un cobarde.

La esposa, aterrada, no podía creer.

—¿No tenías todo...? ¿Por que meterse en una aventura, en esa conspiración que puede costar sangre y desgracia a todos? ¿No pensaste en nosotros?

—Precisamente: para que ustedes vivan tranquilos, libres de temor, tenemos que derrocar al tirano. ¿No viste lo que pasó en varias familias amigas? Luto y dolor, cada vez en mayor cantidad de hogares. Tenemos que acabar con el despotismo.

Nada pudo disuadirlo. Lucinda comprendió que el marido no podía sustraerse a la lucha por la libertad. Y se resignó.

Como siempre ocurre en las conspiraciones no faltó el delator. Simón Lestard fue capturado con catorce compañeros. Fueron conducidos a una prisión con severa vigilancia. En el recinto de gruesos muros y con sólo una ventana sólidamente enrejada, los conspiradores pasaron horas, luego días angustiosos. Estaban incomunicados ignorando en absoluto lo que ocurría en la ciudad, sin noticias de los familiares. Cuando alguno se atrevía a interrogar a sus guardianes, estos se limitaban, sin decir palabra a llevarse el índice por el cuello significando que serían degollados. Una tarde entró un capitán adusto y con voz colérica les gritó:

—¡Prepárense! Pueden escribir cartas de despedida a sus familias. Mañana al amanecer serán fusilados.

Cundió el pánico entre los presos. También Lestard sintió miedo, conociendo la crueldad de sus captores. Se sobrepuso y resolvió morir como hombre sin demostrar debilidad a los demás. De los catorce restantes sólo uno era, como él, ateo. Los trece rezaban implorando la protección divina. El científico los veía con envidia: habría sido hermoso creer en algo, en alguien... Pensar que les aguardaría una vida mejor en el ultramundo. Pero él y su compañero no creían en la supervivencia del espíritu. Nada, no habría nada después de la muerte... Sólo quedaba despedirse de la existencia y morir varonilmente sin pedir gracia.

Esa noche ninguno pudo dormir. Transcurrieron entre nerviosos diálogos y hondos silencios, cada cual abandonado a lúgubres pensamientos. Simón Lestard maldecía la hora en que se metió a conspirar; Lucinda tenía razón, ¿o por qué lo había hecho? Sin ser un sibarita ni hombre de comodidades ahora comprendía que amaba la vida, a su esposa, a los tres niños, a su ciencia, los pequeños placeres cotidianos, la buena comida, los libros, los viajes, la amistad, y tantas bellas y buenas cosas que trae el diario amanecer.

Al rayar la madrugada una voz estentórea gritó:

—¡Listos! Ya llega el sacerdote que los confesará: cinco minutos para cada uno. Entregarán sus cartas de despedida y afrontarán al pelotón de fusilamiento.

La conmoción fue general casi todos se persignaron. "Recemos" —dijo alguien. Otro no pudo evitar el llanto. Un tercero recomendaba coraje: "morir como hombres". Un adolescente se aproximó a Simón Lestard:

—Rece, señor profesor, sólo Dios puede salvarnos...

El científico respondió sonriendo:

—Dios no existe. No creo en él ni en las religiones: si Dios existiera no permitiría que el monstruo siga matando gente.

El joven lo miró con tristeza. Lestard vió en sus ojos la llama de la fe: el muchacho creía poder salvarse y si no se salvaba seguía confiando en el absurdo de otra vida. Tuvo lástima de la candidez del adolescente y sin embargo, sin embargo... envidiaba su serena confianza. Lestard en cambio sentía el vacío interior. ¿Quién era él, qué había hecho, quien lo esperaba al otro lado de la ribera del vivir? Nada, nadie. Su corto existir había transcurrido como una chispita de luz y la chispita se apagaría para siempre.

El otro ateo aceptó confesar y comulgar. Lestard rechazó la ayuda del sacerdote:

—Padre —le dijo— no es soberbia ni obsecación. Respeto su ministerio. Es que sencillamente no creo, no puedo entrar en una comedia contra mi conciencia. No creo en Dios.

Al encaminarse al patíbulo el científico dijo al otro ateo:

—Claudicaste. Pobre infeliz, si no hay nada en el más allá. Solo el eterno descanso, y todos descansaremos igual, los que creen y los que no creemos.

El otro lo miró acongojado, más un rayito de luz brillaba en sus pupilas:

—¿Y si hubiera algo... ?

Simón Lestard se encogió de hombros. Se acordó de los mártires cristianos a quienes ya evocara cuando visitara años atrás el Coliseo Romano, de sus abuelos a los cuales viera morir haciendo la señal de la cruz, de amigos que desaparecieron profundamente convencidos de un renacer después de la muerte. "Pobres ilusos —pensó— aferrándose a supuestas existencias ulteriores por miedo a perder la única que tenemos".

Con su crueldad característica el tirano tenía ordenado que se los victimara uno por uno, espectando los restantes la muerte de los que caían en forma individual. Y eso del Cristo que murió en la Cruz para salvarnos... Otra leyenda. Más firme que nunca en sus convicciones, incrédulo a todo auxilio religioso, el científico ateo sentía el pavor del inmediato aniquilamiento. Nada, sería reducido a la nada. No lo dejarían despedirse de Lucinda y de los niños. ¡Maldita suerte! Abominó del comandante Tornaes que lo embarcara en la subversión. Fue muerto al oponer resistencia a sus captores. "Feliz él — meditó — ya está descansando. Después de todo el eterno descanso es la gran recompensa del ser humano".

En el gran patio de la prisión estaban varios militares adictos al régimen, el sacerdote que asistiera a los condenados, el pelotón de fusilamiento y algunos periodistas a los cuales se quitó sus máquinas fotográficas, pero a quienes se permitió asistir a la trágica escena para que informaran al público de la tremenda sanción y cómo —esperaba el déspota— todos habían flaqueado al despedirse de la vida.

Dominando sus nervios Simón Lestard vió, con los otros doce condenados, cómo se consumó la victimación del primer preso.

El sacerdote hizo la señal de la cruz sobre su cabeza y se apartó. El pelotón de fusilamiento apuntó al reo con los fusiles. La voz del teniente resonó imperiosa: "¡fuego!" Y el hombre con los ojos vendados se convirtió en un guiñapo de carne y huesos que se deslizaba hacia el suelo.

Se repitió la terrible escena con el segundo preso. Lestard pensaba "que yo sea el próximo, que yo sea el próximo". Era infame asistir a la muerte de sus compañeros.

Cuando el tercer conspirador era conducido al patíbulo, sonaron varios cañonazos, disparos de ametralladoras y tiros de fusil desde el exterior del recinto.

—¿Qué pasa? —preguntó el teniente furioso, precipitándose al portón del patio pistola en mano.

No pudo averiguarlo porque el portón se abrió bruscamente y una turba de militares y civiles irrumpió violentamente en el patio de la prisión. "¡Libertad, libertad! —gritaban todos. El tirano ha escapado, ha caído el régimen".

El teniente y los soldados del pelotón fueron victimados a culatazos. La crueldad de los vencidos se tornaba en la crueldad de los vencedores.

Sólo dos de los conspiradores habían sido fusilados. Los trece restantes fueron conducidos a sus domicilios como héroes, entre vítores y aplausos de las multitudes enardecidas que recuperaban la libertad después de un decenio de tiranía.

Simón Lestard apenas podía dar crédito a lo sucedido: había estado en el umbral de la muerte y ahora recuperaba el derecho y el gozo de vivir. No pudo evitar las lágrimas al abrazar a los niños y a Lucinda la halló en cama, consumiéndose por la pena, tan delgada que daba temor verla.

El científico creyó enloquecer de angustia, su esposa, su adorada Lucinda había estado a punto de perecer. Ahí mismo, al pie de la enferma, juró que jamás volvería a intervenir en política.

En pocas semanas, merced a un enérgico tratamiento médico y a los solícitos cuidados de su marido Lucinda recuperó la salud y volvió a lucir fresca y hermosa como antaño. Pero en sus lindos ojos había un velo de tristeza que ya no la abandonó Nunca.

Simón Lestard comprendió que Lucinda, los niños y su ciencia constituían la razón de su existencia. Mimaba a la esposa y procuraba complacerla en todo.

Un día ella con dulzura insinuaba:

—Hice una promesa cuando estabas preso y quisiera que me ayudes a cumplirla.

—Nada puedo negarte. Todo lo que me pidas será concedido.

Lucinda lo miró con mirar de niña traviesa, entre tímida y azorada:

—Prometí a la Virgen Santísima que si te salvaba haríamos juntos los nueve días de la procesión de la madrugada.

Lestard vaciló: ¿misas, rezos, novenas? Nada contaban en su vida. Reaccionó caballerosamente:

—Lo prometido, cumplido. Te acompañaré.

Un destello de alegría iluminó los ojos de la esposa.

Tenían que levantarse a las cinco de la mañana, todavía oscuro, y plegarse a la procesión de los fieles que rezando y con cánticos de gloria recorrerían las calles desiertas del barrio. Eso durante nueve madrugadas.

Para complacer a Lucinda el marido madrugó y cogiéndola del brazo ambos se incorporaron al gentío: pocos hombres, muchas mujeres y jóvenes, algunos niños. Era conmovedor observar la fe, la dichosa confianza, la sana alegría de las gentes que conociéndose unas, desconocidas otras, se mezclaban en el peregrinaje ritual en honor a la Madre del Señor.

A decir verdad Simón Lestard no compartía los sentimientos de la procesión de los fieles. El estaba allí sólo para complacer a su esposa. ¿Qué podía importarle el resto? No sabía rezar ni conocía los cantos pero de soslayo advertía el fervor de Lucinda y luego captaba la pureza de su voz en los cantos a la Virgen y sentía el júbilo de verla feliz. Se estremeció al pensar que pudo perder la maravilla de su presencia, de su voz, de su contacto... Por suerte estaba allí, a su lado, plena de ternura y de encanto. Habría que seguir madrugando para hacerla dichosa.

A la quinta mañana Simón Lestard se levantó contento como en las cuatro anteriores. Al incorporarse al gentío de la procesión sintió una extraña sensación de solidaridad con las otras personas; todos se saludaban con inclinaciones de cabeza, se reconocían afines dentro de una rara hermandad que antes no sintiera al verse en grupos. "Mi mujer me está volviendo sentimental —pensó—. ¿Qué tengo de común con estas gentes? Es sólo un encuentro temporal, ya pasará". Pero lo cierto que lo invadía una suerte de afecto involuntario hacia esas personas congregadas sin galas ni afeites, hasta mal vestidas, los hombres sin afeitarse, las mujeres con simples faldas, abrigos y un pañuelo en la cabeza. El científico, esteta exigente, halla agradables a estos seres, toscamente vestidos (cosa que antes no soportaba) y hasta le parecía bien que vinieran así, despreocupados, sin presumir de apariencias.

El aire frío y fresco del amanecer regocijaba su cuerpo le abría el alma: pensaba en sus futuras investigaciones científicas y en el prodigio de seguir vivo después de haber estado a punto de perecer. Cogido de la mano de Lucinda sintió la necesidad de agradecer el tenerla consigo, el seguir viviendo. ... ¿pero a quien agradecer si no creía en dios alguno? Al destino a la suerte, al azar, a ese modo de la energía que alarga o acorta las vidas, a la naturaleza: en suma agradeció el don de la vida y de Lucinda.

La procesión avanzaba como le era habitual lenta y tranquila siguiendo la imagen de la Virgen Santísima que custodiaban varios sacerdotes y monjas. Lestard y su mujer estaban en las primeras filas. Ella oraba y cantaba como todos. Él, algo confuso y avergonzado, se limitaba a seguir la liturgia católica sin comprenderla.

Estaba algo distraído viendo cómo el sol doraba las cumbres, cuando de súbito sintió que alguien se colocaba a su diestra. Volteó la cabeza y miró: una figura alta y majestuosa, vestida con una túnica blanca se plegaba a la procesión. El perfil hermosísimo. Su andar rítmico. No pareció reparar en Simón Lestard. Un instante que se retardó, el científico advirtió el mirar triste y profundo del desconocido. ¿Quién sería? Se frotó los ojos y al reabrirlos la figura había desaparecido.

No quiso contar lo sucedido a Lucinda; probablemente fue una alucinación por la debilidad que provocaba la falta de alimento, salían antes del desayuno, y esa debilidad física nubló su vista o fe hizo ver visiones. No era digno de comunicarse.

La sexta mañana todo transcurrió normal. Mientras se vestía comió dos manzanas: la causa estaba bien conocida, ya no hubo debilidad ni vió a nadie a su lado aparte de Lucinda. El científico respiró: lo del día anterior fué una imaginación de la mente debilitada.

En la siguiente madrugada el desconocido reapareció. Su figura alta y solemne esparcía un aura de sosiego. Los pliegues de la túnica se movían en rítmico ondular. La fina barba rubia enmarcaba en rostro de rasgos armoniosos. Y los ojos azules miraban al ateo con profunda tristeza. Lestard se sobresaltó: ¿le reprochaba o se compadecía por él? Tuvo un brote de orgullo, jamás necesitara del apoyo de nadie. Tentó decir al desconocido que se retirara, pero su presencia imponía silencio. La figura blanca siguió caminando a su lado sin que Lucinda pareciera reparar en ella. Una extraña sensación de confianza, como si una joven alegría naciera en su alma conmovió al hombre. Ya no lo inquietaba, más bien le infundía una calma apaciguadora de toda inquietud. Se frotó dos veces los ojos y al reabrirlos el desconocido seguía avanzando a su lado. Cuando miraba al horizonte su mirar se iluminaba, apacible y bondadoso, mas al contemplar a Simón Lestard un velo de melancolía lo turbaba. Parecía no pisar el suelo, deslizándose casi aéreo sobre el suelo. El ateo miró hacia la procesión: todo transcurría como todas las mañanas: iban tras de la imagen de la Virgen Santísima, los mismos sacerdotes, las mismas monjitas, las caras próximas le eran ya familiares, el gentío rezaba y cantaba en la forma habitual, tenía cogida la mano de Lucinda en la suya y esta estaba embargada en sus devociones.

Simón Lestard razonaba serenamente. No, era una alucinación. La figura blanca seguía a su diestra, esbelta y plena de majestad. Avanzaba silenciosa pero una música recóndita, sutilísima, parecía surgir de los pliegues de su túnica. Y su mirar oscilaba entre fulgores vivísimos y ondas de tristeza. El hombre se sintió atraído, luego lleno de asombro y simpatía hacia el desconocido. El momento que se disponía a comunicar su presencia a la esposa el desconocido desapareció.

La octava mañana el desconocido no apareció.

Pero en la última, cuando terminaba la novena de la peregrinación la figura blanca lo acompañó en casi todo el trayecto. Simón Lestard ya no se extrañó no vaciló, no intentó decir nada a Lucinda. El desconocido le era ya casi familiar, le hablaba sin palabras como un compañero fiel, amistoso, que sólo buscara su afecto y su confianza.

Cuando la procesión se aproximaba de regreso al templo la Figura Blanca circundada por un resplandor que no hería vista hizo la señal de la Cruz sobre el ateo y se desvaneció el aire.

El científico y su mujer volvían a su hogar. Ella notó la turbación del marido e inquirió qué le pasaba.

El hombre vaciló antes de responder. Luego, confuso, confesaba:

—Durante tres mañanas, ahora la última, un desconocido caminaba a mi lado. Alto, majestuoso, vestido de blanco...

Lucinda le sonrió tiernamente:

—Era El...

—¿Tu también lo viste?

—El que lo lleva dentro no necesita verlo con los ojos.

Y así fue cómo Simón Lestard se convirtió en cristiano creyente y practicante.

LA VENGANZA

Odiaba profundamente a Ramón Verales, el simpático, elegante y decidido amigo que lo aventajaba en todo, desde la escuela, luego en el periodismo en que se iniciaron juntos, después en política y finalmente en los negocios. Suerte endiablada la de Ramón, siempre el primero, deprimiendo a Juan José con sus victorias inacabables y ese airecillo burlón con el cual parecía mofarse de las derrotas del amigo. Porque eran amigos, claro está, prestándose mutuos servicios, afines en los gustos habituados a discutir y a disentir pero guardándose mutuo respeto. Juan José advertía las diferencias de categoría desde el vestir hasta la facilidad de expresión. Ramón lo superaba en todo. Y para remate cuando se enamoró locamente de la hermosa Olga, ella prefirió a Verales y casó con él. ¿Por qué Ramón primero en todo y Juan José eternamente perdedor?

No podía sustraerse a la atracción y a la compañía del amigo vencedor, porque en verdad se sentía ganado por su carácter abierto, emprendedor, por el exceso de energías, de iniciativa, que lo deslumbraban. Además el azar, jugándole sucio, hacía que participaran en ocupaciones análogas, hasta trabajando en la misma firma comercial en la juventud y luego interviniendo en el mismo partido político. Ramón siempre dirigiendo, Juan José de secundón siempre.

Y no es que Ramón fuese malo ni que abusara de su incontestable superioridad; más bien lo protegía y ayudaba en todo cuanto se presentaba. Esto era lo que más lo irritaba: Verales nunca tenía que pedirle nada, en cambio Juan José, por una u otra circunstancia, constantemente dependía del amigo mejor dotado. Y estaba, además, ese airecillo burlón, sin maldad, que consciente o indeliberadamente solía exhibir de vez en cuando. Taimado como era Juan José jamás dejó advertir primero la envidia, después el odio que se fueron incubando en su interior. Era siempre el amigo servicial, el compañero obediente en el cual Ramón confiaba plenamente porque se plegaba dócilmente a sus deseos.

Maldición o casualidad —pensaba Juan José— no podían separarse. Conforme avanzaron en años, la compañía se consolidó guardando distancias: Verales sin abandonar la cabecera, Juan José invariablemente detrás.

Hasta cierto punto era lógico, natural, que el menos dotado envidiara y odiara a quien lo superaba. Lo anormal es que esa envidia y ese odio pasaron a constituir la razón de vida de Juan José: pasaba largos ratos imaginando cómo se tomaría el desquite del odiado e insustituible amigo, rival mejor dicho puesto que su sombra le quitaba el sueño. Y entre esas imaginaciones que oscilaban desde la tortura física hasta la crueldad mental, solía deleitarse pensando que algún día la fortuna se daría la vuelta, y que la vida del más favorecido caería en sus manos; entonces lo atormentaría, primero de palabra, luego físicamente. Le infligiría días, semanas de suplicios llenos de injurias, burlas, falsas esperanzas, combinados con atroces torturas físicas a la piel y al cuerpo del citado de manera que se sintiera humillado y desintegrado poco a poco. Así gota a gota sería su venganza. Estúpidos los que se vengan matando instantáneamente: la muerte del enemigo pasa y no deja rastro, lo que satisface al largamente oprimido es ejercer un dilatado y persistente castigo compensatorio de las humillaciones, los sometimientos y las angustias pasadas. Una venganza ejemplar que superara las crueldades de las tribus salvajes o los refinamientos de las antiguas cortes orientales. ¿No sería magnífico tener al triunfador amarrado y hacerle saber, día por día, que jamás fue amado ni admirado, que sus actos e invenciones sólo habían merecido odio y desprecio, que lo encontraba el ser más repugnante de la creación? Y al mismo tiempo urdir diabólicos castigos como arrancarle las falanges de los dedos una cada día, tajarle la piel en finas tiras y echar limón en las heridas, meterle clavitos en las uñas, hacerle tragar comidas nauseabundas y beber líquidos agrios... en fin: hay tanto que imaginar para castigo del odiado que nadie sabe hasta dónde pueden ir el despecho y el ansia de desquite del que ha sufrido media vida de humillaciones y padecimientos interiores.

Parece mentira pero lo cierto es que la vida de Juan José sin cambiar en apariencia, siempre sometido a la voluntad vencedora de Ramón Verales, se expandía gozosamente en su fantasía imaginando el día de su venganza que sería extensa, muy extensa, para destrozarse lentamente el cuerpo del rival y aniquilarle también poco a poco, con refinada lentitud, el ánimo. No detenerse hasta convertir en morosa tortura al victorioso en una piltrafa física y espiritual. Aniquilarlo totalmente. Gota a gota como se destila un rencor verdaderamente profundo capaz de toda maldad porque ya no admite campo para la piedad ni el olvido.

Transcurrieron dos años más; Verales sobresaliendo en cuanto emprendía, Juan José prospuesto y humillado, escondiendo su despecho. Lo que encendía su furia y tornaba cada vez más funestos sus planes de venganza era que el rival seguía protegiéndolo como si fuese un ser débil, un sirviente, un desamparado de la suerte. ¿O lo era realmente? No podía admitirlo. Tentado estuvo de recurrir a magos y brujerías para destruir al envidiado, pero ese recurso se le antojó pueril; él, Juan José, demostraría que se puede torcer al destino. Había tiempo. Las buenas cartas no pueden llegar toda la vida a uno solo, alguna vez arribarían a las manos del postergado y entonces el triunfo sería total.

Se acumulaban los éxitos para Ramón Verales y proseguían las desdichas de Juan José. El odio de éste crecía, se multiplicaba y diversificaba prodigiosamente llegando hasta el extremo de convertirse en placer subjetivo. ¿Cómo sería el martirio de San Sebastián muerto a flechazos? El inventaría o mejor porque desgarraría a Ramón en cuerpo y alma, lentamente, lentamente, hasta matar toda función somática y todo resquicio de esperanza y de nobleza en su espíritu. Recordó esa leyenda del tiempo colonial, de aquel vengador que vivió treinta años junto a la calavera de su enemigo, maltratándola palabra y de obra hasta el día de su muerte. ¿Maltratar a una calavera? ¡Bah! Pobre venganza. Es al vivo al que hay que torturar y hacer padecer sin tregua.

Verales nunca se enteró del odio secreto de Juan José. Lo veía tan sumiso, tan adicto a su persona que llegó a quererlo como se quiere a un hermano inferiormente dotado y requerido de protección.

Cierto día, en súbita inspiración, Juan José vislumbró que únicamente la política podía darle la revancha que le negaba el destino. Silenciosamente, sin una palabra de despedida, se pasó al partido político contrario de aquel en que militaban ambos amigos. “¡Oué traidor —comentó Ramón — jamás lo hubiera creído de su parte, se mostraba tan leal a mi persona”. Como era lógico no quiso verlo más. También Juan José evitaba el encuentro. Después de largos años sus vidas se distanciaban por sendas distintas.

Verales siguió ascendiendo, rico y afortunado, desempeñaba las funciones de Ministro del Interior cuando estalló la resolución que derribó a su partido. Juan José que había prestado importantes servicios al partido revolucionario, sobre todo revelando los puntos débiles de sus contrarios, pidió se le otorgara la jefatura del servicio secreto con plenos poderes en los primeros días de la revolución, lo que le fue concedido.

Los ministros del régimen caído estaban presos. El flamante jefe del servicio secreto con poderes discrecionales para disponer de las vidas de los presos políticos, indicó que él, personalmente los interrogaría y luego aplicaría las sanciones revolucionarias. El primero en ser interrogado y juzgado sería, naturalmente el Ministro del Interior derrocado, el hasta entonces victorioso y odiado rival, Ramón Verales.

La noche de la víspera casi no durmió imaginando cómo serían el primer encuentro y los castigos posteriores. Primero lo destruiría moralmente, calumniaría a la hermosa Olga, le haría creer que había sido suya antes de casarse con Verales: luego le mostraría papeles que haría falsificar para complicarlo en peculados de alto vuelo sucedidos en su ministerio, finalmente lo abrumaría con injurias y sarcasmos por treinta años de falsa amistad en los cuales su vanidad, su super ego, no le permitieron advertir los padecimientos del amigo, ahora convertido en poderoso enemigo.

Así, vejado y desesperado en lo moral, lo haría trasladar a una celda subterránea cuya llave solo tendría el jefe del servicio secreto y como la marejada revolucionaria suele durar los primeros meses, nadie se interesaría por la suerte del ministro caído; haría difundir la especie de su confinamiento a una lejana zona fronteriza incomunicada con los centros poblados; así tendría tiempo y libertad para desenvolver sus planes metódicos de torturas físicas. Sin darse cuenta Juan José era un sádico de la venganza. Esa noche pasó momentos deliciosos imaginando los sufrimientos que impondría a su víctima. Emularía con el Dante, con la inquisición española, con las crueldades refinadas de chinos y piratas. Le haría pagar una por una las innumerables humillaciones soportadas en tantos años de permanente postergación. La venganza de Juan José pasaría a la historia porque él mismo, después de un tiempo, cuando ya nadie se acordara de la revolución, contaría la historia en todos sus detalles. ¿Que podía importarle el juicio ajeno? Lo único importante era su venganza, hacer padecer terribles tormentos físicos y mentales a su amigo-enemigo para que todos supieran cómo los seres débiles pueden tomarse el desquite de los más fuertes.

Sintió una loca alegría al pensar en la proximidad de su revancha. Por momentos ya ni odio sentía hacia Verales: el asunto era demostrar que la suerte da su oportunidad al que sabe esperar, se trataba de la rehabilitación, del triunfo final de Juan José ¿qué podía importar lo que ocurriera con Ramón? Luego el odio volvía con más fuerza: había que destrozar al maldito.... Y seguía elucubrando males y tormentos a cual más variados — la sed, y el hambre por supuesto— flagelaciones luces violentas para Impedir el sueño, largarle ratas y arañas al amarrada, colgarlo primero de los brazos, después de los pies, atormentarlo con ruidos estridentes... Siguió devanándose los sesos casi hasta el amanecer.

A las seis de la mañana ya estaba en pie.

—Que me traigan a Ramón Verales —ordenó perentorio.

El oficial lo miró impasible:

—No puede ser, señor —dijo — anoche murió en su celda de un paro cardiaco. Juan José sufrió tal explosión de ira que tuvieron que transportarlo a un manicomio del que jamás salió.

DESCANSO

No soy un hombre de rarezas. Ni un chiflado. Me considero mas bien una persona normal si normalidad puede haber en estos tiempos de turbión. Caigo, si, en esas pequeñas trivialidades que caracterizan el vivir común. Por ejemplo salgo de casa con el pie izquierdo porque me gusta romper esa abusión de que se debe partir con el pie derecho. Antes de comprar un libro leo la primera página y la última, lo hojeo, capto algunos párrafos y sólo con esa visión fragmentaria termino adquiriéndolo según se me antoja bueno o malo. No puedo estar mucho rato mirando el paisaje, pero en cambio me fascina detenerme en las alas bermejas de una mariposa todo el tiempo que ellas se movilizan frente a mí. Tomo el café de las once y el de las diez y siete a sorbitos, de pie, viendo lo que pasa en la calle. Escribo escuchando música, sin que me molesten los ruidos, o rodeado por gentes bullangueras, sin que nada me impida concentrarme. Me agrada el cine pero si la película no me atrae suelo abandonar la sala en media función. Casi todos mis amigos se cambian de terno cada día: yo también podría hacerlo — mi vestuario es abundante— mas lo realizo únicamente dos veces por semana, los lunes y los jueves. Y al jugar a la lotería sólo compro billetes cuyos números sumen 21. Verdad que jamás saqué un premio en veinte años, pero es mi capricho. ¿Y quien no tiene sus caprichos y sus hábitos triviales?

Mi mujer dice que el más extraño de ellos es el que me sucede cada tres o cuatro meses. Soy un ser sumamente ocupado y preocupado. Tengo diversas actividades y creo que rindo por dos, tres o cuatro personas. A veces llego a casa a las veinte pero nunca agotado. Ese consumo

extraordinario de diarias energías en forma que excede a lo habitual acumula en mi interior un lento desgaste de fuerzas que en realidad no lo siento, hasta que mi organismo pide descanso —repito, sólo un día cada tres o cuatro meses—. Entonces me quedo en cama toda la jornada, pongo el televisor al frente, me rodeo de libros y revistas (generalmente un domingo) y transcurre el día en perfecta calma sin que nada me perturbe. Saco el enchufe del teléfono y no contesto el timbre —la servidumbre sale los domingos— ahuyentando toda causa que pudiera perturbar mi reposo. Mi mujer, tan buena como comprensiva — la víspera ya la prevengo de mi crisis de descanso, se va a pasar el día donde su madre con los niños. Quedo pues absolutamente solo hasta el anochecer y nada ni nadie interrumpe mi descansada soledad. Es una delicia.

Esto lo había hecho muchas veces disfrutando el goce regalado de guardar cama perfectamente sano, entregado al triple placer de la música —porque también tengo la radio a la mano— la lectura y las imágenes televisivas que combino a voluntad. A ratos medito o dormito brevemente. Es una delicia: mientras el mundo rueda con sus gentes presurosas, inquietas, yo me mantengo en calma como dicen que sucede en el ojo del huracán, insensible a cuanto no sea mi propia quietud somática y mi inalterado reposo mental.

Después de tomar el desayuno y despedir a mi familia, miré el reloj: las ocho y diez de la mañana, la hora ideal para comenzar mi descanso. Ya había devorado los diarios y sus suplementos dominicales sin encontrar nada notable. Cogí un libro de los varios que tenía junto al lecho y me sumí en la lectura mientras el oído recogía una sinfonía de Haydn. El "Jean Santeuil" de Proust es una lectura apasionante. Me prometía una jornada placentera alternando el Proust con otros libros de Hesse, de Buzzatti y de Katanzaxi. Por instantes suspendía la lectura y por la ventana veía cruzar como centellas a los gorriones que se posaban en la gran acacia umbrosa del jardín. O cambiaba el libro por las imágenes del televisor, luego una revista científica, y a ratos cerrando los ojos me sumía en el embeleso de la música clásica. El cuerpo, regaladamente flojo, se regocijaba en la distensión de sus redes nerviosas. La mente sibarítica, en cambio, pasaba de sensación en sensación, siempre a la busca de novedades.

A las once de la mañana tomé el café del termo contemplando las hermosas nubes blancas que cruzaban el cielo azul. Una suave brisa movía el frondoso ramaje de la acacia. Las montañas, al fondo, recortaban sus perfiles abruptos. Se oían gritos lejanos, apagados, risas de niños. El campanario de la iglesia llamaba a misa: la escucharía por radio al atardecer y quedaría en paz con la religión. Admirando la estupenda armonía de la naturaleza pensaba cuán bárbaros somos los hombres que turbamos su sólita quietud con máquinas, tumultos, prisas y bajas pasiones. Allí afuera todo armoniosamente articulado, dentro de nosotros sólo ansiedad, zozobras, moverse sin sentido. Es decir ellos, todos los demás, porque yo me sentía tan perfecto y sereno como la madre naturaleza.

Tal vez dormité unos instantes. Me despertó un ruidito isocrónico que fue aumentando en intensidad. Era la pila del lavamanos del cuarto de baño; ¿pero no había dicho a mi mujer que llamara al plomero? Tuve que levantarme otra vez para intentar reparar el mal. Fue inútil. Carecía de una llave para ajustar la manivela. Quise taponar el caño, no resultó. Yo que aguantaba cualquier ruido por lo habitual durante la cura de reposo no podía admitir ninguna perturbación acústica. Después de ensayar otros métodos igualmente inútiles, resolví dejar que goteara la pila del lavamanos y cerré la puerta del baño; no se oía casi nada del dormitorio. Pero había pasado más de media hora en el ineficaz esfuerzo. Mi cuerpo protestaba por el gasto de energías en una jornada sacramentalmente consagrada al sosiego. Tenía el ánimo irritado. Al menos la mañana estaba perdida para la cura de reposo.

Saqué el almuerzo del otro termo, hice una breve siesta y ya recuperado conectó el televisor. ¡Loados sean los dioses! Daban una película antigua con la encantadora Deborah Kerr, mi artista preferida de soltero, una historia fina, sentimental, muy bien llevada la trama con el varonil Robert Taylor de galán. Algo verdaderamente entretenido, agradable, tan distinto de las truculencias y sádicas imágenes del cine moderno. Estaba yo sumergido en la vieja película, sintiéndome a ratos como sustituyendo a Robert Taylor en la conquista de la fina y hermosísima

Deborah Kerr cuando bruscamente se interrumpió la transmisión. Maldije por enésima vez a la televisión cuyos cortes frecuentes enfurecen a los telespectadores.

También se apagó la luz en mi lamparilla. Era un corte de energía eléctrica. ¿O sería un desperfecto, tal vez un fusible quemado en el tablero de distribución del medidor? Sé algo de electricidad y me levanté para comprobar de qué se trataba. No era el distribuidor, el desperfecto venía de afuera, posiblemente de la empresa de luz y fuerza, también rival de la televisión en cortes y suspensiones imprevistas.

Regresé a la cama mascándome de rabia: la suspensión se había producido en el momento culminante cuando el galán se prestaba a tomar en sus brazos a la esquiva Deborah Kerr. Yo recordaba la escena y la antigua película, ese pasaje, finamente tratado por el director, era el más sugestivo del film. Ya nunca lo volvería a ver porque las viejas películas no se repiten y el televisor permanecía en blanco.

Dieron la luz media hora después pero la televisión no funcionaría más. Resolví concentrarme en la radio y en los libros.

"El Jardín de las Rosas" de Katanzaki es para devolver el ánimo al más decaído. Me repose. Eran ya las tres de la tarde —las quince dicen los cultos— y no permitiría que se me estropeara el resto del día de reposo.

Pasé momentos de regocijo leyendo, oyendo buena música, meditando, viendo cómo las nubes trazaban castillos gigantescos en el cielo. Había perdido medio día pero aun me quedaba el otro medio día para mi cura de descanso. Hasta las cuatro de la tarde —las diez y seis todo anduvo tranquilo. Terminaba de mirar el reloj y súbitamente un mosconeó aterrador hirió mis oídos. El zumbido tenaz y monótono de un moscardón poblaba la estancia. Lo descubrí prontamente: era el moscardón más grande y más feo que jamás viera. ¿Cómo había entrado al cuarto? El matamoscas estaba en el otro dormitorio. Tuve que levantarme nuevamente para ir a buscarlo. Provisto de la mortífera arma pensé acabar en pocos instantes con el desalmado. Pero este no era un moscardón corriente, no señor, sino uno de esos malignos seres que hacen presumir a los entomólogos que también los insectos tienen alma. Yo en pantuflas y pijama, lo perseguí incansablemente por toda la estancia sin poderlo atrapar, porque el maldito se detenía en cualquier punto al alcance de mi brazo, pero antes de que pudiera descargar el golpe del matamoscas con toda mi fuerza, alzaba vuelo como si me viera y adivinara mis destructoras intenciones. Era increíble, pero era así: cincuenta, cien veces ocurrió lo mismo: yo aproximándome cauteloso a mi presunta víctima, el maligno moscardón escapándose sin darme margen para descargar mis golpes homicidas.

Una ira secreta se acumulaba en mi interior. Adiós mi día de descanso. La persecución del intruso llevaría ya su media hora o más, cuando el maldito se paró en el borde del lindo florero de porcelana que mi mujer adoraba porque era uno de mis primeros regalos cuando aun éramos novios. ¿Qué hacer? Yo amaba a mi mujer, respetaba su florero, odiaba mortalmente al moscardón. Confiando en la firmeza de mi pulso resolví dar un golpe seguro, medido, cuidadosamente calculado, más al aire que al moscardón para alejarlo del florero. Pero el desgraciado esta vez no se movió y la ira que en su contra me devoraba imprimió mayor fuerza de la precisa al matamoscas que des trazó al insecto y florero de un solo golpe.

Quedé abrumado con la catástrofe. Recogí los restos del insecto con un pedazo de periódico, los eché al basurero y luego me puse a recoger los pedazos de la linda porcelana. ¿Qué le diría a mi mujer? Felizmente el florero no se había quebrado en muchos fragmentos sino en seis grandes partes: era cizable.

Secando el piso y recogiendo las flores se me fue el tiempo. Serían las cinco. Me metí en la cama ya sin la menor esperanza de descansar. Instintivamente apreté el botón del televisor: reanudaban la vieja película en el instante que había sido suspendida, pero mi cólera por la batalla

contra el moscardón era tan intensa que ya no encontré encantadora a Deborah Kerr y hasta antipático a Robert Taylor. Una historia de Buzzatti se me antojó irreal, inaceptable. Para colmo tocaban música del disonante Bartok. Comenzaba a oscurecer, ya no podía deleitarme en el paisaje.

¿Qué genios malévolos me perseguían? Era la primera vez que mi crisis de reposo se convertía en un juego diabólico de preocupación.

Otra vez en cama fui recobrando la calma poco a poco. Ya no tenía el ánimo sereno y gozoso de la mañana, pero otra de las narraciones de Buzzatti era tan atrayente que me infundió confianza: podía terminar la jornada tranquilo. Seguía el relato con vivo interés cuando advertí que no podía proseguirlo porque por una falla de encuadernación se había repetido un pliego y la historia no terminaba dándose comienzo a otra. Me acometió una furia ciega, arrojé el libro desde mi lecho con tal fuerza que fue a romper un vidrio de la ventana lateral. ¡Dios santo! Qué desastre.

Me levanté para recoger los fragmentos del vidrio, tuve que salir al patio y después con algodones, como me enseñara mi mujer, a levantar las astillas vidriadas para evitar que pudieran dañar a los chicos. Invertí buen tiempo en ello.

Estuve tentado de no volver al lecho: ¿para qué si toda la jornada estaba aniquilada? Pero haciendo un esfuerzo de voluntad me introduje entre las sábanas. Respiré con fuerza y me apiadé de mi mismo: pobre iluso, creyendo hallar la calma sólo había tenido contratiempos. Era inútil ya leer o seguir oyendo música. La televisión daba las tontas figuras animadas de siempre. No me quedaba más remedio que meditar en las desdichas de ese día. ¿Por qué, por qué el día de descanso se había transformado en un día de tormentos? Nunca me sucediera nada igual. La cura de reposo había sido, siempre, una real cura de reposo, sin incidentes de ningún género. ¿O no tenía yo el derecho de descansar como todos?

La Biblia me devolvería a la serenidad. Estaba en una pequeña estantería, al otro extremo de la habitación. No creí necesario calzar las pantuflas —fatal error— y un trozo de vidrio me cortó el pie. ¡Mil demonios! No era tanto el dolor como mi furia por haber olvidado el vidrio roto. Acudí al botiquín del cuarto de baño, restañé la herida con mercurocromo, le puse una curita y otra vez a la cama. Una vez en ella acreció mi ira contra los poderes invisibles que habían destruido mi día de descanso. Agarré los libros y los tiré al suelo. El radioreceptor fue a estrellarse contra el ropero. Los dos termos volaron por el aire, no sé qué destrozos harían. Y al televisor le tiré una pantufla. La silla que contenía mi ropa fue también derribada.

Cuando mi mujer regresó con los niños preguntaba espantada:

—¿Pero qué te ha pasado:

De sólo verla se disipó la ira. Y todo confuso, vacilante, murmuré:

—Fue mi último día de descanso

EL TESORO

El Sebastián Condori era un indio listo y trabajador. Durante los días hábiles se desempeñaba como albañil y el sábado y el domingo los dedicaba al cultivo de sus tierras, ayudado por los hijos mayores. Tenía nueve vástagos y la Tomasa Mamani, su mujer, siempre hacendosa regía al hogar eficazmente, Los chicos iban a la escolita del pueblo, no debían quedar en simples campesinos, algunos alcanzarían a profesionales y esa sería la recompensa a sus esfuerzos para educarlos en ascenso a una clase superior.

No era tonto el Condori, sabía muchas cosas del ancestro que no se aprenden en los libros. Cuando estaba de humor — lo que no era frecuente — solía reunirse con los chicos en torno a la hoguera y los embelesaba, aunque casi todos tomaban esos relatos como leyendas o cuentos que según los maestros no podían considerarse en serio porque eran fábulas o invenciones de los antiguos. Pero los chicos escuchaban, sorprendidos, porque el Condori sabía transmitir con elocuencia esos relatos.

Cierta vez les habló del culto totémico, cuando los antepasados adoraban al puma, al oso, al halcón, al pez, al cóndor, a la llama, a la vicuña y al guanaco. No se sabe — les decía — si eso fue antes de adorar a Willka, el Sol, o al Pacha-Tata, el Señor de la Tierra o si sucedió después. Han pasado tantas, tantísimas lunas-la Pajsi, la Reina de la Noche es la que lleva cuenta del Tiempo — que se ignora en qué orden se pasó del culto al sol y a las montañas, al culto a los animales.

—¿Por qué hablas de lunas en vez de contar por años? — preguntó el Tomasito Condori, el menor de los niños;

El padre, impasible, repuso:

—Así siempre era, antes y para que no lo creyeran ignorante añadía:

—Ahora se cuenta por siglos, años, meses, semanas, días, pero los antepasados se manejaban por la Luna.

Le preguntaron cuál fue el animal más reverenciado por los antiguos. "El cóndor" —replicó el Sebastián Condori. Luego explicó que aunque debemos creer sólo en el Señor cristiano de los templos y en la Virgen María, su tatarabuelo, un amauta viejísimo le contó que en la familia de los Condori, apesar de ser católicos, se rendía un culto especial, hogareño, a la Karwa, la llama sustentadora y protectora de las familias. Por eso —agregaba— yo he formado con barro, con mis propias manos, esa llamita Que está en su hornacina. Ya sé que no es una divinidad pero si está ahí mirándonos con sus ojos inmóviles, puede alejar los males y traer bienestar, sobre todo el buen tiempo para las cosechas. Los chicos escuchaban con respeto: después, ya solos, se mofaban de la superstición del padre. La escultura de barro — era linda, sí— nada tenía que ver con los fenómenos naturales. Son abusiones, sentenciaba el profesor en la escuelita.

A los chicos les gustaban las narraciones del padre, pero no les daban mucho crédito, salvo en casos excepcionales cuando el Sebastián Condori se entusiasmaba con su propio relato, como aquella vez que les relató la historia del Pequeño Willka, un hombrecito que apenas se levanta sesenta centímetros del suelo, todo él revestido como de oro, refulgente, que casi no se puede mirar de frente porque hiere la vista. Es el Mensajero del Sol y aparece muy rara vez, en las cumbres solitarias, y sólo a personas elegidas entre muchos. Su aparición puede ser benéfica o terrible, pues lo mismo anuncia felices hallazgos que desgracias. Cuando la gran inundación del 73 que mató tantas gentes, el Pequeño Willka fue visto en una cima próxima al Mururata; y en otra ocasión, cuando la comunidad de Anco-Huma halló el tesoro que les permitió formar una cooperativa agraria y comprar tractores y otras maquinarias modernas, también el Pequeño Willka hizo señas a varios indios que cruzaban la alta cordillera del Nina Kollo. Si un niño es puro, rechaza los malos pensamientos, y se concentra en su mente puede ver al Mensajero del Sol que no habla pero transmite sus órdenes como si se trasladara dentro del que lo está viendo Ese niño elegido vivirá muchos años, será feliz y mandará en su comunidad. Pero es mejor no encontrarse con él porque pudiera ser que en vez de alegría traiga dolor...

"El viejo está soñando" —pensaba el hijo mayor, el Raimundo que no creía en el Señor del catolicismo ni en los antiguos dioses. El Tomasito, en cambio, creía en los relatos de su padre y era, como menor el preferido de! Sebastián Condori. La verdad es que, indio sabio, el Condori aparentaba querer por igual a sus nueve hijos esforzándose por disimular que el pequeño acaparaba sus cuidados.

Dentro de la pobreza del medio agrario y a fuerza de trabajos y economía el Condori tenía cultivados sus campos, dos yuntas de bueyes y hasta se dió el lujo de adquirir una bicicleta con la cual recorría los duros suelos del altiplano.

Conservando virtudes ancestrales la familia nativa se desenvolvía al modo patriarcal sujeta a la voluntad vigilante del padre; esposa e hijos le obedecían en todo reconociendo su sagaz dirección. Se trataba de una familia feliz si felicidad puede existir en la desolación altiplánica.

Pero como ninguna dicha es duradera, cierto día un camión quitó la vida al Sebastián y a la Tomasa Condori. Los nueve vástagos, a la antigua usanza, se repartieron los pocos bienes: los mayores los bueyes, otros los escasos muebles y la bicicleta. Al Tomasito le dejaron únicamente la llamita de barro. Todos seguirían viviendo juntos en la mísera vivienda, los dos mayores dejarían de ir a la escuela para atender las labores de labranza, y cada cual ya sabía qué le pertenecía sin derecho a disponer de lo que tocó a cada uno de los restantes.

Como la vida es la vida y las gentes las gentes, cualquiera que sea su extracción social, los hermanos y hermanas del Tomasito Condori no tardaron en hacerle sentir el rencor dorado por las preferencias del padre desaparecido. No que fueran crueles, mas si lo suficiente para demostrarle que todo privilegio de la minoría se había esfumado.

Una tarde que sus hermanos viajaron al pueblo y lo dejaron solo en la sayaña de los Condori, el niño indio estaba sentado en el poyo de la casita de adobes. Frente a él estaba la llamita de barro. Solía trabar diálogos mudos con ella —claro que preguntas y respuestas salían únicamente de su mente infantil — pero a veces le parecía que su progenitor lo miraba y le hablaba a través del pequeño animal.

Después de un largo soliloquio el Tomasito sintió que el hombre despertaba en su sencilla comprensión. ¿Para qué le darían sus hermanos el animalito de barro y de qué podría servirle? Basura, era basura en el fondo, no servía para nada. Y en un raptó de cólera alzó la pesada escultura y la estrelló contra el suelo. Del vientre roto brotaron numerosas monedas de oro, tal vez hasta un kilo de monedas de oro.

El Tomasito Condori escondió su hallazgo. Un día se fue a la ciudad, lejos de la sayaña y del pueblito rural, pudo educarse y ascender en la escala social, llegando a poseer un almacén de víveres.

Hizo reproducir la llamita de barro con un escultor. Ya no tenía la mirada que supo infundirle el modelado de su padre, pero no le remordía la conciencia porque si no hubiera destrozado la primitiva llamita ¿cómo habría progresado el Tomasito Condori?

EL ESPEJO

Pero lo admiraba lealmente, sin asomo de envidia. Verdad que no era escritor, luego no cabían emulaciones. Su adhesión era total: financiaba sus libros, estimulaba las críticas favorables, lo defendía tenazmente contra émulo y resentidos. Dámaso, el fecundo escritor, no contaba con mejor amigo ni con más ardiente partidario. Dedicado a las finanzas, Pedro poseía la cultura suficiente para dialogar con Dámaso Silentes, que lo superaba en talento creador mas no en conocimientos, pues Pedro Silvano había leído mucho, pensaba mucho y su mente alerta incursionaba en todo campo intelectual.

Un día que el escritor le leyó un ensayo, Silvano expresó en tono confidencial:

—Hombre, he llegado a la conclusión que tanto saber y tanta capacidad creadora, en ti, no pueden ser obra de un solo hombre...

—¡Cómo! —interrumpió Silentes — ¿Quieres insinuar que me valgo de colaboradores como Dumas?

—Nada de eso, bien sabes que mi fervor por tu obra es absoluto. Tú eres único como literato y todo lo que produces es fruto de tu ingenio. Pero... pero... hay otro aspecto en que tal vez no reparaste... He pensado que tamaña sabiduría y tanto arte no pueden ser resultado de una sola vida. Creo que en reencarnaciones anteriores tu fuiste, varias veces, un gran escritor...

Dámaso soltó una carcajada:

—Querido Pedro, no digas tonterías. Eso de que el alma transmigra y habita diversos cuerpos en distintas vidas es una pamplina. No creo en ellas.

Pedro se amoscó:

—No ha de ser tan absurdo como supones si cabezas geniales —Platón y Pitágoras por ejemplo —creyeron en las reencarnaciones que admiten varias religiones.

Dámaso lo miró sorprendido:

—¿Tu crees realmente en esas fantasías? Nunca habíamos tocado el tema.

—Si, creo en esas evidentes realidades. No te lo dije antes porque te sé católico y aferrado al mundo objetivo.

—Bien —cortó rotundo Silentes —respeto tus ideas, tu respeta las mías. Tu opinión me honra en exceso mas no creo en ella. (Soberbio como era sentenciaba). Soy sólo el hijo de mis padres, nadie influye en mi poder creador. Y basta.

No volvieron a tocar el tema. Pasaron varios meses. Al salir de una conferencia en la cual Silentes hiciera un paralelo entre dos pensadores contemporáneos advirtió que su amigo no seguía el hilo de la exposición. Picado en su amor propio —Dámaso era extremadamente susceptible— preguntó incisivo:

—¿Qué te pasa? Parecías muy interesado en la conferencia y ahora que yo la comento te huyó el interés...

—¡Oh, perdóname! Si, me abstraí pensando en esa frase del conferenciante cuando sostuvo que Platino también creía en las reencarnaciones.

—No leí sus obras, pero como todo pensador del tiempo antiguo, no sería extraño que fuese verdad que creyera en ellas. (Luego agresivo) ¿Y tú sigues preocupado por esos disparates?

Pedro lo miró fijamente y repuso tranquilo:

—No habría querido confirmártelo, pero si, no sólo creo sino que he experimentado varias veces la comunicación mágica con vidas anteriores.

—¿Y que viste en el espejo: un conde del siglo XVII, un frayle del medievo, un egipcio de la era de Sesostris?

—No te burles. Vi cinco de mis vidas anteriores. No puedo revelarlas porque eso atañe sólo al oficiante. Puedo avisarte en cambio, que es peligroso invadir el territorio de lo desconocido. Yo fuí iniciado por un sagaz Maestro ocultista y por ello pude evitar el abismo, porque se camina flaqueado por principios vertiginosos. Si no tienes fe en ello y no estás preparado abstente.

A Silentes le picó la curiosidad. Luego el orgullo tocó su carácter voluntarioso.

—Únicamente para demostrarte que no tengo miedo y que no requiero de preparación alguna, lo haría... Sin necesidad de iniciación la mente lo puede todo, incluso invadir tu famoso mundo invisible que no es sino parte de la naturaleza ignorada, o sea algo que la inteligencia puede conocer y dominar si se lo propone.

Conforme pasó el tiempo, Dámaso advertía que Pedro cambiaba visiblemente. Su genio alegre, comunicativo se fue haciendo reservado, hasta sombrío. Físicamente declinaba apesar de su juventud y de haber sido, siempre, sano y vigoroso.

Por fin pudo arrancarle una confesión. Se había adentrado profundamente en la búsqueda de sus vidas anteriores, descendiendo al abismo dos veces, no él, sino a través de una de sus reencarnaciones más lejanas; y la experiencia fue tan terrible —dijo— como si a la medianoche, en un cementerio solitario, los muertos se levantaran a decirte sus cuitas, contarán su drama individual, y te revelarían los secretos macabros que guardan las tumbas. Silentes exigió que el amigo se explicara mas éste se negó a darla. Estaba prohibido. Además no había perdido el cariño ni la admiración por Dámaso y le suplicó que no hablaran más del asunto.

Dámaso quería sinceramente al amigo, leal interlocutor durante tantos años. Le aconsejó que eludiera esos viajes a lo ignorado y que consultara a un psiquiatra.

—Sería inútil —replicó Pedro — la ciencia es impotente ante lo oculto.

Poco después Pedro parecía en un accidente ferroviario.

Silentes sintió el vacío de la ausencia del amigo. No encontraba un alma afín para sustituirlo. ¡Cómo habría querido escuchar nuevamente su voz, compartir confidencias! El ateo, el materialista, el escéptico sabían perfectamente que ello era imposible: lo muerto, muerto está. No hay comunicación entre el mundo vivo y el mundo de las sombras.

Un día, casualmente, conoció a un ocultista y éste le sugirió que buscara al amigo por medio del espiritismo que liga a los muertos con los vivos.

Le presentaron un profesor en ciencias psíquicas, hombre serio, de edad madura, cuya parquedad y respuestas precisas atestiguaban a un profesional alejado de toda charlatanería. La médium, una linda muchacha, rubia, de ojos verdes, entraba en trance fácilmente y daba la sensación inconfundible de permanecer en otro mundo — u otros mundos — cuando era interrogada por el profesor.

A Dámaso no le impresionaron las levitaciones de la mesita, — todo se hacía a media luz de modo que no cabían las supercherías — ni las preguntas y respuestas por la escritura automática. El espíritu de Dámaso no dijo nada revelador sino cosas comunes o evasivas que cualquiera sin estar iniciado en t espiritismo podría suscitar. Después de tres sesiones inocuas en las cuales no pudo establecer el contacto buscado, confesó llanamente al profesor:

—No saqué nada en limpio de las reuniones. Mi amigo no "vino" como usted me aseguró.

El profesor contestó con dureza:

—Leo en su mente. Usted no cree en los espíritus, no quiere creer. Su fuerte voluntad está tan penetrada en lo material que ninguna llave podría conducirlo a lo invisible. Le compadezco, jamás rasgará el velo de Isis y morirá ignorando las maravillas de lo oculto.

Silentes le dió la espalda y se dijo que nunca volvería a caer en la ingenuidad de las sesiones espiritistas. Pedro había muerto en cuerpo y alma y nunca volvería a verlo ni a tener la mínima sensación de esa "presencia sin presencia" de que hablan los soñadores.

Frisando en los cuarenta Dámaso creyó hallar la razón de su vida. Conoció a Cecilia Doumergue, una hermosa joven bastante menor, culta, inteligente, que parecía adivinar sus pensamientos. Sagaz, comprensiva, daba siempre el consejo oportuno. Sería la compañera ideal. Duró más de un año el noviazgo y ambos pudieron conocerse bien. Sí: casaría con Cecilia Doumergue.

Cuatro años de plena felicidad le dieron a Silentes dos niños y una esposa, a su juicio, incomparable.

Cierta noche, paseando en la terraza de su casa, Cecilia deslizaba con voz transida de ternura:

—Nos queremos y comprendemos tanto que aunque sé que tú te reíes de estas cosas, creo que nos hemos amado muchas veces en otras vidas...

Dámaso tuvo un estremecimiento:

—Qué raro —comentó— también mi amigo Pedro, el que tu no conociste y del que te hablé tanto, me dijo lo mismo: él pensaba que nuestra amistad era viejísima porque habíamos intimado en diversas reencarnaciones. Claro que yo no creo en esas cosas. No quiero ofenderte, pero lo que pasa es que nuestro amor es tan profundo que a ti te parece que tiene un soplo de eternidad (verdad que no existe la eternidad sino únicamente la ley de las transmutaciones incesantes). Te agradezco que pienses así. Yo creo que esta encarnación terrena, la única, es tan honda que podemos vivir cien vidas en una.

La confianza de la esposa y el recuerdo del amigo hicieron cavilar a Silentes. No que abjurara de su incredulidad en el espíritu sobreviviente, sino como si el roce de algo extraño hubiera perturbado su mente. "¡Tonterías! — se dijo — el amor de Cecilia me vuelve niño!"

Ella tuvo que viajar a Francia para visitar a sus padres y presentarles a los nietos: estaría un mes ausente. Recién supo Dámaso lo duro de la ausencia de los seres amados después de cuatro años de dicha. Por las noches no podía escuchar música porque faltaba la presencia de Cecilia. Ni leía tranquilo pues no tenía con quien comentar sus ideas. No iba al cine porque faltaba la mano en su mano que le infundía ternura. Hasta la T.V. se le antojaba fría en el vacío de la casa. Salía a pasear a la terraza y la falta de la voz amada le infundía un vago desasosiego.

El vacío producido por la ausencia de los suyos lo indujo a recordar la sugestión del amigo desaparecido: ¿por qué no buscar si haya no hay reencarnaciones? La pesquisa de las vidas sucesivas —claro que se trata de algo imposible— al menos lo distraería de la melancólica soledad que lo rodeaba.

Decidió intentar el experimento, más desconfiado que crédulo. Sentóse frente al espejo colocado entre dos velas. Apagó la luz eléctrica e intentó concentrarse en tiempos remotos. ¿Pudo ser otros, existía la reencarnación? Recordaba todo lo leído y escuchado. Quería ver, quería saber... El espejo le devolvería la imagen del ser que fué... Se concentró intensamente en esa idea, pero el espejo nada devolvió. Pasó una hora, dos tal vez... Las velas habían consumido casi la mitad de su esperma. Su vista, fatigada, no veía nada que no fuera su propia cara en el espejo. A veces se le nublaban por la fijeza del esfuerzo visual. Cruzaban sombras vagas, sin forma, fugacísimas, debidas al esfuerzo del mirar pero sólo recogía su propia imagen. ¡Bah! Simplezas, ni había reencarnaciones ni el espejo devolvería nada. Se fué a dormir decepcionado.

Al día siguiente confió a un conocido su fracaso y éste le espetó vivaz:

—Apostaría que hizo usted la experiencia sin creer en ella.

—Así fué.

—Entonces no se queje. Nunca un incrédulo llegó a la verdad oculta.

La segunda noche, después de haber trabajado la mente porfiadamente en la idea repetida —“debo creer, debo creer”... — ¿y por qué no podrían ser ciertas las reencarnaciones? Silentes volvió a colocarse frente al espejo entre dos velas encendidas. Tampoco sucedió nada extraordinario, no vió otra imagen que la suya, pero sintió que de tanto en tanto recorrían su cuerpo extraños estremecimientos antes jamás sentidos, como si estuviera a punto de producirse algo inesperado... Aparte de esas corrientes súbitas y huidizas, que lo electrizaran por dentro, no ocurrió novedad. Pero ya la curiosidad lo tenía enredado en sus redes. Esos estremecimientos internos, esa como corriente eléctrica que lo sacudiera intermitentemente, debía presagiar la visualización esperada. Volvió pues a la tercera noche ya más animado, casi convencido que alcanzaría su propósito de desvelar el pasado de su propia vida.

Le era más fácil o menos difícil concentrarse. A la estancia silenciosa no llegaba ruido alguno. Clavado el mirar en el espejo pensó ahincadamente que vería otra imagen, otra imagen distinta a la de su propia fisonomía. Después de largos minutos tal vez una hora de espera, le pareció sorprender sombras en el espejo, ya no vagas e informes como en la noche anterior, sino formas más o menos concretas. Sobre un fondo oscuro, medio en penumbra, le pareció que desfilaban figuras borrosas, algo así como antropoides, de largos brazos y columnas inclinadas. Influencia probablemente de un libro de antropología sobre los orígenes del hombre que estuvo leyendo por la tarde, pues ninguna de las figuras borrosas que pasaron por el espejo mostró el rostro.

Desalentado, Silentes pensó abandonar el experimento. Después de varias sesiones sólo llegaba a una zona oscura, de formas vagas, sin el menor asomo de una cara que pudiese caracterizar a un ser humano.

Dejó pasar algunas noches. La víspera del regreso de su mujer, volvió la inquietud a su espíritu. ¿Por qué no hacer la experiencia final, la última? Se concentraría poderosamente. Ayunó ese día y se propuso, con toda la fuerza de su carácter, alcanzar ese límite remoto de las vidas pasadas que otros habían alcanzado. Estuvo mucho tiempo entre las dos velas encendidas mirándose fijamente en el espejo. Nada sucedió. Cansado de contemplar su propia imagen se esforzó por suscitar caras, líneas, figuras distintas pero el espejo permanecía inmutable devolviendo sólo su propio rostro que se iba tornando adusto por la intensa concentración y la extenuante espera. Nada. De pronto lo sobrecogió una furia ciega. “¡Malditas vidas pasadas y maldito el que inventó este absurdo retroceso en el tiempo!” Sombras espesas cruzaron por el espejo, algo así como un rayo rojo de luz vivísima brilló un instante. Le pareció que el suelo vacilaba. Todo muy breve, fugacísimo y tornó a la situación anterior: nada. Siguió mirando el espejo por algunos minutos más hasta que convencido de que sólo había sufrido un desvarío de la mente por la fatiga visual abandonó el experimento jurándose no incurrir en semejantes burradas; si, porque sólo a un burro se le ocurre querer indagar en eso de las supuestas vidas pasadas.

Regresó Cecilia a casa y con ella retornó el equilibrio. Las risas de los niños, sus negocios, las excursiones por los cerros, y los libros de divulgación científica poblaron sus días. Solía soñar de vez en cuando con Pedro que le hablaba en una lengua incomprensible y lo miraba con tristeza. Dámaso Silentes volvió a su vida normal de hombre activo, práctico, nada soñador. El espejo de tres lunas sólo le servía para afeitarse.

No quiso confiar a la esposa sus fracasadas experiencias de modo que ella las ignoró. Mucho tiempo después —¿dos, tres años? — Cecilia le confiaba, medio temerosa:

—Sé que tu no crees en estas cosas... pero, pero mi cuñada Mari-Juana dice que, que... ha hecho el experimento nocturno frente al espejo y que... ha visto cuatro de sus vidas pasadas...

Silentes se irritó:

—Mari-Juana es medio boba. Son sus invenciones.

—No, me ha descrito minuciosamente las imágenes que le devolvió el espejo: Una la espantó, era muy fea y las otras tres la tranquilizaron. Dice que tuvo tres vidas anteriores felices.

—¿Y no te hizo ver lo que ella veía?

—No —repuso Cecilia — parece que eso sólo puede hacerlo la persona que busca en el pasado y sin testigos.

—¡Bah! Te ha embaucado. Los espejos sólo devuelven la imagen del que lo mira.

No se habló más del asunto pero en el alma de Dámaso estaba clavada la espinita del amor propio. ¡Cómo! ¿La boba de Mari-Juana podía vencer en el experimento en el cual él fracasara? ¿De qué servía, entonces ser más inteligente, más sensible (porque él la aventajaba sin duda), tener, sobre todo más fuerza de voluntad si un ser inferior puede llegar allí donde nosotros no alcanzamos?

En su oficina, en el lavado, tenía también otro espejo de tres lunas para afeitarse en los casos de apuro. Se proveyó de una mesa, de dos grandes cirios, explicó a Cecilia que volvería a la madrugada porque tenía una reunión con un amigo astrónomo con el cual escudriñarían el cielo.

Ya no lo impulsaba la mera curiosidad, el deseo de saber si hay o no otras vidas, sino el sentimiento herido de haber sido sobrepasado por la débil mente de una débil mujer. ¡Pero si Mari-Juana ni sabía razonar bien! Era torpe, su habla confusa, tenía una mentalidad ingenua. Tampoco la creía capaz de inventar cosas imaginarias. Poseído por el ansia de superar a la cuñada de Cecilia se propuso, esta vez con todas las energías de cuerpo y de alma debe lar el enigma: el espejo le diría si se puede o no se puede hacer resurgir las caras de supuestos seres anteriores a si mismo.

Los cirios ardieron con llama clara. El espejo le devolvía su propio rostro sereno, firme, penetrante la mirada. Comenzó esforzándose en limpiar su mente ahuyentando las imágenes vistas o recordadas; que nada le recordara efigies de libros, revistas o filmes, pues sabía que muchas veces, creyendo ver rostros desconocidos la mente proyecta de fondos insondables el recuerdo de algo visto en épocas lejanas y que uno mismo tenía olvidado. No es fácil pero tampoco imposible poner la mente en blanco.

Después de larga contemplación observó que se iba desdibujando su cara en el espejo, primero una faz confusa, luego indecisa, hasta que finalmente ya no se veía en la superficie especular. Tuvo un sobresalto de alegría: por primera vez había logrado que su rostro desapareciera del espejo.

Siguió mirando intensamente, intensamente...

Surgieron manchas blancas del espejo, primero borrosas, luego más nítidas, a manera de nubes andariegas. Pasaban, pasaban... Se iba cansando de ver sólo eso: manchas o nubes que se deslizaban mansamente. "Poner la mente en blanco para terminar en esta blancura interminable es estúpido" —pensó y al instante las manchas blancas se despejaron dando paso a un paisaje sombrío, monstruoso, con precipicios y filos rocosos, un paisaje muy quebrado, de orografía tempestuosa como si la tierra estuviera saliendo de una gran convulsión geológica. Ni árboles ni gentes, era algo pavoroso que infundía miedo, una soledad fatídica. Luego sobrevino un río

turbulento que se despeñaba vertiginoso entre dos altísimos farallones. Después apareció una linda llanura en la cual se desplegaban grupos de jinetes lujosamente ataviados. Vió todavía una escena de batalla con armas primitivas, de hombres que se batían cuerpo a cuerpo, ferozmente, sin cejar en su mutua destrucción. Miles de hombres trabajaban afanosamente en levantar una torre colosal que se alzaba hacia las nubes por un lado y se desmoronaba por el otro. Creyó asistir al hundimiento de un gran navío y recoger los gritos desesperados de los náufragos. Una cabaña alpina sobre la arista misma de un nevado, sucedió a las escenas de gran movimiento. Después una llanura de nieve con osos y focas. Y una gran sala donde hombres encapuchados juzgaban a otros que protestaban angustiosamente su inocencia. Y una ciudad muy antigua de edificios extraños con puentes colgantes y rústicos por los cuales transitaban gentes raramente ataviadas.

Mareado por la sucesión de escenas tan diversas, Silentes creía asistir a un cine fantástico que proyectaba paisajes y cosas muy diversas, sin que se precisara rostro alguno próximo ni definido. Era un cosmorama movido y cambiante.

Cerró los ojos y se concentró pidiendo con ardor que se asomara al espejo una cara cercana, fuese o no fuese parecida a la suya, alguien que se caracterizara claramente como saliendo de la gran confusión de escenas sucesivas. Al volver a abrirlos el espejo le devolvió un fondo oscuro, oscurísimo que oscilaba a la llama tambaleante de los cirios. Así un tiempo más o menos largo, hasta que poco a poco sobre el fondo negro se fue dibujando la silueta de un ser de espaldas. Era un cuerpo corpulento, de cuello corto y espaldas macizas. Dámaso quería verle la cara pero el otro movía la cabeza como negándose a complacerlo. ¿Qué sería, quien sería?

Silentes concentró toda su fuerza de voluntad, en realidad ordenaba al espejo que hiciera dar vuelta al ser desconocido y le obligara a mostrar su faz. Lentamente con movimientos desesperados que evidenciaban su resistencia a complacerlo la figura fue girando hacia él y se proyectó en primer plano revelando sólo la inmensa cabeza disforme. Ni mono ni antropeide, nada entrevisto ni imaginado en su memoria visual. Era una cabeza semiredonda, más bien achatada, de pequeñas orejas, gran nariz, con dos ojos malignos y un tercero en la frente que miraba impasible. En vez de cejas dos surcos sangrientos de carne viva. Carecía de pelambre y su piel repulsiva era una masa gelatinosa que palpitaba con fatiga. "Un monstruo" —pensó Dámaso como no lo podrían imaginar Doré ni Delhez. ¿Pero qué tenía él, Dámaso Silentes, que ver con esa cara fatídica?

Aterrado vió como el monstruo abría la bocaza proyectando dos terribles incisivos. "Si fuera real me devoraría" —se dijo. Mas su terror subió de punto cuando los ojos malignos lo miraron con expresión familiar... ¡Cómo, esa mirada... ese ceño... esa expresión astuta tan conocidas! El espíritu que alentaba detrás de esos ojos era el suyo... El monstruo era él mismo... En una vida pasada él, Dámaso Silentes, había sido un ser de especie desaparecida en los tiempos geológicos, o el habitante de otro planeta, o quien sabe que lejanísima y horripilante existencia animal... Porque sí, la cara detestable, tan distinta en los rasgos, tenía su mirar penetrante, la misma sonrisa, el mismo gesto adusto cuando estaba preocupado, y los ojos malignos lo contemplaban con una fuerza de posesión que parecía brotar de su propio espíritu. Se negó a admitirlo: no podía ser, no podía ser... el pulcro y civilizado Dámaso Silentes ni retrocediendo en los evos podría degenerar a ese rostro repugnante que lo llenaba de espanto. No podía ser...

La última visión que tuvo Dámaso fue la del monstruo que abandonaba el espejo y lo estrechaba en un abrazo mortal que le cortaba la respiración.

—Ha sufrido una conmoción terrible dijo el cirujano a Cecilia cuando se lo llevaba a la casa. Cuídelo mucho, reposo absoluto de varias semanas y sobre todo que no vuelva a intentar esas experiencias peligrosas que han vuelto locas a muchas personas.

—Pobre hombre —comentó el médico ayudante. Parecía que le habían sorbido el alma cuando llegó a la clínica.

EL BESO

Convicto y confeso el preso político fue condenado a seis meses de confinamiento a un lugar lejano. El Jefe de Policía, hombre hosco, inmune a sentimentalismos, se limitaba a cumplir estrictamente las órdenes superiores. Tenía su conciencia limpia, trataba con humanidad a todos pero hacía que se ejecutaran implacablemente las disposiciones del Ministro del Interior; era éste quien sentenciaba las penas.

Existía la costumbre de permitir que los familiares se despidieran de los que partían al confinamiento. El Jefe de Policía, en consecuencia, asistió a la despedida del preso político, su mujer y sus seis hijos. Habitado a tales escenas no se conmovió. A la salida de la celda, mientras se encaminaban al portón de hierro, aseguró a la mujer que su marido sería bien tratado, que podría escribirle y enviarle ropa o víveres si fuera necesario.

La mujer lo miró angustiada:

—Señor —imploró —¿no podría usted perdonarlo? Es la primera vez...

—Yo sólo cumplo órdenes —repuso secamente —si me traen una orden escrita del Ministro del Interior inmediatamente lo suelto.

"El Ministro del Interior —pensó con amargura la mujer— ni siquiera se había dignado recibirla".

Al llegar al portón los seis niños exclamaron en llantos y ruegos. El Jefe de Policía alzó los hombros: nada podía hacer, lo sentía mucho. Los cinco niños mayores gimoteaban y murmuraban su pena. La niña menor, una morenita de seis años y mirada muy seria no abrió los labios ni lloró.

El Jefe de Policía la miró extrañado:

—Vamos pequeña: ¿y tu qué dices?

La niña lo miró y en tono grave dijo:

—Yo sólo quiero que cada noche, antes que se duerma, le dé usted un beso en la frente como yo lo hago.

El Jefe de Policía pensó en su pequeña Mónica que no podía dormir antes de recibir el beso paterno. Un rayo de ternura desconocida le atravesó:

—Llévate a tu padre, niña —repuso— y escóndanlo seis meses en la casa porque si no me confinan a mí.

El preso político se alejaba rodeado por su mujer y los seis niños que saltaban como corderillos gozosos.

El sargento de guardia pensaba: mi jefe se está haciendo viejo. Pronto lo cambiarán.

EL VALEROSO SEÑOR WALDEMIRO

Claro que soy un hombre raro. ¿Y quien no lo es? Sólo que la mayoría esconde sus rarezas y defectos y otros los confesamos abiertamente porque no hay motivo para ocultarlas.

Si digo, por ejemplo, que sólo duermo con el saco del pijama puede ser motivo de mofa. Pero es así: los pantalones sólo sirven para calentarme al entrar a las frías sábanas: después me molestan, me los saco y los confino al fondo del lecho.

Lo que quiero contarles es que yo, él tímido señor Waldemiro, que jamás tuvo una pelea a golpes en su vida, que suele evitar discusiones y huye de los tumultos, en la cama me convierto en un tigre. Aquí si que nadie me manda, nadie me infunde miedo, puedo gritar y mandar a mi antojo. Suelo acostarme temprano para poder leer, traigo el teléfono cerca y contesto cuando me da la gana; si estoy de humor, atiendo la llamada, si se me ocurre no responder pues no respondo. ¡Qué diferencia de la oficina donde estoy obligado a contestar sin remedio. Pero en la cama soy dictador absoluto. "El pañuelo ¿dónde está el pañuelo?" Alzo la voz: "¡Maldito ¿dónde te has metido"? El pañuelo no aparece. Entonces saco el pecho en postura napoleónica, ahueco el tono de mis palabras y amenazo perentorio: "Desgraciado: si no te presentas de inmediato, cuando te encuentre te rasgaré en mil pedazos". Naturalmente el pañuelo aterrorizado no tarda en asomar compungido detrás de un rincón de la almohada. Parece que quiere explicarse: "aquí estoy patrón". No le permito excusas. Lo uso y luego lo arrugo desdeñoso bajo la almohada. ¡Oué agradable es sentirse fuerte y obedecido aunque sea por un mísero trapo!.

Otras veces las discusiones son con los libros: tengo siempre varios en la mesa de noche, leo un capítulo de cada uno. Cambio constantemente las obras y suelo confundirme al separar uno u otro. Me había propuesto leer las Memorias de Ultratumba de Chateaubriand, pero como el color de las pastas es similar, en realidad he cogido las Comedias de Plauto. Me da flojera levantarme y cambiar el libro. Castigo a Plauto y no lo abro esa noche. Todas las obras de mi biblioteca saben que las quiero y las cuido amorosamente: mas si no estoy en vela insulto a los queridos autores, me salto páginas enteras, y contradigo sus juicios por sabios que aparenten con lapidarios subrayados en azul y rojo. ¡Oué! ¿Acaso los clásicos tendrán siempre la razón? Y los best-sellers ¿tiene que ser siempre interesantes? En la cama soy el magíster iracundo. Humillo talentos y doblego sabidurías. ¿Acaso Goethe no puede equivocarse y Cervantes no cometió buenos gazapos? Es en el lecho donde se descubren mejor las fallas de los grandes. Mis libros, mis autores saben perfectamente que yo, que los leo con devoción y humildad durante el día en la cama me convierto en Garante inexorable: los trato con dureza, con severidad, porque mi reino nocturno es inflexible.

Podría contar muchas incidencias de mis percances en la cama, percances de los que siempre salgo vencedor, por supuesto, pero prefiero detenerme en el famoso caso de las medias de lana las más amadas y las más odiadas de todos los habitantes de mi cama, porque ellas me deparan el mayor placer y me retan a los mayores desafíos, siendo, en verdad, las más tenaces y mañudas combatientes que es dable imaginar.

Porque sucede que como carezco de calefacción y de estufas en casa, sólo atino a calentarme poniéndome las gruesas medias de lana —mil veces remendadas pero insustituibles— y los pantalones del pijama. Sucede que a los diez o quince minutos, cuando ya he convertido las gélidas sábanas en cálido refugio para mis miembros, los pantalones del pijama y las medias de lana me resultan oprimentes. Me despojo de ambos y los empujo al fondo del lecho, allí donde no llegan mis pies. Sumido en hermosas lecturas y en severas correcciones, a veces no me doy cuenta que he leído tres y cuatro horas. Vuelvo a sentir frío en pies y piernas: necesito volver a ceñirme por unos minutos los pantalones del pijama y las medias de lana. Una vez entrado en calor volveré a desterrarlos inexorablemente. Es fácil dar con el pantalón del pijama, al fin y al cabo grande, uno solo, que no puede esconderse fácilmente, pero las condenadas medias de lana, femeninas y dos para mayor desventura se emboscan con tal destreza que suelo tardar más de la cuenta en dar con ellas después de haber agotado mis palabrotas de mando, de ira, y mis búsquedas exploratorias.

El caso es que cuando me pongo a buscarlas después de dos o tres horas de haberlas confinado al olvido las muy taimadas no aparecen por ninguna parte. Porque lo cierto es que la cama, aunque no nos demos cuenta, tiene mil pliegues, hendiduras, rinconcitos secretos, grutas

misteriosas, descansaderos incógnitos que pueden ocultar muchas cosas especialmente las que más buscamos. Si contara todas las jugarretas que me hicieron las medias de lana en tantísimas noches de persecución para reencontrarlas después de haberlas arrojado ominosamente de mis pies... Sería de no acabar, basta decir que se daban buena maña para aparecer una y hacerse invisible la otra cosa que me desesperaba pues yo, dictador implacable, estaba habituado a ser obedecido de inmediato por todos los habitantes de mi lecho.

La batalla memorable de la que les voy a dar cuenta aconteció el 7 de julio de 1977, día inolvidable porque después de 30 años de jugar a la lotería me saqué el segundo premio 50.000 pesos, suma fabulosa que no ganaría en tres años de trabajo. Resolví festejarla en grande. Me compré el Napoleón de Ludwig el Bolívar de Mansur, el Alejandro de Droysen. Cené opíparamente en el mejor hotel de la ciudad, pedí un habano y un buen cognac y abajo, en el bar, adquirí una media botella de champagne francés: lo saborearía lentamente, sorbo a sorbo, mientras me deleitaba en las proezas de mis héroes.

Ahora podría adquirir un televisor, mejores trajes, y hasta podría cambiar las viejas medias de lana por una bolsa eléctrica para calentar los pies. Me avergoncé de esta última idea: ¡jamás! nunca renunciaría a mis amadas y detestadas compañeras de tantos años y tantas batallas libradas ferozmente, a través de las cuales había templado mis dotes de carácter y afinado mis condiciones de buscador de lo escondido.

Libros caros las tres biografías ¡Y qué placer poder contar con ellos!

Ya dije que soy un hombre raro. Puse la botella de champagne en el velador. Leo muy rápido, así que saltando de libro a libro, y capítulo por capítulo, creo que llegué a devorar un tercio de cada uno de ellos. Batallas, generales, conspiraciones, proezas, proclamas, estandartes sangrientos, tambores marciales cruzaban por mi mente. Luego el licor encendía mis venas. Resolví, por esa noche, subir de dictador a emperador. Mi cama era de Europa, América y Asia a la vez. Mis conquistas sin fin, mis hazañas sin término. ¡Guay del que se atreviera a desobedecerme!

Satisfechísimo miré el reloj: ¡diablos! las dos de la madrugada. Mis pies reclamaron la atención del emperador, sentían frío y añoraban el contacto de las queridas medias de lana. ¿Dónde se habrían metido las cuitadas? Me puse el pantalón del pijama y a buscar a las extraviadas. Esta vez resolví poner en juego todo el poder de mi imaginación y los recursos de mi ciencia militar.

Lancé primero a la búsqueda los cinco-regimientos de mis bravos coraceros de la guardia —mi mano izquierda— que recorrieron infructuosamente todo el sector siniestro del campo de batalla. No hallaron nada. Acudí entonces a los cinco batallones de mis granaderos a caballo —mi mano derecha— que batiéndose valerosamente exploraron todo el sector aun no batido de la pelea. Volvieron rendidos, exhaustos, sin haber dado con el rastro de las desaparecidas. Lancé entonces mis dos compañías acorazadas —las plantas de mis pies— las que centímetro por centímetro recorrieron todo el campo de fuego sin hallar tampoco nada. Ya molesto por la invisibilidad de mis adversarios que como los partos me arrojaban las flechas de sus burlas y escapaban a mis huestes, acordé tomar personalmente la ofensiva. ¿No hicieron lo mismo Alejandro en Arbelas, Napoleón en Arcole, Bolívar en Araure?

Si: cuando la batalla está en peligro, al modo antiguo, al modo clásico sólo queda una salida: el general debe encabezar a sus huestes. El tigre que me habitaba dentro de la cama se lanzó intrépidamente a la pelea: era yo una bestia feroz y un gran guerrero a la vez. Inútil sería describir cómo maniobré mis tropas y mis máquinas bélicas: regimientos de infantería, nidos de ametralladoras, morteros, grupos de tanques, sí creo que hasta aviones y helicópteros se movían furiosamente en el campo agitado entre las dos sábanas, y yo, exasperado, general y combatiente múltiple a un tiempo, rugía, maldecía, disparaba mis armas, me abría campo a zarrazos removiéndolo todo, todo, metiendo cabeza, manos, pies, tronco, el cuerpo todo en la furiosa búsqueda. Cómo podía ser posible que dos estúpidas medias de lana pudieran burlarse de

todo un ejército irritado en su búsqueda, de un tigre hambriento, de una furia desatada en su persecución?

Prendí la luz de la lámpara. Luego, saqué la linterna. Por último, ya semiagotado por la violenta exploración tiré al suelo mantas y frazadas: nada, no había ni rastro de las desaparecidas. Tomé aliento y reanudé el combate, persuadido que con violencia vengativa nada se gana. Reflexivamente, calmadamente agité frazada tras frazada, sábana por sábana, levanté la almohada, mi linterna auscultó el suelo escrupulosamente. Nada. ¿Hay fantasmas que hacen desaparecer las cosas o con ellas mismas seres etéreos que se desvanecen y reaparecen a voluntad?

Dí vuelta al colchón. Tendí mi cama despaciosamente sin dejar resquicio, pliegue ni vericuetos por examinar, las dos enemigas no estaban ciertamente en mi lecho ni en el suelo, ambos minuciosamente recorridos. Ya estaba por declararme vencido —cosa jamás ocurrida en el reino de mi cama— cuando arrojé descuidadamente una ojeada a mis zapatos: allí en uno de ellos, asomaba con lengua burlesca una de las medias grises. ¡Por fin, ya podía estrangular a la maldita! seguramente la otra andaría por allí cerca. Pero no fue así. Examiné hasta lo alto del ropero, la cómoda, el piso debajo del sofá. Linterna en mano y con auxilio de la luz central que iluminaba todo inspeccioné todo el cuarto. Nada. La segunda condenada no estaba. Entonces me atacó el segundo acceso de ira irracional, recompuse mis huestes, desperté nuevamente al felino y a plena luz artificial volví intrépidamente a la carga, deshice mi lecho trabajosamente arreglado, desgarré las sábanas, bufé, vociferé, maldije a mi suerte y a las medias de lana sin considerar a la que ya estaba prisionera en mi pie izquierdo. El derecho, semicongelado, protestaba como las huestes de Bonaparte helándome en las márgenes del Beresina. ¡Qué invierno ruso ni qué retirada sobre los hielos! Una noche de invierno en La Paz y una hora de búsqueda infructuosa de una media de lana puede congelar al hombre más audaz.

La segunda batalla resultó tan adversa como la primera. Los regimientos del ala derecha —mi pie sin media— protestaban y me insultaban sin respeto al grado de generalísimo otorgado por mi real jerarquía de Señor Único en el reino de mi cama.

Estuve a punto de alzar bandera blanca y rendirme pero el pundonor militar, una larga tradición de victoria jamás vencida en mis dominios de reposo, lo impidieron. Sentí deseos de llorar. ¿Que los hombres nunca lloran? Mentira, todos lloramos, sólo que unos lo esconden y otros no pueden disimularlo. Llorar no por cobardía, sino por ira, por impotencia, por haber perdido el derecho de soberanía en el reducto más íntimo más sagrado, más inviolable del ser humano: la propia cama. Pero no lloré. Como buen felino masqué mi rabia. Sin sacarme la bata azul me recosté apoyado en la gran almohada como si fuera a leer. En realidad recuperaba las fuerzas y meditaba sobre lo míseros y frágiles que somos: una simple media gris de lana puede derrotarnos ignominiosamente...

Era inaudito pero desgraciadamente era así. La segunda media de lana se había hecho humo. Media hora más de búsqueda me demostró lo inútil de mis esfuerzos. Hay un duende que se roba lo que buscamos... Me disponía a apagar la luz de la lamparilla, todo vencido, acongojado, tomé el pañuelo para limpiarme el sudor de la frente y del cuello y en éste semioculto en los bordes del pijama estaba la segunda de las condenadas.

Mi tercer estallido de furor fue el más terrible. Me levanté, cogí los fósforos y allí mismo quemé en la hoguera a las dos condenadas medias grises, ahora combato el frío en los pies con unas medias coloradas cuidadosamente amarradas con largas cintas a los extremos de mi cama. Y he vuelto a ser el valeroso señor Waldemiro nunca contradicho, siempre respetado, temido y obedecido en los soberbios dominios de mi lecho nocturno.

LAS TRES MARÍAS

—Quiero ser la persona más poderosa del mundo — dijo el hombre. Y al punto se vió transformado en el Emperador de setenta países con ochocientos millones de habitantes, inmensas riquezas y sus necesidades y problemas. Pero sus deberes resultaron mayores que sus placeres y hastiado renunció.

—Quiero ser el hombre más rico del mundo —dijo otro. Alcanzó a dominar los tesoros de la mitad del planeta. Pero la codicia de tener más y el temor de perder sus bienes turbaron sus noches. Y se deshizo de sus fabulosas riquezas para recuperar la placidez de una vida tranquila.

—Quiero ser la más bella del mundo —dijo una mujer. Y fue admirada por todos y codiciada por muchos. Mas mantener su primacía le costaba tales sacrificios y privaciones físicas y además sentíase mordida por la envidia y por los celos. Entonces se despojó de su belleza y volvió a ser una persona de atractivo moderado.

—Quiero ser más inteligente que el más sabio de los hombres — dijo otra. Y absorbió tantos conocimientos y descifró tales misterios que fue tenida por portento de sabiduría. Pero el mucho saber y el exceso de sabiduría aparejaron el dolor de comprender y la tristeza de lo vano, por lo cual desestimó su inmenso intelecto y retornó a ser una mujer de sentimiento.

Quiero tener la tienda de juguetes más grande del mundo —dijo un niño. Y fué complacido: vióse en una tienda grande como una ciudad, inmensa de corredores y estanterías colmadas de los más raros y hermosos juguetes. Pero eran tantísimos que el niño comprendió que jamás llegaría a conocerlos ni siquiera por la simple vista. Y desengañado volvió a sus pocos y gastados juguetes que le devolvieron la alegría.

Quiero ser el mejor atleta del mundo —dijo otro. Primero fue feliz, vencía a todos en las disciplinas deportivas. Nadie lo alcanzaba ni de lejos. Pero luego se cansó de no tener competidores y sus victorias resultaban vanas. Pidió retornar al estado de un atleta común y el poder combatir con otros y el esfuerzo personal le devolvieron la paz.

—Yo sólo le pido al Señor que me deje contemplar todos las noches las estrellitas de las Tres Marías —dijo una jovencita. Una representa el reino del entusiasmo que lo mueve y hermosea todo; otra el reino de los recuerdos que enaltecen la vida y evocan los felices días antiguos; la tercera expresa el reino de la Esperanza que enriquece los días y promete un mañana mejor.

Y esta jovencita fue la verdaderamente dichosa porque los valores espirituales superan a todos los tesoros de la tierra. Y las Tres Marías abren las puertas de la dicha a todo aquel que sabe ver y conversar con las estrellas.

OBRAS PUBLICADAS DE
FERNANDO DIEZ DE MEDINA
1928 - 1989

LA CLARA SENDA poemas 1928.
IMAGEN poemas 1932.
EL VELERO MATINAL ensayos 1935.
EL ARTE NOCTURNO DE VÍCTOR DELHEZ biografía 1938.
FRANZ TAMAYO HECHICERO DEL ANDE biografía 1942.
THUNUPA ensayos 1947.
PACHAKUTI política y polémica 1948.
SIRIPAKA política y polémica 1950.
NAYJAMA introducción a la mitología andina 1950.
LIBRO DE LOS MISTERIOS teatro simbólico 1951.
LITERATURA BOLIVIANA historia y crítica 1953.
SARIRI ensayos 1954.
LA ENMASCARADA narraciones 1955.
THUNUPA con 12 trabajos nuevos -ensayos 1956.
7 MENSAJES A LOS ESTUDIANTES 1956.
PALABRAS PARA LOS MAESTROS 1957.
FANTASIA CORAL ensayos 1958.
EL ARQUERO fragmentos filosóficos y literarios 1960.
SUEÑO DE LOS ARCÁNGELES ensayos 1961.
BOLIVIA Y SU DESTINO ensayos 1962.
EL ALFARERO DESVELADO ensayos 1964.
DESDE LA PROFUNDA SOLEDAD ensayos 1966.
CUADERNO DE VIAJES dos años en Italia 1968.
MATEO MONTEMAYOR novela 1969.
OLLANTA EL JEFE KOLLA tragedia 1970.
LAÚDES A LA ESPOSA MUY AMADA prosa poemática 1971.
EL GENERAL DEL PUEBLO biografía 1972.
EL GUERRILLERO Y LA LUNA narraciones 1972.
LA TEOGONÍA ANDINA mitos en forma de rapsodia 1973.
IMANTATA, LO ESCONDIDO para una teoría de Bolivia 1975.
ENSAYOS ESCOGIDOS SOBRE TEMAS NACIONALES 1975.
CELADOR DE ESTRELLAS poemas 1976.
EL EXILADO Y LA CIUDAD INSÓLITA poemas 1976.
EL HALCONERO ALUCINADO poemas 1976.
EL BUSCADOR DE DIOS novela 1977.
LA MARCHA HACIA EL MAR conferencias y artículos 1979.
EL ATLANTE Y LA REINA DE SAMOS novela 1979.
DEL ESCRITOR Y SUS CAMINOS fragmentos filosóficos y literarios 1980.
COPAKAWANA novela 1980.
CARTAS A UN JOVEN DE QUINCE AÑOS 1980.
BOLÍVAR, NUESTRO PADRE ensayo de interpretación 1983.
EL CÓNDOR BLANCO novela 1984.
TIWANAKU CAPITAL DEL MISTERIO ensayos 1986.
MARIA MONTEVELO novela 1987.
LA NOCHE ES JOVEN TODAVÍA narraciones 1989.

Nota del Editor – El escritor dirigió personalmente la edición y diseño de las portadas de cada uno de sus libros, el último lo publicó un año y ocho meses antes de su fallecimiento.



OBRAS INÉDITAS DE FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Estas obras se publicaron por el editor Rolando Diez de Medina, en edición tipográfica y digital: Cartas Escogidas con Víctor Delhez, los demás solamente en edición digital al conmemorarse el centenario de nacimiento del autor 20 de enero de 2008 en el portal Academia Andina de Bellas Artes "Fernando Diez de Medina" www.acanbart.org hoy ANDES Academia del Conocimiento y el Desarrollo "Fernando Diez de Medina" www.andesacd.org

1974 - 1990

ORFICUS Y LA SEÑORA novela.
EL SECRETO novela.
UNA MISTERIOSA JOVENCITA novela.
NADA MAS QUE LA VERDAD notas políticas y biográficas.
DEL FUGITIVO PENSAR notas políticas y biográficas.
LIBRO DE LAS IDEAS diario íntimo –volumen I.
LIBRO DE LAS IDEAS diario íntimo –volumen II.
CRÓNICA DE LOS ANTEPASADOS.
CARTAS ESCOGIDAS CON VÍCTOR DELHEZ.
KURMI (el arco iris) o el diálogo con la Patria.
ENSAYOS CREPUSCULARES.
BEULAH poemas.
ÚLTIMOS POEMAS.
EL IMPERIO QUE SUCEDIÓ AL IMPERIO narraciones.
EL MONJE AZUL EN EL LIBRO DEL SUEÑO verdad y fantasía.
LIBRO DE LA OSCURIDAD Y DE LA LUZ verdad y fantasía.
ILLIMANI, EL RESPLANDECIENTE prosa poética.
EL ROSTRO DETRÁS DE LA MASCARA novela.
DEL MAR, DE LA MONTAÑA, DE LA ESTRELLA fragmentos.
DEBORAH novela.
TRES PIEZAS DRAMATICAS.
LIBRO DE LAS REVELACIONES verdad y fantasía.
EL MAESTRO DEL ANDE verdad y fantasía.
CANTATA DE ESPERANZA poemas.
TENTATIVA DE APROXIMACIÓN A LA IDEA DEL HOMBRE –filosofía.

HUYUSTUS tragedia.
EL ENCUENTRO novela.
LIBRO DE LAS IDEAS diario –íntimo –volumen III.
DEL EGEO AL ADRIÁTICO notas de viaje.
DIAMANTE NEGRO novela.
LA ESTRELLA VESPERTINA verdad y fantasía.
SAHAR –HATHA verdad y fantasía.
LIBRO DE LAS CLAVES FINALES fragmentos.
LOS DOS PRIMOS narraciones.
DESPEDIDA DE LA ESCRITURA fragmentos.
EL ARCÁNGEL verdad y fantasía.
TESTAMENTO ensayos.
ANATIRI poemas en prosa.
DESDE LA CUMBRE verdad y fantasía.
PHANTASUS verdad y fantasía.
DEL INVENCIBLE OCASO Y LA RENACIENTE AURORA obra inconclusa iniciada en enero de 1990

[Inicio](#)